

GONZALEZ VERA

# Algu- nos

---

Alone / Augusto d'Halmar / Enrique  
Espinoza / Federico Gana / Jorge  
González Basfias / Pedro Antonio  
González / Amanda Labarca / Guillermo  
Labarca / Mariano Latorre / Baldomero  
Lillo / Gabriela Mistral / Ernesto  
Montenegro / Manuel Rojas / Vicente  
Pérez Rosales

---

NASCIMENTO

González Vera nació en El Monte el 2 de noviembre de 1897. Empezó sus estudios en Talagante y las humanidades en el Liceo Santiago, de la capital, pero fue expulsado al promediar el primer año. Trabajó entonces de zapatero, pintor, peluquero, anticuario; comisionista, vendedor ambulante; mozo de sastrería; lustrador en un club; bibliotecario; cajero de almacén; ayudante de corrector de pruebas; administrador de *Selva Lírica* y de *Numen*; editor de *La Pluma*; redactor de *Claridad*; cronista en diarios del sur; corresponsal; empleado de fundición y finalmente de la Cooperación Intelectual.

Publicó en 1923 *Vidas Mínimas* (relatos); en 1928 *Albué* (visión de un pueblecito); en 1950 se le otorgó el Premio Nacional de Literatura, hecho sobresaliente en su callada vida, pues fue, por igual, objeto de grandes elogios y diatribas notorias. En ese año apareció *Cuando era muchacho*, su obra más extensa, quizás de índole autobiográfica. En

Geniales Vera

ALGUNOS

ALGUNOS

ALGUNOS ALGUNOS

ALGUNOS ALGUNOS

1. 57

NASCIMENTO

NASCIMENTO

ALGUNOS ALGUNOS

ALGUNOS ALGUNOS

ALGUNOS ALGUNOS

ALGUNOS ALGUNOS

ALGUNOS

ALGUNOS

Es propiedad del autor  
Inscripción N.º 15689

N.º 3353

Impreso en los talleres de  
la Editorial Nascimento  
— Arturo Prat 1428 —  
Santiago de Chile, 1967

González Vera

# ALGUNOS

SEGUNDA EDICION

1967

NASCIMIENTO

SANTIAGO DE CHILE

## ALONE

A Lolito Echeverría

Me gusta la soledad: siempre que haya cerca alguien a quien decírselo. ALONE.

---

EL DON DE ESCRIBIR pudo heredarlo de un remoto pariente: Fray Sebastián Díaz de Andrade y González de Araya, autor de *Noticia general de las cosas del mundo por su orden de colocación*. También fueron ascendientes suyos don Juan Martínez de Rozas y don Manuel de Salas. Ni sus enemigos negarían que ha mejorado la herencia.

Nació el 11 de mayo de 1891, en Santiago. Se crió en el fundo Campusano, de Aculeo, propiedad de su abuelo. Como hermano menor, vivió solo. Y solo debió resolver los mil interrogantes que suscita a toda criatura la vista de las cosas. Se desarrolló viendo árboles, cerros, tierras de sembradío y gente sencilla. Gozó de las amenidades del campo al trote de su caballo. Si él no estaba en movimiento, con los materiales del suelo hacía construcciones.

A los ocho años sus hermanas le enseñaron a leer y le

dieron conocimientos generales. Su madre le enseñó inglés.

En 1903 entró al Seminario. Tuvo allí de condiscípulo al poeta Jorge Hübner Bezanilla. Fueron amigos. Los demás solían llamarlos cuñados, acaso porque Sara Hübner, entonces niña, iba a visitar a su hermano.

Al promediar las humanidades hubo de retirarse del Seminario. Su padre, don Francisco de Paula Díaz Rodríguez, que gastaba en las minas lo que ganaba en el campo, lo matriculó en un instituto comercial, apenas cumplidos los trece años, con la mira de asegurarle un porvenir. El nuevo ambiente era de incredulidad activa y el adolescente tuvo que defender, y con qué ardor, sus ideas religiosas.

No pudo avenirse con el aprendizaje comercial, pero el segundo año de francés que allí hizo sí que le fue provechoso. Al terminar el período dejó el instituto.

Cayó en sus manos *Gil Blas de Santillana* y fue un deslumbramiento; el mundo le pareció mucho más amplio, con mil complejidades atrayentes.

En el Seminario se le infundió la noción de que la literatura hispánica era incomparable. Al probarla con *El Quijote* no tuvo suerte, y los demás libros españoles le desalentaron.

A los catorce años se empleó en el Registro Civil. Ganaba sesenta y seis pesos mensuales. "Veo todavía la cara de mi jefe, una cara blanca, descolorida, con los ojos claros, celestes, que me inspiraba un tembloroso respeto, aunque no precisamente por ser mi jefe, sino por ser escritor, y yo entonces, consideraba de casta semidivina a esos hombres dotados del poder de escribir... Cuando me dirigía la palabra, se me trababa la lengua".

Hernán Díaz Arrieta estuvo en ese empleo veinticinco años y alcanzó a jefe. Su renta había mejorado bastante, pues recibía lo mismo que al entrar, pero no cada mes, sino cada día.

Su amistad con Jorge Hübner continuó epistolarmente. Este lo informaba del desarrollo de los ramos. Hernán Díaz dirigíale pliegos llenos de preguntas. Así, además de instruirse, se adentró en los secretos de la prosa.

El deseo de leer —y la falta de dinero con que procurarse libros— lo condujo, en 1903, a la Biblioteca Nacional, en donde firmó las papeletas con el nombre de E. Urrejola, temeroso de que su familia descubriese esta su nueva afición. Se avino a pedir las obras menos solicitadas porque eran, justamente, las de aspecto más limpio. Pudo leer todo Renán, que lo fascinó. Subrayó los períodos más conmovedores. Luego descubrió a Taine y Sainte Beuve que también se transformaron en habitantes de su alma. Cuando se las hubo con Maupassant y pudo gustarlo a conciencia, se lo echó espíritu adentro en calidad de semidiós. El instinto, ese buen amigo, calladito, lo premunía de un nuevo santoral.

Apenas entró en confianza con el bibliotecario, le entregó una novelita suya. No llegó a saber su opinión porque éste aprovechó la afinidad de gusto en leerle, con premura, sus propias obras inéditas.

En 1909 aparece *Prosa y Verso*, libro escrito en colaboración con Jorge Hübner, quien, en noviembre, lo lleva a casa de doña Mariana Cox, mujer cultísima, escritora de nombradía y gran dama. Iban a dejarle la obra. La impresión que ella debió producirle no fue pasajera.

El joven Díaz Arrieta ha cumplido dieciocho años. Ella treinta y ocho. A él le gusta verla en la mañana, en la tarde, al anochecer, en la alta noche. Está alerta a su llamado. Ronda su casa si ningún aviso benéfico le llega, o le escribe cartas trémulas de admiración. Si ella lo permite, la acompaña en sus paseos, la sigue a la iglesia, suele encontrarla en el teatro o en tal o cual reunión. Se impregna de su ser. Se da a ella sin otra recompensa que verla más, oír la siempre o recibir sus misivas espirituales, escritas con esa amplia caligrafía de las monjas... que él pronto imitará. Tardíamente ella le escribe: "No haga la letra tan grande". Alguna vez, de noche sobre todo, no puede resistir el deseo de ver, al menos, su casa, y se sitúa a poca distancia, en frente, disimulado tras un árbol y, cruzado de brazos, permanece en éxtasis largas horas. Qué placer si se enciende una luz, o si el piano regala sus oídos con una melodía.

Una vez en su cuarto escribe: "Con ella han hallado voz todos los seres mudos y desolados que antes se ocultaban en el fondo de mi inconsciente... Tengo el espíritu invadido por sus pensamientos, sus dudas, sus temores, esa angustia eterna que mantiene su espíritu suspendido entre la tierra y el cielo... Amo sus tormentos y sus inquietudes y los cultivo por venir de ella. La siento de tal manera en el cerebro, en el corazón, en la sangre, en cada uno de mis pensamientos, que inconscientemente la imito. La imito al andar, su manera lenta y derecha de andar, con la cabeza ligeramente inclinada al peso de sus pensamientos. La imito consciente e inconscientemente, a todas horas, como el medio más delicioso de recordarla".

Entra de secretario a *La Unión*, diario, si piadoso, de no

fácil manejo, confiado a un director civil y, en el hecho, dirigido por frailes del Arzobispado, siempre recelosos, que solían llamar al redactor humorístico —hombre de mísero sueldo, con tres hijos, cansado, en viaje inevitable hacia la tuberculosis— para decirle que el último artículo carecía de gracia, o recriminar al administrador porque en un aviso aparecía una mujer encorsetada, es cierto, mas demasiado pletórica de formas, y sacar de quicio a los demás con exigencias continuas. Hernán Díaz Arrieta no tardó en ser echado.

Las conversaciones con la alta dama, que se prolongan durante tres fugitivos años, se refieren al arte, la filosofía y la religión, y muy de paso, a circunstancias temporales. Ella es la inquietud misma, absorbe los flúidos culturales de Europa, es capaz de verlo y apreciarlo todo. Puede leer en varias lenguas modernas y no ignora el latín. Su fe sufre vaivenes y alteraciones. A veces es Dios mismo quien se le pierde. Se entrega, asustada, a una búsqueda febril por la vía del budismo... hasta que lo recupera.

El se impregna con sus dudas, se deja penetrar —no sólo esto— sino traspasar por las vacilaciones metafísicas de ella. Cae en sus manos, para agobiar su flaqueza, *Las mentiras convencionales de la civilización* de Max Nordau.

Su trémula fe se deslíe, tórnase en humo. Rehúsa confesarse. Y así, como el potentado que da su fortuna, él pierde las dos ideas más conmovedoras que creara el hombre: la inmortalidad y Dios. ¿Pero qué importa tal pérdida si cabe suplirla por un alma viviente, por un ser real, con el cual dialoga y se comunica, al que ve sin que necesariamente esté presente porque llena y habita en su pensamiento?

De *La Unión* pasa a *El Diario Ilustrado*, en donde le encargan entrevistar a cuanta monja dirige asilos, escuelas o dispensarios. Como los artículos sobre libros son muy solicitados también los escribe. Así gana algo más para ayudar a su familia.

Exceptuando las relaciones forzosas del diario y la oficina, confiesa: "... nadie me conocía, nadie me saludaba, no encontraba, generalmente, ni un amigo con quien juntarme para charlar o beber. Cierto que entonces tampoco tenía lo necesario para invitar a alguien a tomar helados... A mí me dolía la soledad, el aislamiento, el no ser nadie dentro de la multitud. Por eso he escrito, en gran parte, en una parte principalísima".

La incertidumbre económica lo hace estudiar química, física, historia natural y francés. Da exámenes privados y se matricula en la Escuela Dental. El primer semestre se desliza promisor. En seguida debe, con su condiscípulo Sanfuentes, separarle a un cadáver la cabeza. No fue tarea fácil, grata ni rápida. Sin embargo, la cumplieron. Luego vino el dividirla, trabajo más penoso todavía. Hernán Díaz Arrieta debía llevarse una parte para aislar un músculo decisivo. La sangrienta faena le causó tal asco que, en el momento mismo de lavarse las manos y el rostro por décima vez, repudió la dentística y la abandonó desde ese instante.

La dama, desde el pueblo en que reposa, le anuncia que le enviará pronto los originales de una novelita titulada *Margie*. "Cópiele Ud. y fírmela *Alone* que quiere decir en inglés *solo*. No diga a nadie nada". Contará en ella rasgos de cuando tenía quince años y deseaba hacerse monja. Su

salud le impide concluirlo. Tras prolongado descanso vuelve al hogar. Su corazón sigue débil.

Casi no se ven, apenas si cambian unas líneas, hasta que en busca de mejoría le informa que parte a Europa.

Si sólo con ella tenía comunicación ¿de qué sirve que haya otras mujeres y otros hombres? Busca su estela en el puerto. Sube a los cerros, mira llegar y zarpar los barcos. La casualidad lo reúne allí con Jorge Hübner. Este ha perdido la fe y le confiesa que la religión bien puede ser enfermedad pasajera.

El imperativo de los empleos lo obliga a regresar. Ronda, al atardecer, la amada casa. Y espera, porque lo maravilloso también es una necesidad, que la puerta se abra y aparezca ella "lenta, derecha y serena".

Cuánto tardan las cartas, y la que llega nunca es demasiado larga. Entonces, a pesar de su admiración y respeto ilimitados, estalla, por única vez: "¿Cuándo regresa? Me parece que no es honrado crearle a una persona la necesidad de verla y luego... marcharse".

No se le ofrece otro consuelo que escribir en su diario páginas y más páginas. De seguro las relee. Descubre que tres o cuatro no son mala muestra de su poder de expresión. Las copia, las firma *Alone* y las envía a *Pluma y Lápiz* de Fernando Santiván. Al publicarse, una nota las precede: "No sabemos de qué escritor son. Lo único que podemos asegurar es que su autor es un artista de primer orden".

Ha caído el primer velo del anonimato.

Pasan años. Una que otra carta atraviesa el océano. La salud de la alta dama no es mejor, ni su espíritu halla con-

suelo. Añora su tierra: "Creo que nadie debería salir de su país; es una gran equivocación".

Un literato, antes de irse a París, deja una novela en prensa. Pinta a la alta dama tal como es, pero con el aditamento de haber sido suya. Otro escritor, primo moral de aquél, distribuye la obra y, además, la recomienda. Se produce el escándalo. Todos la comentan y ni uno solo protesta. Y un pariente de la ultrajada, se la envía. Poco después ella regresa silenciosamente. El golpe es demasiado rudo para su fatigado corazón. Y en silencio muere en un lugar de la costa.

Entonces al joven solitario, cuando consigue sobreponerse al abatimiento, se le revela su camino. "Desde su más pequeña edad había sentido en el alma una fuerza misteriosa que lo impulsaba a leer y escribir ¿Por qué, para qué? Nada lo halagaba, ni el ambiente ni el porvenir. Pero él escribía, incesantemente, ciegamente, atacando todos los géneros, venciendo infinitas dificultades, como un luchador que ensaya sus armas para un combate ignorado".

"Cuando presencié aquella muerte y vio ese crimen que no sanciona la justicia, y que la sociedad lejos de castigar, se hacía cómplice, comprendió súbitamente por qué y para qué había deseado tan ardientemente *escribir* y se dijo que su vocación no era un don gratuito, para dispensarlo en vanidades y futilidades, sino un cargo, una severa e imperiosa misión que había recibido".

Y empieza a escribir un libro. Antes "ella había hablado, había sembrado... mientras él escuchaba y recogía; llegaba la hora de hablar y debían ser sus palabras fruto y flor de las semillas arrojadas en su espíritu".

¿Cuántos hombres, y particularmente artistas, serían capaces de confesar, así con tal llaneza, que una mujer ha sembrado en ellos?

Vende su máquina de escribir y edita *La Sombra Inquieta*, novela en buena parte autobiográfica; recibe aplausos, ataques y suscita habladurías inacabables. En escasos meses se agota y otra edición viene a satisfacer la curiosidad de amigos y detractores. El autor queda consagrado.

Escrita en forma de diario, de expresión concisa, casi sin adorno alguno, comunica una sensación de verdad. Aunque transida de halo romántico, abunda en análisis muy sutiles y asciende, a menudo, al dramatismo. Todo está dicho con las palabras justas. Los únicos personajes acabados son la alta dama y el "joven vestido de negro", humilde y sensible en grado sumo. Los demás individuos, acaso porque apenas le interesan, están dibujados someramente, en el aspecto de sus flaquezas, y se borran.

De la alta dama expresa sus gustos, su actitud y sus inquietudes metafísicas. No abunda en pormenores. Quiere dar sólo ese leve toque que caracteriza, pero el lector conservará su imagen tan poética y sugeridora.

Desde el año siguiente, Alone escribe para diarios y revistas, traduce y asume otras tareas: "época hubo en que desempeñaba cinco empleos. No sé cómo, pero los desempeñaba. La necesidad es así".

Muerta su amiga se refugia en la lectura. Lee en casa y en la calle, en los tranvías, en los parques y playas solitarios, en donde se halle. Ese vivir igual y concentrado lo mantiene en una vaga adolescencia cuyo aire conserva.

Empieza a ir a la piscina. Necesita hacerse fuerte y fati-

gar su naturaleza apasionada. El azar lo pone ante la puerta de la academia de box de don Juan Budinich. ¿Por qué no tomar clases? Se inscribe. Practica durante meses y logra "tener muy presente los resultados del golpe al plexo solar".

Cuando Alone habla más bien escucha. Escucha pero dice algo, muy condensado, con pasión, a veces en forma admirativa. Parecería que lo domina la timidez, o la consideración al dialogante. Si éste coincide con él, sus ojos nada pequeños, lo están mirando como si fuera el Niño Dios, pero si discrepan, se aguanta y sólo falta el ruido para que cruja. Su voz, si la eleva, es un tanto aguda. Es una voz singularmente emotiva, de la que trasciende un temperamento de hiperestésico, sofrenada por la voluntad y la buena educación. Su rostro es alargado. De la frente a sus ojos, muy brillantes, es un hombre del siglo. La otra mitad, mejillas y mentón, corresponde al ayunador o anacoreta.

Al escribir opina con libertad. No ve al autor, sino al público y, dado su individualismo, lo ve distante.

El escritor desaprobado, si es vehemente, lo busca para discutir. Comienza su alegato con notable brío. Alone escucha. Si el tono es cordial, la intensa mirada del crítico parecería que lo está barnizando, pero si se desmanda o alza la voz, acaece algo sin nombre. A sus pupilas aflora un relampagueo que dura un medio segundo. El resentido autor no siempre se deja abatir. Arguye con energía, eleva más el tono. No obstante, imposible le es dejar de mirarlo porque el centelleo es sorpresivo, escapa a cualquier previsión. Como observar y concentrarse son actos divergentes, bastan dos o tres nuevos efluvios luminosos, arrítmicos, sobre todo ful-

minantes, para que la depresión se adueñe del soberbio. Olvidará sus argumentos mejores y, si su moral es alta, podrá, con esfuerzo, decir unas pocas palabras, las indispensables para despedirse como civilizado. Después sufrirá de lejos los juicios adversos y, si es murmurador, también desde lejos dirá que Alone es afrancesado y agregará, gratis, ofensas pavorosas. El crítico, ignorando su misterioso poder, tal vez se quede con una falsa idea del autor, tan brioso, tan discutiador que, sin transición, le dice palabras amables y se despide.

En 1921 le nombran crítico literario de *La Nación*. Casi en seguida inicia en el Club de Señoras un curso de literatura francesa de los siglos XVII y XVIII, que se prolonga hasta el año siguiente. "Este es el único período de mi existencia en que realmente he estudiado y aprendido". El contacto con tanta dama cultivada lo convierte en feminista. Se le verá con una u otra señora por calles y paseos, sin que le falte el libro bajo el brazo para reanudar su lectura apenas se vea solo. El hábito de combinar distintos trabajos en el mismo día, le impide permanecer en parte alguna, ni con persona alguna, más allá de los minutos o la hora acordados. Le queda la disciplina del trabajo intenso, alternado, que empieza en la mañana y termina cuando le sobreviene el sueño.

Si va solo camina en línea recta. Visto a cierta distancia creeríase que va cruzando un abismo por una cuerda tensa.

Es delgado, muy erguido, casi alto y mira un poco más adelante de sus pies. Unas niñas que vivían en su vecindad, solían decir: "Ahí va el joven que reza". Cuando se le en-

cuentra, uno piensa: "Qué menos de treinticinco años puede tener". De más cerca: "Quizás sea cuarentón".

Apenas se le ve en conferencias; en banquetes, jamás. Tampoco se le podrá encontrar conversando en una esquina. Él va o viene, solitario. Si reposa, lo hará protegido por cuatro muros. Se presume que va a muchas partes y que se ve con toda suerte de personas. Entra al hospital a visitar a Oscar Castro. Hace compañía a Federico Gana cuando enferma de pulmonía. Sigue, cementerio adentro, los restos de Omer Emeth o de Eduardo Solar Correa, el profesor y literato que fuera uno de sus amigos íntimos y, como lo quería tanto, va llorando de modo incontenible. Bajo la lluvia, en cualquier calle céntrica, en un automóvil detenido, departe con una amiga a la que frecuenta casi a diario desde hace treinta o más años. Si sus amigos no se dejan ver, él, cada semestre, una vez al año, nunca pasado un bienio, dejará de visitarles por un momento, pero, más que otros, parece sumergido en la vida privada.

Habita en un costado del Parque Cousiño. Entre los árboles más inmediatos a su hogar asesinaron a un pobre. Sin demora apareció allí una casuchita, ese remedo de templo en miniatura que se erige a los que mueren en los caminos, a las animitas. En seguida, al anochecer, lucecitas vacilantes surgieron enfrente de su puerta. Alone las apagó. Y lo hizo a diario, pero a diario, apenas entraba a su casa, alguien las reencendía. Entonces optó por requisarlas y las juntó en un cajón, en un segundo y en otros.

Su jardinero, aunque respetuosamente, le preguntaba:

—¿No teme, señor, que de todo esto resulte algo malo?

Sin embargo, a la vuelta de pocos días, le pidió velas para

sí. Más adelante, sin su venia, se las fue llevando como gaje.

Alone pidió a la policía que arrasara con la casucha. Los guardianes no le hicieron caso. Además, al caer la noche hacíanse humo, no se aportaban por allí. Como la peor diligencia es la que no se hace, fue a reclamar donde el comisario, que le respondió:

—No puedo ir contra las costumbres del pueblo.

—No se trata de costumbres, sino de supersticiones.

Resultó inútil. Entonces contrató a dos hombres para que cortasen el árbol que servía de apoyo a la casucha. Estos pretendieron dejarlo de medio metro, como soporte. Temían, como el comisario y los guardianes, tener que habérselas con el ánima. Tuvo que imponerles, no sin dificultad, que el corte fuese bajo tierra.

Al anoecer volvieron a titilar las lucecitas pero, habiendo desaparecido la casucha y el árbol, pusieron las velas al azar, dispersas, porque cada oferente asignó distinto lugar a la animita (parece que estaba aquí, no, era más allá. Tal vez algo más afuera). Nadie trajo otra casucha y la fe se fue extinguiendo en menos de un mes.

Opuesto fue el proceder del escultor Carlos Canut de Bon. A una cuadra de su domicilio había una animita con su consabida casucha. Cierta noche en que carecía de lumbré y de dinero, cogió una vela. Y lo repitió con alguna frecuencia. Para ahorrarse camino la fue acercando. Al final la situó junto a la puerta, y le agregó una alcancía.

Alone íbase los domingos al cerro San Cristóbal o a los pueblecitos vecinos. Encontró que era mucho el tiempo empleado en ir y volver. Concibió la idea de tener motocicle-

ta. Durante tres meses, juntando peso a peso, soñaba en el placer de tenerla. Por fin adquirió una con *sidecar*. ¡Es tan agradable ir con un amigo!

Llevó, en sus primeras salidas, al novelista Salvador Reyes, joven esbelto y delgadísimo. ¡Qué ameno conversador era! Mas, en las curvas estaban a punto de desbarrancarse porque Reyes era un débil contrapeso. Al tomar la senda derecha huía el temor y todo tornábase en regocijo, pero de súbito, al orillar otro precipicio, Alone lamentaba no haber hecho testamento.

No por ingratitud, sino por alargar su existencia, debió pensar en el físico de otros literatos amigos. Descubrió que el hombre ideal, por su corpulencia y peso, era el poeta, ensayista y escritor múltiple, Augusto Iglesias. Se lo conquistó poco a poco. En la prueba inicial, al bordear una curva, su motocicleta continuó gravitando en el *sidecar*. En consecuencia, la elección de Iglesias era un acierto. Sin advertirle ensayó volcarse. Fue en vano. El *sidecar* actuaba como eje constante. Se entregó a la velocidad, en la misma línea del precipicio, embriagado, pero tan seguro como si se deslizara por una carretera pavimentada y recta.

Por desgracia, su motocicleta, que tenía uso, se descomponía con frecuencia y los mecánicos lo esquilaban. Además, aquélla causábale la impresión de ir montado en un perro, y la vendió.

Tuvo que valerse nuevamente de tranvías y autobuses, a menudo congestionados, siempre lentos. Más juicioso sería comprarse automóvil, pensó. En domingos y días de fiesta lo usaría exclusivamente. En los demás daríalo en arriendo. Así compensaría el gasto de bencina y los repuestos. Tuvo

que ahorrar, ganar más y ayudarse con la imaginación. Después de año y meses de privaciones dolorosas, pudo darse la satisfacción de tener uno, también usado. Tomó un chofer de edad madura y convinieron en que se repartirían las ganancias. Como la naturaleza misma del placer es transitoria, luego de unas cuantas salidas muy agradables, y de recibir algún dinero, que se le iba en reparaciones, justamente, apenas afrontó la más costosa, el chofer se presentó a decirle que le habían robado el auto. Así terminó ese negocio que ofrecía perspectivas tan buenas.

De tanto ejercitarse se acostumbró a la vida anacoreta. Y se puso a economizar con no menos pasión, esta vez para hacerse una casa a su entero gusto, a orillas del mar, en donde pudiera escribir y leer en paz y estar a solas. Al cabo de años y recurriendo a cuanta facilidad otorgan las instituciones de crédito, la vio techada; pasaron meses y los huecos se llenaron de ventanas y puertas. Y poco después podía habitarse. La llamó Villa Diego.

Y semana tras semana entraba solitario a su casa y leía sin contar el tiempo. Un sinnúmero de ensayos los concibió y terminó allí. A veces iba con amigos, porque el diálogo es el festín del espíritu.

Pero no en vano había tenido motocicleta y automóvil. Si bien ya no los poseía, le quedó el concepto casi infinito del espacio. ¿Cómo sería navegar y navegando llegar a Europa? El proyecto, muy escondido, fue tomando cuerpo a expensas de la casa. Por suerte no pensó en comprarse ni siquiera un velero. Resolvió partir en barco ajeno.

¿Qué impresión le causó Europa? Al recalar en España

y trasladarse a Madrid, los literatos que deseaba conocer hallábanse veraneando.

París era sucio, oscuro y su ambiente hostil. La única persona amable fue su guía, joven comunista que se desvivía por acelerar el proceso dialéctico.

En Italia, el que no gesticulaba parecía extranjero.

Su desilusión fue profunda, tanta como la del poeta Pedro Prado al expresar: "Aquí ni el pasto crece en las calles".

Regresó con premura y, brevemente, contó su experiencia. No había para qué salir de Chile; éste sí que era un paraíso. Y como no insiste, dejó de hablar de Europa.

Pasó un año, los malos recuerdos se fueron atomizando y, no fue poca su sorpresa, comenzaron a surgir los buenos: eran infinitos. Guardóse de propalar esta última reacción. Y callado comenzó a vender sus escasos bienes. Como los anteriores negocios le revelaron la esencia de la economía política, pudo, haciendo ésta y tal operación, reunir un caudalito y, en silencio, partió.

\* \* \*

Alone se convierte en crítico al comenzar la semana. Abre un volumen y lee dos párrafos. Si el libro está mudo salta la página. En espera del balbuceo voltea una hoja y otra y triste llega al final. Cuando la obra empieza a sacar voz lee seguidamente y torna a las páginas iniciales.

Hay libros indómitos, que obligan al autor a escribirlos y no le dan tregua hasta que pone la última palabra.

Los más son libros dóciles. El literato los compone porque le da gana, pero, como la docilidad es relativa, pocos de éstos hablan.

Hay también libros bien escritos, mejor pensados, compuestos como se debe, ante los cuales todo lector se descubre. De haber aparecido un siglo antes figurarían entre los modelos. El atraso los tornó impersonales.

La obra deseable es la que habla para nuestro tiempo, acrecienta lo que se sabe del alma y revé la naturaleza; cuando su voz se distingue, sube y permanece en alto sitio.

Existen, por último, los libros precursores. Son contados. Hablan demasiado, gritan o tienen voz extraña. No hay cómo entenderlos. Sin embargo, no se olvidan nunca. Sus autores son mortales de doble vista. Situaron el principio más allá de donde la realidad de una época termina.

El libro indómito, aunque lo sea por momentos, desata el entusiasmo del crítico. Lo lee arrebatado, y va de un amigo a otro con la nueva. Mientras, el subconsciente, el suyo, opera en la intimidad, en su misteriosa celdilla, a menudo en consonancia con su dueño, alguna vez a su entero arbitrio. "Me doy cuenta de lo que pienso sobre un libro cuando escribo".

En mitad de semana se pone ante la máquina de escribir. Su invisible auxiliar le ofrece una cristalización, el juicio, que él redacta en períodos breves, en que van jugando oraciones de contadas palabras con otras más extensas, y por encima sopla algo trémulo. Una exclamación providencial eleva la frase. Recupera luego el tono contenido, apasionado siempre, para romperlo y descender a una sentencia interrogativa.

A su estilo, mezcla de danza y coro, penetran ráfagas de poesía, iluminaciones, voces patéticas, colores, sin impedirle que adelante en los más tenues repliegues del análisis. Nun-

ca insiste. No hay nota demasiado sostenida. La variedad es condición de su temperamento. Así como en su vida está yéndose de todas partes y retornando, viaja en su prosa y echa mano de todos los recursos expresivos. Las innumerables actitudes y mudanzas del ánimo que muestra el hombre vehemente, en uno o más años, suelen, en lo intrínseco, darse cita en cualquiera de sus ensayos más felices.

Su crítica literaria no es mero comentario, ni la visión servil del libro. Este es el motivo, el impulso que le conduce a breves creaciones o desarrollos propios, muy originales, deslumbrantes por su don adivinatorio y su humor tan inesperado y mudable.

Sus pequeños ensayos, de leve gracia, en que van hermanadas la fineza y la amenidad, parecen dirigidos a la aristocracia que lee.

Alone es individualista, rehúye los sistemas y, empero, se le siente identificado con instituciones y formas tradicionales. Pero como es escritor, la curiosidad que es achaque de éstos, frecuentemente, le hace empinarse y desde arriba observa el tumulto de lo nuevo, a ratos gozoso, a ratos contrariado.

El literato, dada su peculiarísima índole, no puede vivir sin elogio y necesita estímulo y aprobación. Suele admirar al crítico, pero si éste no lo admira a él, será su enemigo de turno, rara vez apacible y contemplativo, que le atacará con armas francas o secretas. Y como Alone no es estrictamente seráfico, en el artículo semanal, mediante rodeos muy sutiles, sin nombrar al atacante, lo hiere con la punta de un alfiler, con minúsculo estilete y, si el ataque fue brutal o bárbaro, con trabuco y con hacha. No es enemigo

fácil. Deja al herido y, con naturalidad, retorna al libro de que se ocupara al comienzo y remata su juicio.

Y sin embargo, su actitud de pelea es de cierto modo profesional, porque no sustenta más allá de la lucha, ni durante ella, ningún desdén o prejuicio contra el literato. En un lapso en que atacara a un escritor resonante, opinó en un círculo que a éste debería dársele el premio nacional de literatura.

\* \* \*

El criollismo, que impulsara Omer Emeth, era necesario para enfriar la fascinación que tipos y ambientes extranjeros ejercían en la literatura chilena. Lo era también porque urgía conocer el país y su gente. Que unos autores cayeran en el pintoresquismo, que otros reprodujesen el habla popular, exagerándola, o describieran muy prolijamente, convenía. El exceso es de cierta manera riqueza.

Alone ha insistido en que los escritores se ocupen más en lo que ocurre dentro del hombre, de sus pasiones, sus procesos psicológicos, de cuanto lo inhibe o impulsa a la acción, del matiz, de la medida.

Durante buen número de años, no se advirtió que lo apasionaran las ideas. Se le tenía por escéptico, aunque fuera devoto de Portales. Al vincularse a los humanistas de Peñalolén, liberales a la inglesa, le suscitó la más aguda preocupación el fantasma del comunismo, cuya sombra flotaba por esa altura. Ideó muchos contras que ha hecho valer en sus escritos.

A toda obra importante le consagra un artículo, pero,

si se trata de una anticomunista casi volando escribe cuatro. El comunismo lo estremece. Y, sin embargo, cree indispensable que exista, como fermento de mejoras necesarias, para que el régimen social no se anquilese ni caiga en abusos, pero siempre que sea minoría, que no triunfe. No halla que un gobierno comunista sea económico con las vidas humanas.

\* \* \*

Mérito suyo es haber sido el primero en ver cuales, entre los innumerables libros que se editan cada año, traen algo genuino, y cuales sólo bisutería. Y mérito también definir la naturaleza del aporte y dar a sus autores un sitio en la literatura.

Su actividad de crítico literario, sostenida semana tras semana, que lo convierte en decano de los críticos de lengua castellana, por su dilatada continuidad, bastaría para que su nombre perdurase, pero hay más: al juzgar una obra no es menos escritor que el autor y, con harta frecuencia, lo aventaja. Es como si fuera rey y le diera a alguien el título de conde.

## AUGUSTO D'HALMAR

ES UN HOMBRE ALTO, muy alto. Comienza en una cabelle-  
ra plateada. Su perfil es vigoroso. Anda con arrogancia,  
su voz es ancha. Sabe todas las anécdotas, no ignora deta-  
lles de la vida santiaguina y porteña. Sabe quien es éste,  
el otro y el de más allá. Tiene presente a grandes y chi-  
cos, de modo que por excesiva modestia puso a sus crónicas  
dominicales *Recuerdos olvidados*. No es hombre para ol-  
vidar cosa alguna.

Como ciertos hacendados, al igual de los antiguos caba-  
llos chilenos y de algunos reyes legendarios, goza con  
los alimentos. Sabe distinguir los aceites, conoce la equi-  
valencia entre vinos y melodías, advierte cómo la combi-  
nación de pescado, carne de res, fruta cruda y golosinas,  
deja en el paladar lo que una polifonía en el oído.

Cuando d'Halmar come, presta un gran servicio a la  
humanidad, pues estimula el apetito de cuantos le ven.  
Viejos amigos suyos, honor de una época en que era varo-  
nil guisar, cocinan para él, conforme a perdidas recetas:  
caldillo de congrio, asado al palo, valdiviano y demás mo-  
numentos de la cocina chilena.

Pero este d'Halmar concreto, cuyos rasgos intento fijar, ay, vanamente, no es así no más ni tan concreto. Ni siquiera es simplemente d'Halmar. Para llegar a serlo tuvo, por muchos años, que llamarse Augusto Goemine Thompson, luego Augusto G. Thompson, más tarde Augusto Thompson y sólo cuando hubo llenado peregrinos requisitos pudo convertirse en Augusto d'Halmar.

Poco es lo verosímil que se sabe de él, no porque oculte su biografía, no, es que la gente encuentra más real, cuando de él se trata, mezclar hechos con imaginaciones, en cuya elaboración ayudan todos apasionadamente.

Los escépticos pueden molestarse, pero cabe decir que ha viajado, y mucho. Fue cónsul en la India, y en Etén, puercecito peruano. Estuvo vecindado en Madrid. Permaneció largas temporadas en Francia. ¿Dónde estuvo, dónde no estuvo? Nombrar otra ciudad, citar algún puerto más, sería infringir los fueros de la poesía.

A la altura de sus cuarenta años, el mundo dio un gran vuelco y empezó a girar en torno de él. En sus libros posteriores, de apariencia autobiográfica, se halla sentado en el camino y un jedive en persona le trae un camello para que se interne en tierra islamita. O está en un gran palacio brumoso y un paje le implora que vaya a un salón distante en donde lo aguarda una reina montenegrina. Algo se hace de rogar. Por segunda vez acude el paje. Sólo entonces d'Halmar atraviesa salas y salones. Individuos nobles se le acercan o lo rozan. Reconoce a dos. En su pasada encarnación uno fue su camellero y el otro su ayuda de cámara. Alguna vez, mientras atardece, en París, espera a un amigo para tomar el té. Ya querría irse, pero de súbito

baja del auto el aguardado: es Lenin. Todo lo maravilloso, de ahí para siempre, le sale al paso.

Aseveran que su padre fue un francés, capitán de marina mercante; de sus abuelos, uno, Thompson, marino de guerra; el siguiente, d'Halmar, hombre de barco y castillo en Escandinavia.

Augusto d'Halmar nació el 23 de abril de 1882, en Valparaíso que, a semejanza de otros puertos, debe infundir más el deseo de hacerse a la mar que el de irse tierra adentro. Esta conjunción de herencia y medio le impuso el destino de viajar. No pudiendo hacerlo en el acto, Aquél que no duerme y vela por nosotros, guió sus pasos hacia una oficina de ferrocarriles, en la que tuvo un empleo. Fue su escuela de viaje.

Al elegir sus modelos literarios procedió como viajero. No se atuvo a lo que había en torno suyo, sino en tierras lejanas, las que debía conocer. Leyó a Ibsen y lo divulgó. En seguida se deslumbró con León Tolstoi. Acaso, en ese momento, además de sentirse fascinado, fue presa de la crisis religiosa que asoma en la encrucijada de los veinte años, crisis en que se cambia de religión o, por exceso de ocupaciones, se renuncia a la heredada. D'Halmar pudo pasar de católico a cristiano, pues necesitaba creer en los griegos ortodoxos. Algo significa que fundara, en San Bernardo, la colonia tolstoyana, en la cual Fernando Santiván amasaba y cocía el pan, Julio Ortiz de Zárate araba y él mantenía la moral, de éstos y otros tolstoyanos, siguiendo a tropezones por el surco y recitando versículos bíblicos.

Al fracasar la colonia, d'Halmar y Santiván partieron a

caballo rumbo al sur. Querían efectuar un ensayo más serio y profundo. Vuelve, así, a evidenciarse su vocación de hombre errante. Si no navega, parte por los caminos; si no puede salir de la ciudad, se une en espíritu a seres distantes y, por ejemplo, se impregna de ideas orientales.

Caen en sus manos los libros de Pierre Lotí, marino francés enamorado del oriente, cuyo acento es muy elegíaco. De los escritores que ha leído, éste es el más afín con su destino potencial.

D'Halmar, en sus comienzos, escribe crítica de arte, teatro e impresiones de ciudades. También es lector. Un inolvidable lector de voz plateada y litúrgica. Hace sus apariciones en el Ateneo de la Universidad de Chile. Todos los pisos y el espacio todo del salón de honor se repletan de elegantes mujeres, literatos y estudiantes.

Llegaba con una bella anciana. Al ser anunciado, se levanta, besa a la dama, despacio va y sube a la tribuna y allí se quita los guantes, sin apuro. Y antes de comenzar mira seriamente al auditorio. Sentíase la respiración de la gente.

Era —dicen— el más apuesto joven y su figura muy varonil. Caían sus primeras palabras aisladas, como sones de una campana oculta. La voz, que le nacía susurrante, subía trémula, grave o arrebatada. En la pausa de las ovaciones, quedaba en su boca esa sonrisa del que está triste.

Por fin d'Halmar parte, no como quería, sin detenerse en tierra, sino a residir en un lugar de la India. ¿Qué hace allí d'Halmar? Hay que leer sus libros. Seguramente se enriquece con esa sabiduría sobre la causa primera del hombre, el acceso a la décima ronda y, al término, la diso-

lución en el nirvana. Algo de esto vaga en sus páginas, unido a cierta inquietud, a cierto deseo que no encuentra forma.

Todas las palabras al servicio del mar ocupan sitio honroso en sus obras. Decir honroso es poco. Es mejor decir constante: siempre barcos, siempre marineros, aguas salobres, recuerdos de puertos, nombres de mares exóticos, lucubraciones de fin de viaje, disconformidad e inquietud, mucho de lo que podría ser el cuadro mental del marino.

D'Halmar escribe para encubrir un viejo lamento que hay en él. En ninguna parte está conforme. Mientras se acerca a su destino, evoca y regusta cuanto ha quedado en la lejanía: una novia muy remota, un amigo muerto en Estambul, cualquier cosa que no salió bien. Su ruta le lleva a lo que no es fin, a lo que se malogra por una u otra causa. Y en el fondo, como sombra que aparece y desaparece, hay un no sé qué ignorado, un humor que circula por todos sus libros.

Su propia juventud, empeñosamente evocada a medida que más la pierde, motiva muchas páginas y monólogos. Viendo cómo se le esfuma, emplea expresiones que Jeremías habría usado con frenesí.

Sin embargo, en ese viaje en busca de algo inencontrable, sus lamentaciones son pudorosas e hijas del verdadero sufrimiento.

Este cristiano tan viajero, que al verse forzado a la inmovilidad ha escrito una veintena de libros: *La Lucero*, *La lámpara en el molino*, *Nirvana*, *La sombra del humo en el espejo*, *Pasión y muerte del cura Deusto*, etcétera, sin

disponer de fortuna ni ser de familia poderosa, sin menoscabo de la honestidad, elevó más que nadie la condición de los escritores. Fue una individualidad inigualable.

Usó la palabra con respeto y enseñó a escribir buena prosa. Hizo páginas logradas, sigue en la mente de los literatos y deja como firma su viejo lamento.

## ENRIQUE ESPINOZA

### *A Catita y León David*

DECIDE VISITAR a sus tíos de Chile en enero de 1934, pero en el consulado, aunque tiene nacionalidad argentina, le niegan la visa. Ya era prohibido ser de Kischinev. ¿Qué conservaba él de tan remota ciudad? El haber nacido allí el 25 de julio de 1898; la borrosa imagen de una escuela; la de un viñedo en donde, por juego, trenzaba pámpanos, y la vista de algunos judíos —sobrevivientes de un pogrom— subiendo desde el sótano, en una noche de luna, a orar “con lengua, y labio, y corazón deshechos”. Eso. Y acaso también la fuga disimulada, en carreta, por cuevas y cerros hasta la frontera rumana, y la travesía de un abismo con manos y pies anudados a una pértiga.

Al cabo de veinte años se presenta a otro cónsul, el estadounidense, y el tiempo ha pasado en vano. La ojeriza contra Kischinev no ha perdido fuerza. El cónsul mira sus papeles, tómake la cabeza a dos manos y, confundido, exclama:

—¡Se llama Samuel Glusberg y también Enrique Espinoza; es de Kischinev, de Rusia; es ciudadano argentino y

reside en Santiago tantos años! ¿Cuál es su nombre al fin, de dónde es realmente?

Mariano Latorre, que ponía su seriedad en los cuentos y su humor delicioso en la conversación, al enterarse de la perplejidad del cónsul, saluda festivamente a Espinoza:

—¿Qué dice el hombre de las veinte patrias?

Ante la negativa inicial, pensó en irse a Misiones, a casa de Horacio Quiroga. Sin que lo supiera, su nombre se transmitió al cónsul general de Chile que se hallaba con Pablo Neruda en una sala interior. Este se asoma, expresa a Espinoza que lo conoce por sus cuentos y revistas y se lo lleva a un café. Pablo Neruda tiene la preocupación de ampliar su lenguaje poético, y se siente feliz porque ha leído en un verso de Roberts Burns la palabra saliva. Significa este hallazgo, por el cual hubiesen pasado miles de lectores indiferentes, que no hay palabras impoéticas y que podrá usarlas todas, sin otro límite que el de su tino y gusto.

Luego, Pablo Neruda extiende la visación.

Y Apenas Espinoza llegó a Santiago, sus relaciones literarias —Joaquín Edwards Bello, Mariano Latorre, Domingo Melfi, Picón Salas y treinta más— le dieron un banquete. A su turno pronunció un discurso muy serio.

Viósele por calles y librerías; alguien le oyó decir que Chile era país silencioso y le gustaba. De repente desapareció.

Era un joven delgado, de aspecto endeble, más bien alto, encorvado ligeramente, de cabellera negra y ensortijada, de cejas tan pobladas que para contenerlas usaba anteojos; de mirada inquisidora, boca grande de labios grue-

sos, rasgos que invitaban a pensar en que sus remotos antepasados, primos directos de Jesucristo, fueron al Africa y simpatizaron con sus moradores.

Espinoza llegó con su familia a Buenos Aires en 1905. En seguida fue a un pequeño colegio israelita cuyo profesor, de tanta barba como mal carácter, enseñaba con la Biblia:

—“Entonces Abraham entró en Sara”.

—¿Cómo es eso? —preguntaron a coro los colegiales.

—¡¡Cállense!!

A ratos el preceptor iba a la cocina, inmediata, y echaba una mirada a la olla, pues rara vez encontraba buena la comida y reñía a su mujer.

Sentábase a tomar la lección junto a una mesa baja y angosta, con el alumno al frente. Si éste cometía un yerro, por debajo lo pellizcaba.

Oíase un alarido.

Entre los castigados alguno era de índole vengativa y, si no era visto, corría a la cocina y echaba un puñado de sal en la olla. A la hora del almuerzo el profesor trinaba. Espinoza pasó a una escuela pública.

Al anochechar cantaba con los chicos vecinos: “¿Dónde vas Alfonso XII, dónde vas, pobre de ti?” o participaba en un juego cuyo recitado era éste: “¿Cuántos panes hay en el horno? ¡Veinticinco y uno quemado! ¿Quién lo quemó? ¡Este pícaro judío!” para terminar con un “¡Matenlo!” Y los chicuelos caían sobre el propio Espinoza si no había a mano otro descendiente de la familia del Señor.

Durante el carnaval se desgarró una pierna y lo llevaron al Hospital de Niños, que recuerda con emoción, tal vez

por su despensa bien provista de golosinas y por los libros de Salgari que le llevara su tío Félix.

“Nos habríamos convertido en una familia pequeño burguesa, más o menos acomodada, de no haberse enfermado mi padre”. Este pasó un año en Córdoba, tuberculoso.

Enrique Espinoza, por su índole tímida y quieta, era solicitado por sus tías paternas con las cuales convivió largas temporadas en su infancia. Además congeniaba con sus primos y con cualquier niño. Eso sí que se emocionaba a menudo y costábale reprimir el llanto. De sus tías, ninguna era rica; una tuvo librería, otra comerciaba en la feria. Las más enviudaron y, a pesar de esto, lograron salir adelante tan bien o mejor que de casadas. Su propia madre pudo educar a sus seis hijos.

Entre muchas buenas páginas de *El Lector Americano* se le grabaron *Maruja*, *El pote* y *La Sal*, de Turguenev. Más tarde no dejará pasar nada que lleve esta firma sin captar su contenido y no se cansará de releerlo.

Posteriormente conoció capítulos sueltos de *Los gauchos judíos*, de Alberto Gerchunoff.

“A causa de mis lecturas de Tolstoi, seguramente, soñé durante mucho tiempo en hacerme agricultor y trabajar la tierra; pero no pasó de un sueño”.

Su tío Félix llevóle al Teatro Nacional a ver *Moneda falsa*, sainete de Florencio Sánchez, y después la opereta de Franz Lehar: *El aldeano alegre*.

La muerte de León Tolstoi le hizo impresión y deteníase a mirar las fotografías de *Caras y Caretas*. Veía los ojos penetrantes del escritor ruso, hundidos bajo sus cejas profundas, y su gran barba silvestre.

"Antes de irse a Europa, mi padre compró una casita en Lanús, pagadera a largo plazo. A ésta se fue a vivir la familia a comienzo de 1911". Desde allí veíanse alfalfares, que en la tarde rizaba el viento y, más distante, un bosque de eucaliptos.

"El lujo de nuestra casa era un gran piano en el que, si un pariente llegaba a deshora, se improvisaba un lecho". Aprendió a montar, conoció plantas y animalejos.

Abandonó la escuela y contrató impresiones de tarjetas con el nombre del interesado y una frase de salutación, que era costumbre enviar a los conocidos en víspera de año nuevo.

"Estuve un año a cargo de los intereses de mi padre y recorrí las calles de Buenos Aires procurando en vano cobrar a sus clientes".

En Lanús se asoció con un fabricante de tamborcitos de hojalata, que colocaba en librerías. Fue vendedor de té Plan. El primer día hizo grandes ganancias; pero después no, quizás porque el argentino toma mate, y té sólo como medicina. Por unos meses reemplazó a un cobrador de impuestos municipales en Lomas de Zamora.

Poco antes del carnaval, con su hermano Leonardo, abrió un boliche en una calle de comerciantes árabes. Junto al boliche habitaba una mujer preciosa, nacida en Esmirna, que se aburría a más no poder con su marido, mahometano no más divertido que un poste. El imberbe Espinoza no pudo distraerla, pero la honró poniendo a su boliche: *La mujer de Smirna*.

Al acercarse y en los días del carnaval vendieron ser-

pentinas, cigarrillos y otros embelecocos a torrentes; después no entró un alma, ni siquiera a preguntar la hora.

Su padre, que había estado en Italia y Suiza, volvió re-  
puesto, pero tuvo una recaída que le obligó a internarse  
en el sanatorio de Temperley.

“A la muerte de mi padre, el 24 de agosto de 1914,  
trabajaba en el ferrocarril sur. Me había convertido en  
experto en la suma de horas y minutos, pero una huelga  
ferroviaria me hizo gran impresión y abandoné el puesto”.

En ese mismo año lo hechizó el fútbol de tal manera que  
soñó en ser deportista. Véase aclamado hasta en Europa.  
Lo cierto es que escribió crónicas para un periódico depor-  
tivo de La Boca. El editor, un italiano, le pagaba insertan-  
do con el artículo su retrato.

“Oí hablar de socialismo desde muy niño. Me tuve por  
tal siempre. Escuché a muchos oradores socialistas alrede-  
dor de 1914 y después”. Colaboró en la revista *Nueva Era*,  
de esa tendencia, mas no fue miembro del partido porque  
no tuvo con qué pagar las cuotas.

Cayó en sus manos el *Libro de los Cantares* de Heine y  
lo apasionó, acaso porque empezaba a ver a las mujeres y  
alguna, con sólo pasar, quedábase en su imaginación, y  
suspiraba y quería verla de nuevo, deseando que ella re-  
parase en él. Este juego le duró años.

De los *Cantares* pasó a *Los dioses en el destierro*, a los  
*Cuadros de viaje*, al *Romancero*, éste aún en su idioma  
original o en francés. Quiso aprender alemán y como no  
era fácil, impaciente íbase a la biblioteca para siquiera  
adivinarlo en lengua gala. Cuando los *Cuadros de viaje*  
fueron editados por Calpe, los leyó y releyó y al descubrir

que Heine, fuera de buen prosador, con generosa y profética visión del mundo, era hombre de pensamiento y humorista singular, se quedó en su espíritu de habitante vitalicio. A través de su existencia puede olvidarle un día, tres o seis, pero nunca siete. Aprendió algo más de alemán y lee fácilmente el inglés. El idish sólo lo entiende y lo lee. Sin embargo, en sueños lo habla.

Ganándose la vida había madurado, casi era un hombre; atesoraba la experiencia que da la calle y el trato con los más diversos prójimos. Sin embargo, al inscribirse en una escuela de Barracas (1915) para cursar quinto año, descubrió que su sentir era el de un niño.

Entró a la Normal de Avellaneda y dirigió su revista, *Primeras Armas*, colaborando con verso y prosa. Por aparente azar iniciaba una de sus vocaciones, la de revistero. También escribió asiduamente en *La Opinión* de Avellaneda, y como sus producciones se publicaran sin retardo, le cobró simpatía al director y le dedicó un soneto.

A los dieciséis años era devoto de Tolstoi, Heine, Turguenev y de la Mujer de Esmirna. Su admiración fluía como algo dinámico, hasta irradiante. Aunque estaba formándose, su don admirativo tenía honda raíz y debía crecer, acaso más que su manantial de sonetista, nunca amagado de sequía.

Su hermana Clara, joven maestra y criatura tenaz, lo convenció de que estudiase en la Normal de Buenos Aires. Allí tuvo de profesor de música a Rafael González, pianista de renombre. A él le gustaban los cantos de la creencia (su abuelo fue cantor de sinagoga y su padre poseía hermosa voz), pero, fascinado por el profesor, conoció a

los grandes maestros y se hizo miembro de la Asociación Wagneriana.

Después de la idolatría por Beethoven, se detuvo en Bach, que por su acento religioso entroncaba con los cantos que oyera de niño. De Bach pasó a Haendel con el cual se quedó definitivamente. El pianista Ricardo Viñes lo inició en la música nueva. Tan estremecido hallábase Espinoza como para sentir que su vocación profunda era de director de orquesta; mas, aunque poseía y conserva excelente memoria, sus conocimientos no superaban lo elemental y ya estaba andando por otro camino, de modo que sus conciertos futuros fueron de voluntades para fines altos.

“Colaboré espontáneamente en *Mundo Argentino* y en *El Hogar* con malísimos versos (1916). Llegué a formar todo un libro que por suerte no publiqué. No obstante, al presentarlo a un concurso, obtuve una estatuilla de bronce que representaba la poesía”.

Tres de sus tíos habíanse venido a Chile. Félix, el mismo que le obsequiara libros de Salgari, le mandó doscientos pesos. Con ese capital empezó a editar los *Cuadernos América* (1919). Su gran acierto, a la llegada de Amado Nervo, fue dedicarle un cuaderno a sus versos. Las mujeres adorábanle por sus crepúsculos y plenilunios, por su amor delicado, por su languidez y hasta por su dulce religiosidad. Hubo de reimprimirlos, y de haber tenido visión —la virtud del gran comerciante— sería rico. Quien la tuvo fue Tor, que siguió editándolos sin cesar y sin pagar derechos, como hizo y prosigue con cien autores más.

Los *Cuadernos* pusieronle en relación con escritores afamados. Cuando necesitó ver a Horacio Quiroga, cuentista

y hombre original, no se atrevió a ir solo. Hízose acompañar a la dirección de *Caras y Caretas* adonde Quiroga iba en la tarde. Fuera de acogerle, le prometió un cuento apenas difundido. Al día siguiente lo puso en sus manos, lleno de correcciones, porque era perfeccionista. La amistad con Quiroga lo hace "menos intelectual y más humano". Además, la admiración súbita que le despierta lo induce a ser narrador, y como aquél sólo relata sus experiencias, él capta sus motivos del ambiente israelita que conoce bastante.

Aparte de *Cuadernos América*, inicia la edición de libros nacionales, americanos y hasta europeos. Se venden lenta y dificultosamente, pero el volumen afortunado costea los otros. Aparecen con la sigla de B. A. B. E. L.

Entre intelectuales y judíos cultos, el nombre de Benedicto Spinoza era invocado con frecuencia. Enrique Espinoza, visitante de librerías de viejo, descubre el *Tratado teológico-político*. En seguida emprende la lectura de *la Etica*; lee una página y, al querer resumirla, nada recuerda; parecería escrita con agua; pero insiste, consulta a conocidos y a través de meses y años se adueña de sus más genuinos pensamientos.

Lugones lo recibe con discreta simpatía, como a los demás jóvenes que a diario le consultan sus lecturas. No le deja esta entrevista recuerdo particular, pero aquél se le convierte en semidiós, cuando en la clausura del congreso de normalistas, cuyos acuerdos censurase la prensa, pronunció un discurso arrebatador con citas de Sarmiento, Alberdi y otros argentinos preclaros y dijo que los estudiantes de Córdoba, al impulsar la reforma universitaria, continua-

ban la tradición de los próceres. Lugones era respetado y la prensa calló, pues ya le colgaba a cordobeses y alumnos de las normales, el sambenito de maximalistas, para reducir a cero la razón que pudieran tener.

El escritor inglés William Henry Hudson murió en Londres, en 1922. Había nacido en Argentina, en donde poquísimos le conocían. Pronto *La Nación*, entre los muchos folletines que editara, publicó *La tierra purpúrea*, traducida por Eduardo Hillman, británico que residió en Chile. Este imitó el lenguaje de los gauchos y hace decir a uno: "No seas lesa", locución desusada en el Plata. Alrededor de 1925, don Baldomero Sanín Cano le dijo a Espinoza que en la revista *Hispania*, londinense, publicóse *El Ombú*, también de Hudson, vertido al castellano por uno de los Restrepo, correctamente, pero con defectos inevitables para quien desconoce Argentina como, por ejemplo, escribir lago en donde el argentino dice laguna.

Enrique Espinoza, que devoró el primer libro, corrigió la traducción de Restrepo y la dio a las prensas en seguida, ocupándose —ya para siempre— en leer y divulgar la obra de Hudson.

En el decenio siguiente no hubo escritor de su grupo que no contribuyese a la gloria de aquél con artículos, folletos y libros o favoreciendo el amor a los pájaros. Martínez Estrada consigue tener media docena, libres, pero dentro de un departamento.

En 1924 aparece *La levita gris*, su primera obra. Uno de sus cuentos, *La cruz*, es traducido para la revista *Menorah*, de Nueva York, por Waldo Frank. La prensa los comenta, se habla de ellos en las tertulias, recibe felicitaciones y

hasta hay lectoras que le envían cartas perfumadas, laurel que suele llegar más tarde, si llega.

En dos o tres cuentos, el amor y el nombre de Heine se enlazan. No puede sustraerse al agrado de citarle versos.

*La levita gris*, *La muerte de Betsy* y *La Cruz*, son cuentos en que se hermanan la ternura, el sentido dramático y el humor, y están escritos con sobriedad no común entre los jóvenes. De haber persistido como narrador, Espinoza ocuparía lugar propio en su país.

A los pocos meses duda de su capacidad y piensa, porque suele caer en el pesimismo, que se han escrito cuentos excelentes. ¿Para qué insistir? Es en esos períodos de incertidumbre cuando escribe un soneto tras otro. Los considera actividad privada. O traza en su diario páginas introspectivas, a menudo en contra de él.

Con desaliento y todo comienza una novela.

Los *Cuadernos América*, después de publicar más de cincuenta números, fenecen. Duraron demasiado. Una revista nace para algo transitorio: comunicar una idea o introducir cualquier novedad literaria. Y para esto un año es suficiente. ¿Qué revista que no sea oficial o comercial se eterniza?

Pero el revistero, cada vez más embebido en Quiroga, no tarda en editar *Los Cuentos*, con relatos escogidos de autores universales. Resiste seis números.

En busca de inspiración se va a Misiones, a casa de Horacio Quiroga. Durante un mes, solamente disfruta de seis días sin lluvia. Quiroga pasea por el campo, esquiva a las víboras, pinta su casa, trae leña, pesca, escribe un poco, conversa y, como es oficial del Registro Civil, a cada niño

que vienen a inscribir, sin vacilación, le da el nombre de Epaminondas.

Al despedirse Espinoza, el gran cuentista le regala su libro *Anaconda*, empastado por él mismo en piel de esa serpiente.

Con la sigla de B. A. B. E. L. sigue imprimiendo volúmenes, y antes de mucho resuelve editar una revista: *Babel*, mas no con el sentido de mera confusión, sino de afinidad. Al echarla a la calle le da el siguiente lema de Darío:

*Aquí se confunde el tropel  
de los que a lo infinito tienden  
y se edifica la Babel  
en donde todos se comprenden.*

Termina sus estudios en la Normal. Lugones, al saberlo visita al Ministro de Educación para que le dé un cargo. Equivocadamente nombran a su hermano. Lugones ofrecióle puesto en su biblioteca, que él no aceptó entonces, pues era editor del poeta, sino en 1930, cuando el impedimento moral hubo desaparecido.

Enseñó literatura en el Colegio Internacional, de Olivos, y a los dos años, arrebatado por las revistas y demás empresas literarias, hizo dejación de la cátedra.

Alguna vez conversa con un ser de voz y mente adorables; querría ir más lejos, pero de súbito hay que redactar un manifiesto o realizar algo urgente, y la imagen deliciosa se va alejando. Ya no la recuperará nunca.

Se unen a *Babel* los literatos más eminentes de la generación madura y los jóvenes, y no pocos americanos: Ma-

ñach y Marinello; Picón-Salas y Uslar Pietri; d'Halmar y Pedro Prado; Mariátegui y Jorge Basadre, etcétera. Algunos, acaso los menos dotados, no consiguen ver sus firmas en *Babel* y otros, por antinomias, tampoco.

Los descontentos aseveran que en la revista sólo aparecen Lugones y Quiroga. En ningún número figuran exclusivamente los dos, sino diez o más, pero lo que éstos escriben es de tal significación que oscurecen a los mozos.

Enrique Espinoza ya no se emociona hasta llorar, mas tales cargos lo entristecen —es posible que pretendiera tener la unanimidad tras de sí— y los torea dedicando todo un número a Leopoldo Lugones.

Un escritor de nombradía lo encuentra en la calle y nostálgico exclama:

—¡Ah, con un amigo como usted hasta el premio Nobel me sacaría!

Espinoza incorpora a su santoral a don Baldomero Sanín Cano. Y aunque sigue agregando a su cruzada poetas y autores noveles, Luis Franco, José Pedroni, Conrado Nale Roxlo, los quejumbrosos insisten en que la revista es sólo para provecho de aquellos astros o para hacerle propaganda a sus obras.

Secundado por su hermano Leonardo se entrega a sus ediciones y revistas, que le han creado copiosas amistades en los pueblos de lengua castellana. Escribe a sus improvisados agentes de América; promueve veladas, exposiciones y traducciones; celebra grandes aniversarios, sobre todo si son de Tolstoi, Heine, Spinoza o Turguenev; organiza el viaje de Waldo Frank y el de Mariátegui; mueve sus amistades en favor de grandes hombres o de causas eternas. To-

do esto no puede hacerlo solo, ni la ayuda de su hermano Leonardo basta, ya porque se necesite de mayor influencia que la suya, ya porque lo inhiba el complejo de Chandala. Entonces suscita el favor de sus admiraciones antiguas en beneficio de sus admiraciones nuevas. Y Gabriela Mistral, Waldo Frank, Leopoldo Lugones u otro no se niega a darle una mano, sea escribiendo un hermoso mensaje, sea visitando al poderoso indispensable.

Pronto se le ve en todas partes con don Baldomero Sanín Cano, que lo guía en la lectura de nórdicos, alemanes e ingleses. Este le despierta veneración definitiva, lo afirma en una línea moral y lo impulsa no sólo a leer ensayos, sino a escribirlos. Muchos años después hará un costoso viaje a Popayán únicamente para estar un mes con él.

No obstante, cuando Horacio Quiroga viene a Buenos Aires pasan por calle Florida cada atardecer. Quiroga, por su nariz aguileña y su larga barba, parece rabino en vacaciones.

En las tertulias alguien comenta:

—¡Claro! Como Espinoza es judío tiene un concepto patriarcal de la amistad y anda con gusto y le publica a cualquiera que tenga barba o sea vejestorio.

Sin menoscabo de *Babel*, el revistero desea publicar otra más combativa, con sentido social. Se titulará *Martín Fierro*. Tras varias consultas ofrece la dirección a Evar Méndez. En el grupo de colaboradores figuran Borges, Gironde y otros poetas y prosistas entre adolescentes y mancebos. Sale el primer número y Enrique Espinoza ve con pavor que hay un ataque a Lugones. Ese día no almuerza. Los jóvenes expresan que están hartos de las rimas del ilustre bardo.

Leopoldo Lugones, que fuera socialista anarquista en su mocedad, ha ido derivando, gratis, hacia la derecha; a veces linda con el más crudo reaccionarismo. Proclama en Lima la "hora de la espada". Espinoza mismo, tan adicto, siente no poca desazón por su cambio, pero no puede sufrir el reniego de *Martín Fierro* y deja el grupo. Sin embargo, esta revista es gallarda y renueva el ambiente.

Aunque son amigos, no celebra el libro titulado *Babel y el castellano* de Arturo Capdevila (1928) y se propuso responder con *El castellano y Babel*. Con brío empezó a buscar documentos. Más tarde apareció *La peculiaridad lingüística rioplatense* de Américo Castro, que Espinoza tuvo por ofensiva. Viósele por las bibliotecas acopiando papeles, pero la atención de sus empresas literarias lo retrajo. La herida quedó latente. Basta que le venga con alguna fuerza el recuerdo de esa obra para que se ponga sombrío. Se le verá entonces, mañana y tarde, completando las pruebas reivindicatorias del castellano en Argentina. En esto sigue la opinión de su maestro Domingo Faustino Sarmiento.

Debería advertirse que el peligro de desintegración del idioma no existe allí. La prensa lo emplea bien. Los profesores, desde la escuela de primeras letras hasta la universitaria, lo enseñan bien. Si tienen que decir avísame, dicen avísame, pero si ha sonado la campana dirán *avisame* para que no se les tenga por afectados.

En 1925 adoptó el pseudónimo de Enrique Kitzler, personaje de Heine, que escribe un libro, lo corrige, lo pule sin desmayo y, al fin, lo rompe.

Quizás le resultase comprometente. Piensa algún tiempo en el de Samberg (primera sílaba de su nombre y últi-

ma de su apellido) y al escribir una crónica sobre Quiroga nada le costó, acaso pensando en Heine y Spinoza, firmar como el autor de la *Geografía descriptiva de Chile*: Enrique Espinoza.

Su nombre de nacimiento le sirve en visaciones y para malquistarse con fascistas y demás prójimos de mente y voluntad ofuscadas.

"Con motivo de la visita de Einstein a Buenos Aires (1925), pensé en una revista judía. Planeamos *Orígenes*, pero llegó a publicarse bajo mi dirección *Cuadernos de Oriente y Occidente*".

Antes de imprimir el número inicial, se le acercó un arquitecto sionista y le preguntó que cuánto costaría. No bien lo supo llegó con el dinero. Los periódicos israelitas, de los que esperaba el recibimiento más comprensivo, expresaron que la revista no era de oriente ni de occidente, ni de ninguna parte.

A su director, tal vez por su tipo cabileño, le tuvieron por sefardita fantasmal.

El cuaderno siguiente, de ciento o más páginas y textos valiosos de o sobre autores hebreos, dedicado a Heine, tampoco les conmovió. Para qué recordar que el arquitecto se hizo humo. Sin apoyo, *Los cuadernos* fenecieron al tercer número.

El judaísmo le gustará a morir si trasciende de esos cantos trémulos, tan desgarradores, con que los hebreos inmovilizaban las arenas del desierto, o de Spinoza, Heine y hasta de dioses menos esplendentes. Empero, nunca fue judío incondicional. Acepta de éstos lo que puede aceptar en los gentiles.

Hay en los libros de Espinoza constante preocupación por lo argentino, mas su patriotismo no se extiende a esa gran maquinaria militar, religiosa y verbal que es su costoso aditamento. Lo expresará puro a través de sus devociones: Sarmiento, Martín Fierro, Lugones, Quiroga y Hudson.

En 1928 asume la secretaría de una exposición de libros que se efectúa bajo la presidencia de Enrique Larreta. Este acto reúne a muchos hombres de pluma. Espinoza idea fundar la Sociedad Argentina de Escritores y se mueve hasta conseguirlo. Es empeñoso para cuanto no produzca dinero. Eligen presidente a Leopoldo Lugones y a él lo designan secretario.

Más adelante formará instituciones y comités, siempre con fines elevados, en los que indefectiblemente contará con Lugones para presidirlos.

A todo esto, con Franco, Martínez Estrada, Cancela, etcétera, resuelven (1930) publicar una revista más ágil, que aparezca a menudo y tenga formato mercurio. Los demás ignoran con qué imprime y cómo pega en los muros grandes cartelones con cien retratos de colaboradores, en que anuncia la nueva revista. Lo cierto es que él y su hermano los fijan de noche. Su hermano Leonardo le da parte de su sueldo para los gastos. Y *Babel* se transforma en *La vida literaria* que, al comienzo, sale quincenalmente.

Los omitidos en aquella iconografía propalan que Enrique Espinoza es persona rica, agregan que está al margen de la literatura, que sólo conoce a Quiroga y Lugones. Desde otros periódicos le disparan, no siempre a fogueo. El, con el ardimiento de la mocedad y la vehemencia bebida en el ambiente, responde no sin aspereza o con excesiva as-

pereza. Tiene enemigos sin costo y, también, algunos de esos que todo ser humano conquista por disparidad de conducta o de valores.

Ezequiel Martínez Estrada, que va terminando *Trapalanda* (después Radiografía de la Pampa), sugiere que ése sea el nombre de una nueva revista, del porte de un libro común, en la que se inserten ensayos. Y *La vida literaria* se convierte en *Trapalanda*, denominación que los ingleses, en sus antiguos mapas, dieron a Sudamérica y que significa, tal vez, el cielo a donde van los caballos de los gauchos. Apareció en 1933 y se mantuvo hasta 1935.

Al tornar de su veraneo en Chile, reúne los cuentos que escribiera en los últimos diez años y publica *Ruth y Noemí* (1934), y lo dedica a su prima Catita Talesnik. Casi a la vez ofrece *Trinchera*, obra de admiración, de afán ideológico, en que arremete contra los tibios o los enemigos de sus ídolos. Su temperamento hiperestésico le exige atacar, sus nervios son cuerdas de violín, quizás a medida para un ser de índole apacible. Es curioso que, necesitando desahogarse, se contenga al empezar, pero no tanto como para no dejar la impresión de que ningunea a muchos. No se conforma con exaltar a quienes ama, siempre quiere dar más por ellos. Su carácter es muy rígido para no omitir a los que contrarían su culto. En la actitud es severo. Con la perspectiva de unos meses puede ver a éstos humorísticamente.

Sufre por actos brutales que acaecen lejos, que no habría podido evitar. Lo atormentan como si fuera culpable; lo muelen más que una enfermedad física.

Enrique Espinoza huye de lo académico y de cualquier reunión numerosa, más, por donde vaya, va férvido.

Al igual de otros combatientes, que son así por temperamento, es tierno y querría socializar su ternura. Pero, ¿cómo conseguirlo? Su simpatía lo une a personas de condición intelectual o literaria relevante, de un tono moral y humano en concordancia con el suyo. Mientras no halle individuos de esa familia, algo escasa, se apegará a sus admiraciones, a sus amigos. El, tan severo, descubre los más finos argumentos, las atenuaciones más exquisitas, para explicar actos de sus compañeros, discutidos o discutibles.

En enero de 1935 viene a Chile, contrae matrimonio con su prima Catita y se van al sur. En Pucón conoce a un joven botero que ocupan los turistas norteamericanos. Querría éste poner a su bote un nombre atrayente para los yanquis. El inspirado revistero le propone, lo seguro es que se lo impone, el de W. H. Hudson y, para evitar vacilaciones, él pinta las letras en la proa de la embarcación.

Si en vez de revistero y promotor literario, Espinoza hubiese sido pastor de almas, es seguro que cada día le insuflaría fe a una o dos personas.

Del sur fue a rematar a Madrid.

Apenas se establece en Santiago colabora en *Onda Corta*, periódico que defendió a los españoles leales. Actúa como director de la Sociedad de Escritores, elige originales para el boletín de ésta, dedicado a Horacio Quiroga, previsiblemente por sugerencia suya, en 1937. En otros números y en varias revistas desliza páginas de Hudson, poemas de Lugones y de Franco, ensayos de Sanín Cano o de Martínez Estrada y de muchos autores de su predilección.

Publica *Chicos de España* (1936) y *Compañeros de viaje* (1937). Hace una escapada al extranjero.

Por fin, en 1939, reanuda la publicación de *Babel* con el editor Nascimento. Ahora sólo ofrece ensayos breves que él selecciona y vierte al castellano, ayudado por su mujer. Aparece mes a mes, pero desde 1940 cuando Dios es grande, porque debe costear la mitad de cada volumen. En 1941 la suspende.

Forma un grupo y la reedita como revista bimestral a partir de 1944. Mauricio Amster modela cada entrega y dirige la tipografía, fuera de actuar de gran tesorero. Su presentación es novedosa y honorable. La revista vive su edad de oro. Enrique Espinoza, además de dirigirla va a la imprenta, corrige pruebas, busca originales, escribe los sobres y manda, por adelantado, a fabricar el papel, porque se ve llegar el tormento de las revistas: la inflación.

*Babel* es apreciada por los heterodoxos. Casi elige a sus lectores. No pudiendo, por su precio y naturaleza, llegar al pueblo, procura ser leída por opinantes de relieve. La carestía, ay, la sepulta al finalizar 1951.

Como revistero desinteresado, Enrique Espinoza carece de parangón cercano. Ha dado a las revistas quizás si cuarenta de sus años y hasta les sacrificó su porvenir de escritor. ¿Qué ha conseguido? Tener un nombre respetado por una minoría, cierta satisfacción íntima y abundantes desilusiones.

Ha contribuido a mejorar el gusto. Por él se conocieron temprano varios ingenios europeos. En sus papeles literarios iniciáronse literatos hoy famosos. Si se lee más lo americano y algunos autores lograron alta categoría, a él se le

debe una pizca. Sus periódicos, inclusive los más pequeños, han servido de lugar de encuentro de espíritus libres y de vehículo de ideas y novedades de Europa.

Sus constantes son la libertad, la simpatía por las nuevas formas de entendimiento social, la misión del escritor, la unidad de la raza humana, la ética, la relación del individuo con la sociedad. Todo esto y cuanto hizo no es original en sí, pero lo ha sido y lo es mantener estos valores cuando pestes como las dictaduras, el fascismo o la persecución se enseñorearon en uno o varios países.

Enrique Espinoza da la idea de un hombre que primero, sin apresuramiento, observó las mudanzas de individuos y colectividades, que descubre cuáles son los principios favorables al desarrollo de lo humano, y que, en seguida, con sus revistas, con sus libros, con su ardiente palabra y sus más variadas iniciativas, sin vacilar ni cambiar de norte nunca más, los defiende y propicia, y que también vive alerta contra las regresiones, sin importarle su propio destino ni su acomodo. De los hombres ricos que adoptan esta posición se dice que tienen espíritu público. ¿Qué expresar de él, que no lo es? Acaso que debería figurar entre los héroes de la literatura.

Por deleite, claro que en secreto, practica un espiritismo a su manera. Sus lectores, sobre todo los de *Babel*, advierten sus invocaciones. Los escritores llamados a decir algo son de las más diversas lenguas y siglos. Sin embargo, parecen de la misma familia; hay en lo que escribieron sentido social, sinceridad, ideas puras, espíritu libertario y lenguaje justo.

Mientras compone una revista, Espinoza no escribe nin-

gún libro. ¿A qué hora podría redactarlo cuando ni siquiera duerme bien? Despierta a medianoche con el plan de un número, ya para rendir culto a Trotsky, Hudson o Kafka; ya para echar unas ramas de laurel a la revolución rusa o la república española de trabajadores.

Desprendido nuevamente de *Babel*, no por su gusto, publica *El espíritu criollo* (1951), *Tres clásicos ingleses de la pampa* (1952), *Conciencia histórica* (1953), *El ángel y el león* (1954), *De un lado y otro* (1955), *La novia*, poemas (1964), y entreverados una docena larga de folletitos a mimiógrafo con sonetos.

En 1953 Ernesto Montenegro crea la Escuela de Periodismo y lo designa secretario coordinador. Dura en el cargo apenas un año.

¿Cómo trabaja la obra propia? Elabora sus ensayos mentalmente, cuando está a solas, en la alta noche si el sueño no acude; al despertar; andando, doquiera esté. A un párrafo suma otro, medita cada frase, examina una palabra y las siguientes. Podría decirse que detrás de su frente hay una pizarra. A veces de un párrafo memorizado cambia dos vocablos. De ahí el acento tan esencial y enjuto de sus escritos. Al ponerse ante la máquina, copia, porque las alteraciones que introduce son ínfimas. Es tan claro que parece críptico.

Qué decepción causa en la primera lectura. ¿Faltan palabras? Tal vez falte esa exaltación o no sé qué imponderable que aporta el subconsciente. Al releerlo se descubre que no hay vocablo ni oración superfluos. Es la suya una prosa construida con la pura inteligencia, de limpia doctri-

na, en la que el buen sentido nunca falla; es una meditación para meditadores.

Acaso no llegue a ser escritor para multitudes; tal vez no interese al lector medio, ansioso de fácil entretenimiento. Gustarán de él los que amen las ideas, quienes aspiren a la independencia que él mantiene y aquellos cuya mira son las esencias, es decir, las almas trabajadas.

## FEDERICO GANA

### *A Olga Gana Subercaseaux*

AL COMENZAR ESTE SIGLO, Federico Gana es el joven más invitado y buscado. Es el compañero ideal. Tiene magnífica estampa. Todavía usa trajes cortados por el sastre del rey de Inglaterra, lleva al brazo un abrigo primoroso, que le da lástima ponerse a menudo. Cuando, en invierno, se cubre con una prodigiosa capa española, la calle es suya, son para él todas las miradas, lo envuelve la simpatía unánime.

Sabe conversar deliciosamente, posee el hechizo del viajero y del artista. Un hombre que ha morado en Londres, lejos de la curiosidad del medio en que naciera, atesora un caudal de vida íntima, intransferible, envuelta en densa niebla, generadora de leyendas.

En el hogar de una tía suya donde se reúnen los y las jóvenes elegantes, conoce a Blanca Subercaseaux del Río (1902). Se efectúa el matrimonio en 1906. Viven en casa de sus suegros. Adquiere en una subasta una marquesa y

un velador que provenían de una casa real. Pronto vienen los retoños: Blanca, Marta, Luz, Olga y José Francisco.

Había nacido el 15 de enero de 1867. A los catorce años, movido por el sentimiento que le causara la muerte y el entierro de su hermanita Ema, escribe una prosa patética que, en seguida, lee a su primo Jorge Huneeus Gana. Este, impresionado, la llevó a los diarios, pero ninguno quiso publicarla.

Más tarde, no se sabe con qué base real, inició una novela en la cual describía, sin apuro, un parto. Los borradores cayeron en manos de su madre, señora ejecutiva que, apenas los hubo leído, no vaciló en despedazarlos. No era costumbre ni había libertad entonces para develar este misterio, salvo en tratados de obstetricia.

Entre su parentela hubo individuos con talento: Francisco Gana, cronológicamente, el primer pintor chileno; el padre López, poeta satírico; los hermanos Blest Gana y algunos más.

Hizo sus estudios de humanidades en el Instituto Nacional. En 1890 se recibe de abogado. Resurge, en el acto, el creador. Publica *Pobre Vieja*, su primer cuento, en *La Actualidad*. Quizás sea la obra inicial en que se revela la existencia del campo y de los campesinos, con sentido artístico.

Repite en su mocedad que su bisabuelo español procede de la casa de los duques de Gandía, tronco también de los Borgia.

Se acostumbró a beber ajeno u otro brebaje impío con los jóvenes aristócratas londinenses, y sufre perturbaciones de su memoria. En una escapada a Holanda, en donde se recrea con una hermosa princesa alemana, en la víspera

de su regreso, olvida quién es. Debió esa mujer de ensueño llevarle al barco y decirle al capitán en qué lugar había que dejarlo.

En Chile triunfa la revolución contra Balmaceda y, a falta de otro botín, concédense empleos a los revolucionarios. Se declara vacante el cargo de Gana y éste vuelve a su tierra en abril de 1892.

¿Habría que agradecer al Altísimo que esta circunstancia le deje libre para desarrollar su vocación?

Sin embargo, quiso ganarse su vida como abogado. De vez en cuando va al estudio de don Marcial Martínez. Esta ilusión se extinguió al año. Confiesa que su trabajo le produjo mil pesos.

Una enfermedad lo aleja de allí y se repone en el fundo El Rosario, situado en Linares, que es propiedad de su padre, ingeniero recto, austero y activísimo.

Lee de todo, pero a Flaubert, Daudet, Zola y Turguev los sigue de un libro a otro. El ruso ejerce, tal vez, considerable influencia en su visión literaria. Hay entre ambos curiosas similitudes: proceden de familias pudientes; los mueve un intenso idealismo, son altos, son tímidos, acaso por haber tenido ambos madres de gran autoridad, y sienten por el campesino, aunque sin abandonar el concepto de patrón, una simpatía profunda.

Comienza *La Señora*, pero olvida el original al venirse a Santiago.

En el verano siguiente lo encuentra en su velador campesino. Le causa sorpresa. Y debió gustarle porque lo termina sin gran demora. Se ignora por qué motivo los inquilinos y la servidumbre del fundo lo llaman "el Prínci-

pe". Pasa los inviernos en la gran casa familiar de la ciudad. En su madurez habrá de evocarla a menudo: "... de esos viejos muros entre los que corrió mi infancia radiosa y dulce, mi triste adolescencia, mi turbulenta juventud..."

En 1894, *El año literario* inserta otro cuento suyo: *Por un perro*, que más tarde rebautiza con el nombre de *Un carácter*.

A fin de otoño reaparece la alta figura de Federico Gana en los talleres, en las redacciones, en las tertulias. El buen humor no le abandona, su cordialidad es inagotable y vivísima. Junto a su mano siempre hay una copa.

Empero, está insatisfecho. Querría trabajar en su carrera. ¿Quién se lo impide? Suele declarar:

—En la semana próxima empiezo a ejercer mi profesión...

Emprende visitas a los bufetes de sus amigos, almuerza con éstos, hablan de leyes. Y después, tendido en un sofá, lee.

A veces pregunta:

—¿Qué día será mañana?

—Sábado.

—¡Qué bueno: haremos sábado inglés!

Federico Gana, distraído desde muchacho, no ve la realidad, le aterra verla. Lee, bebe, conversa, camina con un compañero. Se resigna a lo que viene y a lo que tiene.

Los agrados de la vida familiar y la lenta aunque continua creación literaria dan velocidad a los meses y a los años.

Fiel a su costumbre reposa, después de almorzar, en un sofá, y lee. Arroja una colilla y se transpone. Una cortina

comienza a quemarse. Entra gente al notar que hay humo y él, cuando el bullicio es grande, se endereza y pregunta: —¿Qué sucede?

En invierno, si avista una nube, sale con paraguas. Al encontrarse con un amigo, ¿quién no es su amigo? se detiene. ¿Qué hacer con el paraguas? Para accionar a gusto lo arrima a la pared y luego parte, tomado del brazo de su amigo, sin recordar el paraguas, hasta el bar más inmediato.

En vísperas de Pascua poníase inquieto. En su hogar había un cuarto lleno de juguetes. Pensaba que varios de sus amigos, muy pobres, no podrían adquirir ninguno para sus niños. Luego de secretarse con su mujer, partía llevando un gran envoltorio. Sus hijos los buscaban después inútilmente.

Cuando recibía dinero se reunía con sus compañeros, y no había vino bastante caro ni manjar demasiado costoso para el festín. Y, fraternalmente, alzaba y bajaba su copa. Iba aun más lejos. Inquiría cómo andaba cada cual de fortuna y su caudalito se socializaba con rapidez. El dinero en sus manos era la llave de muchas pequeñas satisfacciones. Nunca procedía como los verdaderos ricos, que lo desprecian hasta el punto de no querer darlo ni prestarlo, y lo dejan, como cosa inútil, en sus cajas de fierro.

Al volver a su casa muy entrada la noche, no podía acostarse si no encontraba en su velador el Kempis o la Vida de Santa Teresa. Vagaba por los cuartos averiguando:

—¿Tienes tú mi Kempis? ¿Qué se habrá hecho de Santa Teresa?

Recuperaba uno u otro y tranquilo en su cama lo leía.

Esas páginas tan duras y despectivas del Kempis, purificaban su porvenir inmediato, y el sueño del justo caía sobre sus párpados.

Solían pasar temporadas en San Bernardo, en una quinta de sus suegros. Federico Gana visita diariamente a Baldomero Lillo. A su regreso se pasea ante su mujer, solicitada a cada rato por los chicos, diciendo con emoción:

—Baldomero está muy enfermo. Muy mal. Está flaquísimo. Ya no tiene pulmones. Se podría decir que se ve a través de él. Baldomero es un espectro, es un cadáver. ¿Qué hacer?

—Enterrarlo —responde ella, con humor.

Federico abre tamaños ojos, mírala indignado y amenaza:

—¡Te pondré en *La Palanca*!

*La Palanca* era el nombre de una novela que pensaba escribir. Una novela de bandidos, en un ambiente campesino. En fin, la obra en que vertería toda la fuerza de su temperamento. Ideaba personajes, componía escenas y hábiles asignado a quienes incurrían en su enojo papeles odiosos. El argumento lo iba modificando según el efecto que hacía en sus amigos y conocidos.

Sus cuentos y sus manchas de color se los leía a su mujer, mientras ésta mecía a uno de sus hijos. Leía muy bien, con cierto énfasis y noble tono. A menudo aceptaba las observaciones de ella, pero si la tacha era contra una frase de su gusto, replicábale alzando los brazos:

—¿Qué sabes tú de literatura?

No obstante, acogía la corrección antes de mandar los papeles a la imprenta.

La guerra de 1914 trajo pobreza. Surgieron las indus-

trias de la miseria: se vendía papel sucio, hierro viejo, ropa usada.

Federico empezó a decir a sus amigos:

—Los tiempos van cambiando. Tendré que reanudar mi trabajo de abogado.

A todo esto, su fortuna se extinguía. No era economista ni estaba en su naturaleza prever.

Muere su padre. Era la persona de su familia a quien más veneraba. Años después dirá en una de sus manchas: "...no queda en mi corazón sino el recuerdo de una noble, grande, severa y melancólica sombra que cada día, a medida que los años pasan, penetra más hondamente en mi ser..."

Vende su parte del fundo a un hermano. El dinero que recibe no le luce. Alcanza a comprar una propiedad en la Isla de Maipo. Está muy contento con esa tierra que es suya, pero, como es solicitado casi a diario por el olvido, se distrae, y se acumulan contribuciones, servidumbres y cuanta gabela ha creado el legislador. Y un día, mal día, injusto día, le rematan su tierra. Y él, triste, alza la copa.

Seguía habitando en casa de su suegra en donde se criaron sus hijos. Sin que se tradujera en palabras, en la actitud de sus cuñados había algo, como extrañeza de que él no se resolviera a trabajar. Mientras tuvo dinero pudo defenderse ante sí mismo. Podía prescindir de una actividad productiva, material, ajena al arte de escribir. Mas, llegó el cruel instante en que su fortuna era sólo recuerdo.

Apenas salía a la calle rodeábanle los amigos y no sabía de sí hasta entrada la noche.

Su mujer para retenerlo más en casa reunió a sus amigos

un día por semana. Federico se olvidaba de venir por hallarse en no se sabe dónde, retenido por otros conocidos. Trabajado por cierto remordimiento, hizo formal cesión de bienes a su mujer, porque tenía la perspectiva de heredar. Dentro de su natural bondadoso era demasiado altivo para convertirse en una carga. Abandonó solo la casa de su suegra y se hospedó en el número 170 de la calle San Francisco.

Hizo traducciones del francés y del inglés, entrevistas, artículos. De alguna manera continuó subsistiendo.

“Vengo a hacer un negocio contigo y de antemano sé que no voy a salir defraudado —expresó F. Gana, mientras metía su mano derecha en el hondo bolsillo de su abrigo aristocrático—, quiero venderte mi cabeza” —agregó y rió con sus mostachos resabiados de romanticismo.

“Sacó luego un breve envoltorio y me pasó una tablita sobre la cual, nada menos que Valenzuela Puelma, le había pintado, en Londres, un pequeño retrato asombroso de maestría. Miré aquel parecido fácil, suelto, sugerente y sin vacilaciones, saqué el billete y se lo dí, no sin un poco de emoción contenida”.

Y se convirtió en dueño del retrato el escritor Alberto Ried, entonces invencible agente de seguros. Lo conservó largo tiempo, pero debió, al fin, venderlo a un amigo coleccionista. Muchos años más tarde fue subastado. ¿Quién lo posee ahora?

Con alguna frecuencia almuerza en casa de su suegra. Cuenta que ha visto a tal señora. ¿Y cómo iba? —preguntan las mujeres. Responde: —tranquila y sencillamente vestida.

A ratos se queda pensativo. En seguida asegura:

—El lunes comienzo a trabajar de abogado.

Y como pasaran nuevamente los días, tan ligeros como los anteriores, en un gesto desesperanzado y de resignación, exclama:

—¡Ah! esta abulia.

En la calle está su consuelo. No necesita caminar mucho. A la vuelta de una esquina cae en manos de uno o más amigos que le llevan derecho a un bar. Y ahí, con rostro alegre, alzan la copa.

Era natural. En donde estuviese mejoraba el ambiente. Su palabra cálida, tan afectuosa, atraía. En silencio también producía agrado. Buscábanle no sólo sus compañeros de generación, sino los muchachos, literatos o no. Sabía alentarlos. Al recibir libros primerizos, elegía un párrafo, una frase acertada, para congratular al autor.

A las reuniones de gente moza asistía Luis Fernando Guachalla, estudiante de leyes, boliviano.

—Recíbete, Luchito. Después yo te enseñaré a trabajar —decíale cariñosamente el escritor.

Escucha con interés. Ni por un minuto se distrae o permanece indiferente. A su turno relata un cuento o recita con su voz tan evocativa una mancha de color, un pequeño poema en prosa, envuelto en una como niebla emocional. La emoción se extiende y todos en silencio alzan y bajan la copa. Y no era raro, sino cosa de casi todos los días, que fueran a comer a un restaurante de barrio en donde preparaban muy bien las perdices, el conejo o la malaya. Y recitaba a los postres otros poemitas en prosa, siempre brumosos, perfeccionados con su voz acariciadora. Muy de

noche se dispersaban y un par de admiradores lo dejaba en su puerta.

En un atardecer llegó a la sala de redacción de *Los Diez*. Estos acababan de publicarle sus cuentos con el título de *Días de Campo*. En los diarios le consagraban artículos muy elogiosos. Era el más pulcro escritor que pintara la vida del campo en una prosa poética, sencilla, henchida de simpatía y conmiseración por las gentes que lo habitan. En estos breves relatos, armoniosos, algunos escritos en primera persona, cuando el sentimiento está a punto de arrancarle lágrimas, anima su caballo y parte al galope por el centro de una larguísima alameda.

Después de cambiar unas frases con los ahí presentes, todos literatos, se dirige a Pedro Prado, el alma de *Los Diez*.

—Quiero que me des algo a cuenta del libro.

—Espera que liquiden los libreros.

—¿Pero, con qué voy a comer en estos días?

Pedro Prado, al oírlo, le entregó un fajo de billetes. Y, además, le sonrió, lo que también era una gran ofrenda porque su sonrisa tonificaba. Era una sonrisa genial. El era rico y debía contrariarle que alguien, al menos de su condición, pudiera sentir tan evidente necesidad.

Federico Gana, sin parecerse a don Quijote, tenía con éste tal aire de familia que bien podía ser presentado como su pariente. Su faz recordaba estampas de hidalgos.

Su cabellera ni escasa ni abundante íbase coloreando de gris. Seguía una frente alta, atravesada por ligeros surcos; luego las cejas, todavía oscuras, sombreaban sus ojos pequeños, de expresión risueña; una nariz fina, larga, dividía

su cara en dos mejillas descarnadas. El labio superior adivinábase bajo el bigote cano, de finas guías trepadoras. Terminaba el rostro en un mentón anguloso. Su cuello era alto, largo su busto, largos los brazos, largas las piernas. Veíasele un poquito encorvado. La expresión era de gran dulzura.

Se quedó conversando un largo momento. Y cuando, al despedirse, se esbozó su sonrisa irresistible, dos literatos mozos salieron con él alborozados.

Alrededor de 1920 lleváronle a su hogar muy enfermo, tenía bronconeumonía. Sus compañeros habituales notaron su ausencia. Alguien anunció que estaba grave. Después de indagar por aquí y por allá descubrieron su refugio. "Lo encontraron arrebujado en una manta de vicuña, leyendo a Lunacharsky y fumando..."

Los visitantes mostráronse inquietos y le miraron con zozobra. Quizás le enderezaran también preguntas para inferir, por sus respuestas, si el caso era de vida o muerte.

"¡Uhm! Ustedes no me conocen... Yo tengo sangre de Munizaga por mi padre, y éstos no se mueren a dos tirones..."

El día que se levantó estaba, ¡cómo no lo iba a estar! feliz. Salió, apoyándose en un bastón, con paso medido. ¿Con quién se encontró, a dónde fue? Lo cierto es que nunca más volvió a dormir en su hogar.

Hállasele en la antesala de algún encumbrado amigo que le ha convidado a almorzar. En la espera, arrinconado, repasa el estilo de un poema en prosa o de un cuento. Siempre se pueden suprimir frases, palabras sin función y hasta párrafos completos, y cambiar las voces repetidas o las que

no calzan bien. Y si el que entra a la antesala es conocido, lo atrae, y dice:

—A ver, ¿cómo le suena esto?

Y, con su tono resucitador de imágenes sepultadas por el tiempo, lee.

Si ha comido algo, lo que sea, suele decir:

—¡Qué buena es la pobreza!

Puede estar en una habitación desordenada, sucia también, sin inmutarse. ¡Es que no la ve! Si no conversa está leyendo, en viaje hacia ámbitos agradables, navegando en ensoñaciones placenteras que pronto retiene en alguno de los papeles que llenan sus bolsillos y que, una vez corregido, pierde.

Su felicidad no radica en cosas materiales. Halla placer en lo que no tiene precio ni puede ser acaparado: en mirar, en un rasgo amable de los demás, en dulces recuerdos.

Al salir a la calle con amigos, tarde de la noche, le asalta el temor de que se repita la pulmonía. Entonces se apresura a levantar el cuello de su paletó.

Su paso es lento y su figura desgarrada. Alguna vez apareció, el único entre cientos de caminantes, vistiendo chaqué, pantalón y hongo color madera, y no un hongo de copa redonda sino ligeramente rectangular. Y veíase perfectamente. Poseía el don de asimilar a su persona lo que se pusiera.

Alguna tarde tenía el rostro bañado de felicidad.

—Vengo de ver a mis hijas. ¡Qué lindas estaban!

En noviembre de 1924, escribe a su mujer: "Blanca, con esta misma fecha he recibido, al fin, una carta de una firma norteamericana de Valparaíso en la que me piden con-

diciones para la publicación en inglés de mi libro *Días de Campo*. He contestado inmediatamente a esta firma, en forma comercial y debida. Puede que este negocio en perspectiva sea seguido de otros, ya que tengo por publicar una colección de cuentos de diversa naturaleza, mis pequeños poemas en prosa que esperan editor e incontables artículos de diversa índole que he hecho especialmente sobre crítica de pintura que se denominan "Siluetas de artistas".

Era amigo de casi todos los pintores. Fuera de Venezuela Puelma, dos veces lo había retratado Juan Francisco González, y Lynch pintó su figura en una composición de grupo.

Con la merma de sus fuerzas se amengua su tranquila alegría. No es que se queje, pero, aunque procura evitarlo, cae en meditaciones profundas sobre su vida pasada, y claro que no la aprueba. En sus últimos poemas en prosa hay oraciones dolientes, y una que otra muy airada: "Ya no será posible que vuelvan los días buenos. ¡Estoy solo, altivo de mí mismo, porque ya dije adiós para siempre a todo eso...! Libros, libros, ideas de otros que encienden mi entusiasmo, y mi alma, en su desencanto, pregunta: ¿para qué? y la obra que mi corazón soñaba ¿dónde está? Sueños vagos, remordimiento, informe vida perdida... ¿Y qué has hecho de tu vida, miserable?"

Los fines de mes lo aterran porque debe pagar su habitación. ¿Y cómo hacerlo careciendo de una entrada regular? Ha concebido argumentos que exigen madurez. Escribirlos a la ligera sería matarlos. ¿Qué hacer entonces? Un buen artículo le salvaría y piensa... Alguna vez cubrió la mensualidad su hermano.

Procede a la inscripción en el Registro Civil de alguno de sus hijos, que había omitido hacer buen número de años. En carta a una hija se queja de su pésima salud. Tiene caer al pensionado del Hospital San Vicente, al que le tiene horror.

Al comenzar el otoño de 1926 va a parar al medio pensionado, precisamente, de dicho hospital. Su mujer, sus hijos, su hermano y uno que otro amigo, todos afligidos, lo descubren en una modesta pieza en que también yace un español.

A pesar de que a ratos le sofoca la fiebre, conserva su encantadora serenidad y hasta suelen reír sus ojos. Como síntesis del pasado dice a su mujer:

—Todo lo que me ha ocurrido se debe a que fui escritor.

Indica que en el bolsillo del paletó tiene tales escritos; otros en su cartera y los demás en el maletín.

Su hermano le pregunta:

—¿Debes algo?

—No. Tú sabes que no gasto sino cuando tengo.

Mira a sus hijas y exclama:

—¡Lástima que no estén casadas!

En su velador está la *Filosofía Moderna* de Abel Rey, marcada en la página 46 con una estampita, de la que descende un ángel.

—Nunca tuve fe —agrega— porque no me había encontrado con un hombre inteligente —el hombre inteligente es un presbítero que no le pierde de vista—. Cada uno expuso sus ideas sin rebatirse, francamente, pero con respeto mutuo. Quedé impresionado.

En la segunda semana hay horas sin visitantes; no tiene

deseos de leer, y meditar le desagrada. A ratos se dirige al peninsular, sin importarle que esté dormido:

—Si esta tarde viene mi hija Blanca, esa menudita y viva que Ud. conoce, haré que nos recite el monólogo de Hamlet. ¡Lo hace muy bien! Estoy seguro que le habrá de gustar.

El español le responde en tono cariñoso. Su enfermedad será larga, pero volverá a levantarse. Tiene dolores, y los recuerdos de su dramático país le llegan en enjambre.

Federico Gana se siente aliviado del asma el 22 de abril.

Se halla tranquilo, muy lúcido y la tarde va deslizándose. Cerca del lecho están mirándolo sus hijas y su mujer. Falta solamente el pequeño José Francisco.

—No hablemos de cosas grandes, hablemos de cosas pequeñas. Me quedan sólo unos minutos de vida —su mujer se ausenta un momento. Ve en su cabellera algunas canas y lamenta que haya perdido su juventud con él, porque podría haberse casado y ser feliz por el resto de sus años—. ¿Y tu pretendiente sigue tan animoso? —pregunta con picardía a una de sus hijas, y como entra José Francisco, lo interroga—: ¿Y cómo vas de notas? —sonríe, vuelve ligeramente su cabeza a un costado, entorna los párpados y, si alguien, desde ese instante, dijera una palabra solamente, él ya no la podría contestar.

## JORGE GONZALEZ BASTIAS

*A Carmelo Soria*

SU ASPECTO ERA de campesino acomodado. Empezaba a encanecer y un mechón hípido y rebelde manteníase sobre sus ojos. Su voz surgía trémula y, de repente, cuando dejaba de hablar, exhalaba un suspiro.

En su conducta, en sus palabras, había algo tan fraterno que le permitía arrimarse a jóvenes o viejos y vibrar con ellos. Donde se hallase nunca la conversación caía en lo vulgar.

\* \* \*

Nació en Nirivilo en mayo de 1879. Su padre era de Cauquenes y su madre de Constitución. Estudió en el Liceo de Talca. En una pensión conoció al muchachito Jerónimo Lagos Lisboa que, como él, sería poeta.

Cuando Jorge González Bastías dejó atrás el tercer año de humanidades, un hada empezó a ponerle en las manos libros de poesía y revistas con versos de Pedro Antonio Gon-

zález. Cuán difícil es darse a la lectura de obras literarias y leer también, aunque sea con pesar, geografía, gramática y física.

\* \* \*

Sus condiscípulos considerábanle más ocurrente que estudioso. No fue rareza que al rendir quinto año lo reprobaran. Al parecer sintió voces que lo instaron a escribir versos y ninguna aconsejándole proseguir sus estudios. Los cuadernos le servían para borrar estrofas.

Se fue a la propiedad que su padre comprara en Infiernillo, frente al río Maule. Ayudó en los trabajos, ambuló por los cerros, hizo largas travesías en lancha, pero volvió a sentir voces y se empleó en Talca. Luego aparecieron sus versos en periódicos locales. Era la iniciación, porque partió a Santiago comenzando el siglo. Colaboró en *El Imparcial*. En 1901, la famosa revista *Pluma y Lápiz* insertó poemas suyos. Tuvo la dicha de conocer a Pedro Antonio González y no tardó en relacionarse con otros ingenios líricos y cómicos, con prosistas, con cuantos pintan, representan, esculpen, cantan, con todos los creadores de algo. Se hizo querer por su buena naturaleza. En 1905 conoció al poeta Víctor Domingo Silva, que vino de Valparaíso a ocupar la tribuna del Ateneo santiaguino.

Antes de cumplir la treintena lo llamó a gritos la serraña de Infiernillo. No pudo resistir. Y hacia allá dirigió sus pasos para quedarse la vida entera.

Tres a cuatro veces al año llegaba a la capital, por días, y visitaba a sus amigos de mocedad, lanzando el más hondo suspiro al estrechar cada mano.

A Talca o Constitución sí que iba a menudo. No había en ambas ciudades persona que no conociera y que a él no lo estimara. En Talca hallábase el núcleo de sus compañeros: el poeta Jerónimo Lagos Lisboa, el periodista Aníbal Jara, el escritor y crítico Domingo Melfi y los magistrados Enrique Escala y Ramón Meza. Dado su carácter, era hermano de todo el mundo. Si alguna tarde no podía regresar a su minifundio, tenía llave y cuarto en casa de sus amigos, que se lo disputaban.

\* \* \*

Comenzó a frecuentar a una joven, hija de terratenientes. En esa casa también lo distinguían. Sintió que ella, y no otra, le estaba destinada por el genio de la especie. Tal vez sintiera esa característica angustia. Y le propuso matrimonio. La doncella le pidió un año para responderle. Es seguro que entonces suspiró no una, sino diez veces. Se alejó herido muy adentro, pues su sensibilidad era extremada. Un rechazo inmediato, franco, lo habría herido también, mas no tanto como esa respuesta indiscreta. Y nunca más pisó el fundo de su bien amada.

Ella sintió su ausencia en seguida, y acaso comprendió con desesperación que se le había pasado la mano. Era tarde. Por medio de amigos le sugirió, con insistencia, que tornara. El poeta silenciosamente, se excusó. Entonces la dama se valió de su hermano, que tal vez la adorase, el cual solía encontrar al poeta en el tren. Este lo invitó con decisión e interés. Sin menoscabo de la cortesía, el poeta se mantuvo retirado, sordo a la anhelosa invitación. El her-

mano, mal aconsejado por los dioses, lo hostilizó con palabras corrientes, al comienzo, y con las más escandalosas injurias después. González Bastías no respondió y callado iba-se a otro vagón. El incontenible lo perseguía hasta allí. Y una vez en que el poeta fue en busca del conductor del tren, que se hallaba en tercera, para protestar por el atropello que sufría, entra el provocador, lo ve acercarse hecho una fiera, lo ve aproximársele peligrosamente. A González Bastías apenas le dejó tiempo para dispararle un tiro a quemarropa. El valentón se llevó la mano al rostro sangrante.

Jorge González Bastías descendió en Talca y fue a presentarse a la policía. Antes de una hora sus amigos obtuvieron su libertad. El incontenible hermano disfrutaba de malísima fama. Además, la bala le había entrado y salido por una mejilla que cicatrizó en breves días. Aunque continuaron viajando en el mismo vagón, el ofensor no intentó más hablarle ni mirarle.

\* \* \*

Infiernillo, más que aldea, es una estación. Hay casas dispersas por la falda del monte. Paralela al Maule corre la ferrovía por donde el tren de Talca va y vuelve de Constitución. A la izquierda, camino del puerto, a diez minutos se halla la casa del poeta, situada en altura. Desde la vía se ve un murallón alto, con varios ventanucos. Por su costado derecho, a poco andar, se desarrolla una galería de vidrio por la cual se penetra. Hay en la casona todo lo necesario para sentirse cómodo: acogedores sillones, mesas, periódicos, libros, muros con cuadros y la vista de un par-

que de árboles añosos, flores y bancos rústicos. Por el lado derecho se entra a un salón espacioso y luego se hallan un gran comedor y otro de diario. Este da a un corredor dilatado, semejante al de las casas patronales. Al frente hay un gran patio con árboles frutales y parrones. En ese lugar se busca la vida un centenar de patos. A la orilla derecha del patio hay unas bodegas oscuras con fudres descomunales y otros medianos en los que caben, si el año es bueno, quinientos mil o más litros de vino y chicha. Escapa de las bodegas un perfume dulce y penetrante. Sólo quienes padecen del estómago no entran a las bodegas. Al término de éstas, torciendo a la izquierda, hay chiqueros con cerdos gigantes y cochinitos tiernos que esperan alcanzar la corpulencia de sus progenitores.

La galería conduce al escritorio en que, junto a los papeles y libros, tienen sitio mil muestras de minerales. Más adentro está la biblioteca y en seguida el dormitorio del poeta y en un vasto espacio se adivinan otros aposentos.

\* \* \*

Solía el poeta, en el verano, tener su caserón lleno de invitados. Entonces, si bien disfrutaba lo indecible, roíale la zozobra. ¿Y si llegaran otros amigos, cómo hospedarlos con holgura? Y apenas entraba el otoño emprendía la construcción de nuevos dormitorios.

En los meses ordinarios acompañábanle su madre, una hermana soltera, otra viuda y dos sobrinos. Sin embargo, era tan sociable que esperaba el paso de los trenes, ya para rogar al conocido que almorzara con él, ya, de no conseguirlo, para desearle feliz viaje.

\* \* \*

En 1911 salió su libro *Misas de Primavera*. Contiene poemitas con olor a campo, finas viñetas que transparentan su carácter algo jeremíaco y poemas en que invoca el amor y el vino, éstos como tributo a las constantes de la época. En obras posteriores el amor adquiere dimensión universal.

\* \* \*

Su sensibilidad tan viva lo hace sentirse casi culpable de los males ajenos: denuncia la miseria, clama al gobierno por caminos, por escuelas, por trabajo para las gentes; acude en ayuda del menesteroso, protege al enfermo, ampara al perseguido. A unos les da dinero, a otros los conduce al hospital; a éstos los afianza; le pone el hombro a todo y a todos; pero cuanto realiza le parece exiguo y suspira. Se interesa por que haya buenos alcaldes; busca hombres probos para que vayan al Parlamento ¡hay que hacer algo por esas tierras pobres! Interviene ardorosamente en las contiendas políticas. Se desengaña presto. No obstante, los míseros y los justos de la comuna no se desengañan de él y obliganle a ser alcalde poco menos que vitalicio. Casi sin recursos, mejora caminos, abre escuelas y establece retenes de policía, porque la miseria (piensa el poeta) crea bandidos y cuatreros.

\* \* \*

Una noche, ya tarde, alguien azota la puerta con un rebenque. Abre Jorge González Bastías e invita al desconocido a apearse. Este expresa que la oscuridad lo ha extra-

viado. El poeta insiste en que descienda, pernocte en su casa en donde hay algo de comer, una cama pasable y amigos con quienes conversar. Además, agrega, el tiempo anuncia lluvia y los caminos son inseguros, pues se dice, ha llegado una banda de cuatrerros, capitaneada por un hombre peligroso, llamado El Tordo. Responde el extraviado, a la vez que se apea, que a nadie teme porque lleva revólver y algo más (un pavoroso puñal).

De alba monta el desconocido a su caballo, y le pregunta al dueño de casa cuál es su nombre para recordarlo siempre.

—Llámeme amigo suyo —responde afectuosamente el poeta.

—No sabe cómo estoy de agradecido —exclama el madrugador y le tiende su mano—. Mi nombre es Pedro Roa, alias El Tordo —y parte al galope.

\* \* \*

En el escritorio del poeta se juntan los libros en altas rumas. Son de sus compañeros de Santiago y de admiradores del extranjero. Al recibirlos, los mira, los hojea apenas y recordando todo lo de excelente que tienen sus autores, se siente feliz, y suspira y allí quedan. Adivina su contenido. Por un verso sabe el tono de los siguientes. Quizás él aprenda oyendo porque escucha con el alma. Se hace cargo de cuanto expresa su interlocutor y seguidamente medita, asocia, imagina y hace suyo el pensamiento de aquél.

Oye hablar de Bergson a una señora cultísima y cuando ésta le pide su parecer él da respuestas atinadas.

—¿Cuáles obras de Bergson ha leído usted?

—Ninguna —responde el poeta.

—¿Y cómo conoce tan bien su pensamiento?

—¡Ah! Sara y Jorge Hübner que saben tanto suelen hablarme de este autor —y suspira.

\* \* \*

Le gusta la historia de Chile, la geología también y para qué decir cuánto más la minería. Apoyándose en su grueso bastón va por los cerros cateando vetas. Es incansable para reconocer los bancos de guijarros del Maule y sus afluentes en donde encuentra a las perdidas un ópalo. Poco a poco atenaceado por el ansia de tener dinero para el pobrerío se va convirtiendo en minero. Es por lo demás bastante excepcional que un poeta chileno no lo sea alguna vez. Descubre oro, lo explota ávidamente, pero al hacer cuentas descubre que de haberlo comprado le hubiera costado la mitad. No se desilusiona y sigue explorando las serranías.

Llega anhelante a casa de Jerónimo Lagos Lisboa, en Talca, tarde de la noche. Viene fatigado por el peso del maletín, mira a los presentes, con su mirada pura y, trémulo, prorrumpe:

—¡Hermanos! Todos seremos inmensamente ricos —y vacía en la mesa el contenido. Son, así lo asegura él, pedruzcos de oro. ¡Qué alegría, qué regocijo entra al corazón de sus amigos! Surgen proyectos generosos sin cuenta. Lo primero es convertir la región del Maule en algo semejante al paraíso. Nada de pobreza. El pan seguro para chicos y grandes. Ven radiante el porvenir.

Al día siguiente hacen examinar los minerales y caen, sin excepción, en la más negra miseria. Ninguna de las pie-

dras contiene oro. Algún invisible hechicero las ha transmutado.

Sigue el tiempo su curso misterioso. Jorge González Bastías reconoce toda ribera pedregosa. Y nuevamente entra al cuarto de Lagos Lisboa, con un saco de mano. Trae la mirada brillante. Esta vez son hermosas piedras de colores, transparentes algunas, que el poeta, gracias a láminas coloreadas de piedras preciosas que pegara en la pared puede reputar de ágatas, esmeraldas, deliciosas turmalinas, piedra de la luna y hasta azabaches de hechicería.

—Desgracia es que nuestras tierras sean tan pobres —expresa el poeta y suspira—, pero al menos existe esta riqueza con la cual aliviaremos a los infortunados.

Por desventura no hay a mano un lapidario, y de haberlo, ¿con qué pagar su trabajo, siempre más caro que los guijarros?

La generosidad le era casi obligatoria: "tenía la obsesión de la ofrenda interminable: ternura, dinero, presentes". En cada ser veía un milagro. No dejaba de admirarle que el Altísimo echara al mundo criaturas tan interesantes, tan prodigiosas. La mujer de cuerpo escuálido, pobrísimo atavío y espíritu aún vegetal, era para él doña Josefina; el campesino astroso, ingeridor de morapio, se le convertía en don Juan. Sentíalos parte de una sociedad escogida, y sólo pasajera y desgraciados. Los montañeses, enaltecidos por el tratamiento y la manera afectuosa del poeta, pagábanle en respeto y consideración. Cuando enfermaba y sabíase que era imprescindible un medicamento, alguien volando a caballo por los cerros se lo traía. Al médico transportábanle poco menos que en alfombra mágica.

\* \* \*

Aunque Jorge González Bastías estaba ligado por afecto a personas lejanas también, su placer era inigualable si podía presentar a un cristiano de su tierra:

—Este joven —decía— posee tierras en Nirivilo. Su padre lavó arenas auríferas en Purapel —y mirábale con ternura, poníale la mano en el hombro y suspiraba con un suspiro que sus amigos nunca podían confundir con otro suspiro humano.

\* \* \*

En sus obras posteriores: *Poemas de las tierras pobres*, *Vera rústica* y *Del venero nativo* enfoca el campo, la miseria, el río, hoy tan correntoso, los lavaderos de oro y las vicisitudes de los mineros, con su acento elegíaco, quebrado en mil quejas.

Jerónimo Lagos Lisboa se pregunta de dónde proviene la sabiduría del poeta, dónde está el manantial inexplicable. Tal vez fluye de sus coloquios con la soledad. Sus atisbos y verdades se hallan más allá de las conversaciones y los textos.

Al partir don Ramón Meza de juez a Iquique, el poeta, en la comida con que se despidió a aquél, le advierte y le pide: "Verás muchos dolores que nunca ha visto nadie; ¡harás tuya la herida!"

\* \* \*

El poeta Jorge Hübner pídele un terrenito para un amigo que ha decidido hacerse ermitaño. Jorge González Bas-

tías responde que con gusto proporcionará tierra y materiales para alzar una choza. Recuerda que por esos andurriales hubo dos ermitaños. El primero fue asesinado por un sujeto al cual albergó; el otro eremita, de origen alemán, se mantiene con un rebaño de cabras. Cuando ciertos desalmados calculan que aquél ha reunido un caudalito, asaltan su cabaña, le propinan una pateadura tremenda y lo desvalijan, salvo de las cabras. Estas experiencias —dice González Bastías en su carta— lo mueven a creer que la situación de los ermitaños, en esa región, no es buena.

\* \* \*

Nadie dijo que el poeta tuviera tal o cual defecto, ni mencionó sus debilidades ni le hizo reparos. Tenía a su favor la unanimidad. Era moderado. No se engrería ni con el más humilde de sus conocidos, pero era inconformista. Oyéndole parecía que las fallas humanas, la injusticia, la voracidad de un montón de ricos, todo lo que va contra el pelo, eran regresión de poco tiempo atrás, y no males antiguos, tan viejos como los instintos.

Había nacido para ver rectamente y, sin daño de nadie, defendía como normal esa condición de su naturaleza.

Su piedad, su modo de ser, no derivaban de ninguna posición ideológica. Venían en su sangre. Era de esos hombres que la humanidad echa al mundo con su qué, con un designio, acaso para sugerir a los otros que es así, solamente así, como un ser es hombre cabal.

## PEDRO ANTONIO GONZALEZ

### *A María Guíñez de Waissblutt*

Tendría doce años Pedro Antonio González cuando una condiscípula, algo mayor que él, le pregunta:

—¿No te gusto yo?

—No me gusta nadie —responde él, y perfecciona su respuesta alejándose de la preguntona.

Es esquivo, tímido y orgulloso. Tal vez vacilara entre ser emperador, santo, guerrero, almirante o, sencillamente, un genio. ¿Qué muchacho se contenta con menos? Y asistido por tamañas ansias qué difícil es convivir, sobre todo siendo de espíritu rígido, de escaso hablar, todavía sin una cualidad bien acusada que lo acredite en su ambiente.

Anda por el campo, sumergido en sí, componiendo el mundo a su gusto.

Nació en Coipué el 22 de mayo de 1863. Su padre, don José María, es un mediano propietario.

Pedro Antonio González estudia en la escuela de Guaileco. A los catorce años compone unos versos a *María Virgen*. Su madre, doña Petronila Valenzuela, corre a mos-

trarlos a conocidos que pasan, a cuantos están cerca. Los habitantes de esos lomajes oyen y quedan pensativos. No habrían supuesto que un niño envarado, escurridizo, pudiera sacar de su propia cabeza, y a tal edad, versos tan bonitos. Su madre nunca ha sido tan feliz y piensa y lo desea, que su hijo llegue a sacerdote, como su hermano Armengol. Escribe a éste una larga carta humedecida con lágrimas.

Cuando fray Armengol Valenzuela, que acaba de regresar del Ecuador, resuelve encargarse de la educación de su sobrino, y viene a buscarlo, Pedro Antonio González se despide de los suyos ligeramente, casi sin palabras, como si se ausentara por un par de días, cohibido, con esa vergüenza que experimenta el chileno al emocionarse.

No bien parten a caballo, el poeta confiesa a su tío que anhela dedicarse a la Iglesia.

—¡No, no! Tú no tienes vocación. Serás abogado para que puedas mantener a tu familia.

Su tío en el año anterior (1877) fue nombrado Comendador del Convento de los Mercedarios de Valparaíso. Matricula a Pedro Antonio en el Liceo que dirige su amigo don Eduardo de la Barra. ¿Dónde habita el joven poeta? ¿En el convento o en una pensión? Su tío le enseña rudimentos de latín y griego y vigila sus estudios. Al año, aquél le anuncia que su madre acaba de morir. Fue una de las raras veces que alguien vio llorar a Pedro Antonio González. Lloró a gritos.

Sin otros parientes, huérfano de una atmósfera de simpatía, sin esa transmisión de ternura que produce el trato con mujeres, Pedro Antonio González vive en mayor sole-

dad que en el campo. Vaga por el puerto y por los cerros. La vista del mar todavía nada dice a su alma. Se recluye en los libros. Dos compañeros encariñados con él, una tarde lo llevan a la Quebrada Tubildad, a casa de unas muchachas, queriendo alegrarlo con el conocimiento de un cálido misterio.

Tras los saludos, allí le sirven vino, que le causa repugnancia. Sus condiscípulos, con innato dominio del mundo objetivo, ya tienen en sus rodillas a sendas jóvenes.

La destinada al poeta, viéndolo tan ausente, agranda su escote, cruza y descruza sus piernas, le musita dulces palabras, pero el doncel permanece impávido. Lo besa. Tampoco este don tan delicioso lo conmueve. Entonces, enrabiada, creyendo que él la desprecia, le golpea la mejilla.

Sus condiscípulos bailan con las mujeres unidos de la cintura a la frente. Ella lo invita. Responde él que no sabe. Empecinada, la joven entonces quiere llevárselo a su cuarto. Pedro Antonio González no se niega, pero ahí se queda, encendiendo un cigarrillo en la colilla del otro.

Entra un hombronazo regocijado y bullanguero. La mujer acude a saludarlo. El hombronazo parecería que viene repleto de amor.

El poeta escapa rumbo al mar. El amor está en él dormido. Quédase en la playa largo rato, hasta borrar de sus narices esa mezcla de olor humano y de polvos de arroz que la hembra transmitía.

Lo deja quisquilloso esta aventura. No hay quien consiga acercarlo a cualquier doncella o señora por grandes que sean la admiración y el afecto que éstas le ofrenden.

Entre sus compañeros uno que otro le pide copia de sus

últimos versos. Estos son leídos por las hermanitas, por las tías solteras y hasta por la mamá. ¿Por qué no invitarlo a comer? Hay caballeros y señoras. Pedro Antonio González departe con unas y otros lo indispensable para que no lo crean salvaje. En su pie se posa otro, liviano, el de su vecina del frente. Retira el suyo con suavidad y, para ocultar su aturdimiento, atiende la charla lateral.

Su ilustre tío en 1880 es elevado a General de los Mercedarios y debe partir a Roma. Traslada a su sobrino al colegio Salvador de Santiago, dirigido por un coprovinciano, en donde enseñan el sacerdote don Juan Escobar Palma, hombre bueno y sabio, y don Enrique Oportus, bohemio famoso. Al año siguiente Pedro Antonio González dirige la academia literaria de su colegio. En 1883 se recibe de bachiller y reemplaza a su profesor Escobar Palma, quien se había retirado a Quillota en donde muere del cólera. El poeta, que le tenía veneración, se siente huérfano.

Muerta su madre, Pedro Antonio González no vuelve a Coipué. Qué tremendo será no ver nunca, nunca más, la tierra en que se vivieron los primeros años. Su padre había vuelto a matrimoniarse. Quizás no se entendiera con aquél por ser frecuente que el hijo crea al padre detenido en el tiempo, y que el padre tenga por cierto que su hijo no da sino pasos equivocados.

Habita en el colegio Salvador y estudia leyes.

Triste pasea en Nochebuena por la Alameda en medio del gentío, del polvo, del capitoso olor multitudinario y de la vocinglería envolvente. Grupos de muchachos esperan el toque de medianoche y van rodeando a las sirvientitas para abrazarlas con avidez, en serie sin fin. Alguien lo coge

del brazo. Es su maestro Enrique Oportus que lo convida a un trago. Sentados en un bar de la calle San Diego, pregunta el poeta, vacilando, avergonzado de su ignorancia:

—¿La bebo toda?

En el fondo de esa copa estaba su destino.

A la segunda habló de su predilección por Víctor Hugo.

Enrique Oportus le sugiere leer a los enciclopedistas.

A los veinticuatro años, Pedro Antonio González usa bigote y barba. Es pálido, de frente alta. Un ligero estrabismo del ojo derecho da misterio a su mirada. Su boca es grande, de labios gruesos y en sus dientes amarillea la nicotina. Es de manos largas y dedos finos. Con los años se le acentúa la línea del entrecejo. Su cuerpo está bien formado. Camina derecho, con paso firme. No es alto. El hongo, el traje y su corbata plastrón negrean su figura.

Sin pena deja de estudiar derecho. Concentra sus clases en el colegio de la señora Le-Brun de Pinochet y en el de doña Antonia Tarragó. Enseña gramática, literatura e historia.

El poeta y su amigo Fidel Pinochet Le-Brun se van de pensionistas a casa de la viuda doña Margarita Sotta, alma delicada, lectora de versos, admiradora del poeta. Vive allí tranquilo, en un hogar, el primero desde que abandonó el suyo. La señora tiene una niña y dos hombres, todos pequeños.

Tal vez ella esté enamorada de Pedro Antonio González, amor con vena maternal, y comprenda que su amor no tiene porvenir, pues su edad aventaja a la del poeta. Entonces inculca a su hija Ema los sentimientos que el poeta le suscita. No cesa de ligarla a él, nunca elude nombrarlo

con exaltación, y cuando años después siente la proximidad de su fin, arranca a Ema la promesa de casarse con él.

El poeta, aunque respetuoso y apartado, atrae a las mujeres. El ambiente es literario. Dos vecinas, Melesia y Alicia, se desviven por él. Pedro Antonio González escribe versos en sus álbumes. Por tener de las mujeres una idea celestial, es posible que su relación con ellas no tuviera otras facetas.

Al acercarse 1891 preciosas féminas de la clase adinerada, reparten periódicos contrarios a Balmaceda en que también insertan injurias espantosas en contra de la madre del Presidente. Aquéllas ostentan una enseña roja.

Pedro Antonio cae bajo la fascinación de una de esas feudalesas y se convierte, vagamente, en opositor, aunque su temperamento es de contemplativo. Va más lejos: se pone corbata roja.

Tal actitud no le resulta gratuita. Lo detienen. En el cuartel de policía, fuera de vejarlo de palabra, ¡cuándo no!, le roban su corbata y de un tremendo empujón lo echan a la calle. Quizás también le dieran un puntapié.

—Todo esto me estuvo bien empleado —confiesa—, por seguir el consejo de una dama que me era muy simpática. De entonces estoy en contra de todos los esbirros del mundo y odio el color rojo.

Días después la policía pone un cintajo purpúreo a doscientas o más mulas y las pasea por las calles céntricas. Pedro Antonio González, indignado, escribe una oda a la cinta roja.

Estos y otros versos suyos se difunden y él se convierte en persona interesante. Lo invitan a veladas íntimas y da-

mas con halo romántico lo hacen recitar. El roce con admiradoras y lectores le quita el temor a la mujer y hasta sueña con alguna.

A mediados de 1893 aparece *La Vanguardia*, semidiario radical, dirigido por Marcial Cabrera Guerra. Un compañero lleva a Pedro Antonio González a la redacción. Desde ese momento Marcial Cabrera Guerra se convierte en su amigo definitivo. Con gracia aquél logra que le dé sus poemas *París y Londres* y *El Proscrito*. Más tarde influye en el ánimo del poeta para que trabaje con regularidad.

Varios colaboradores piden al rector del Instituto Nacional que nombre inspector al poeta. Aquél promete hacerlo en el año próximo, ofreciéndole mientras casa y comida en el internado.

—Ya lo veremos —expresa Pedro Antonio González, como si pudiera optar, pero se va al Instituto. Allí da pasos de gramática, literatura y filosofía a estudiantes foráneos y a otros los prepara para el bachillerato.

Si tiene clases es porque se las ofrecen. Consiente en publicar sólo por la insistencia de Marcial Cabrera Guerra. Es taciturno y se basta, aunque con privaciones y bordeando a veces la miseria. De no haber tenido trabajo, calladito habría muerto de hambre. No es hombre humilde, no. Por vivir en los reinos del espíritu con Homero, Víctor Hugo, con los grandes, créese privilegiado y su orgullo es fiero.

Váse a su cuarto del Instituto tardísimo, temeroso del frío, de la oscuridad que lo inclina a pensar en la muerte. Hasta suele verse en el ataúd (“Veo alzarse un fatídico enjambre / de siniestros fantasmas en torno”).

En su pieza escribe *El Proscrito*. Llena cuartillas y las

arroja al suelo. En la mañana sale sin mirar, pero el celador Carlos Madariaga las reúne y ordenadas las deja en la mesa.

Desde la mañana un cigarrillo pende de sus labios. Sin embargo, no aspira el humo. Sus discípulas, apenas termina la clase y él sale, abren puertas y ventanas.

Estuvo con tos. Deja el cigarrillo por un día y sufre una jaqueca más dolorosa que la tos. Fumando nuevamente mejora.

Ve a Oportus en la Biblioteca Nacional o en la del Instituto, se miran largamente y a menudo, pero no se hablan. Al salir sí y durante horas. A través de la noche se conversan una o tres botellas de vino. Oportus es buen conocedor de la literatura, de la vida sólo ignora el matrimonio, es excelente orador y, de no quedar tan achacoso en la guerra, habría sido un político radical. Mientras, es noctámbulo pertinaz.

Pedro Antonio González entra a colaborar en *La Ley*. Gracias a Marcial Cabrera Guerra, que reúne sus versos, y a don Luis Arrieta y a don Manuel Trucco que pagan la edición, el poeta ve aparecer su libro *Ritmos*, en 1895.

*Ritmos* renueva la poesía con formas métricas que los líricos de entonces no emplean, con ritmos sorprendentes y una pedrería verbal antes desconocida, que interrumpe el lenguaje poético en uso, tan opaco y provinciano. Sin llegar al modernismo, lo prepara.

La suya también es poesía exterior. Al igual de los demás poetas americanos y españoles, habla de la naturaleza como pintor o geógrafo y se surte de grandes temas históricos, como Lucrecia Borgia, en que consigue singular plas-

ticidad. Traza cuadros bucólicos con vírgenes que danzan en la grama, con o sin tules. Para evocarlas mezcla a palabras del culto vocablos paganos, preciosos y sonoros. Sus poemas son orquestales.

Suele exclamar: "¡Ven! Giremos en alegre danza / después del vino y antes del amor". A veces más rotundamente: "Suelta tu cabellera al céfiro de Europa / en torno de tu cuello alabastrino. / Y dame un beso, y lléname la copa / Yo tengo sed de amor y sed de vino". Esto es exigencia de la rima porque no fue erótico.

Por excepción se le escapa un deseo: "voces de amor a mí también me hablaron / de un ángel y una cuna".

El conocimiento de los enciclopedistas le infunde un moderado culto a la razón, lo interesa en los grandes hechos de la libertad, en el progreso científico, en cuanto significa dominio de la naturaleza física o humana. Es un poeta radical.

Tuvo la más noble visión de nuestro país. Lo concibe capaz de desarrollar la buena convivencia y de alcanzar la primacía del espíritu: "América no ha escrito en su ancha ruta / que Chile cante y vibre / la apoteosis de la fuerza bruta".

Martí lo entusiasma: "El fue el Mesías comparable a él sólo, que "por la llanura, el mar y la montaña" hizo vibrar "la marsellesa de una nueva aurora / contra la noche de la vieja España".

Al morir el tribuno Manuel Antonio Matta, canta: "El tremendo huracán que vuela y brama / y troncha robles y derrumba aludes / no empuja las arenas de Atacama / como empujabas tú las multitudes".

Qué no dice de Pasteur; celebra la invención; en larguísimo poema impulsa a la mujer a desarrollar sus facultades y proceder como ser libre. Cuando es excomulgada *La Ley* protesta: "Oh dogma. Duerme en paz. No te sacudas. / No turbes el banquete que en tu arcano, / allá en la noche de tinieblas mudas, / celebra en tu cadáver el gusano".

Aplaude la fundación de un centro radical. Ataca a Portales y a cuanto tirano asoma, pero de él no revela lo más mínimo. Como no es racionalista integral, le preocupan los fines del hombre, la causa primera, el infinito. No se libera de la metafísica y ocurra lo que ocurra deja a Dios en su alto sitio.

Quizás fue resolución demasiado súbita la que indujo a su ilustre tío a negarle vocación sacerdotal. El poeta era y fue hombre casto; no anidó en él la malicia ni el pensamiento ligero. En lo fundamental se mantuvo dentro de la creencia.

Si a fray Armengol Valenzuela, su tío, no se le pone entre ceja y ceja que sea abogado, y permite a su sobrino ir al Seminario, pudo éste convertirse en orador sagrado o poeta religioso, que en cierto grado siempre lo fue.

Pero la casualidad lo condenó a ser poeta civil, libre y pobrísimo, recogido en sí, apenas comprendido por un grupo de hombres, también incomprendidos, pero que aseguraron a la siguiente generación la libertad de conciencia.

Pedro Antonio González en la noche entra a *La Ley* en busca de su amigo Marcial Cabrera Guerra. Una vez que éste despacha el diario se van a comer. Suelen ir a la coci-nería de la Malena, situada en los alrededores del Mapo-

cho. La Malena es gorda, seria, de mejillas sonrosadas. Es mujer fuerte. Sin embargo, su marido le pegó por un tiempo, pero cuando ella lo atacó con garrote, obligándole a quedarse un mes en el hospital, aquél se convirtió si no en hombre dulce, al menos en hombre pacífico.

La Malena muéstrase insatisfecha, suspira, siente vagas aspiraciones y si no hay parroquianos ordena cerrar la puerta, se arrima a la mesa de Pedro Antonio González, bebe unos sorbos y, al fin, implora al poeta que recite. Este nada le niega. Comprende que para ella es medicina oírlo, y se alza muy derecho y serio:

*Pálido el monje, la mirada triste . . .*

“Y recitaba, en efecto, con aquella dicción monocorde y aquella voz bronca de salmodia, de acento cavernoso, que algunos compañeros parodiaban en las tertulias”.

Malena deja correr sus lágrimas y una tras otra llegan las botellas de morapio. Esa noche no acepta recibir pago.

Al atardecer, los conocidos buscan al poeta en cierto radio de Alameda. Sentado, siempre fumando, lo hallan aborto en figuraciones que lo revisten de cualidades invisibles para los demás. Para sí es persona de altanería. Al volver a lo real, cuando un amigo le anuncia que Martínez, ayer su alumno y hoy ministro, quiere recibir su visita para ofrecerle un cargo, responde como lo haría un archiduque:

—Que venga él y veremos.

Mas, por ser rareza que un ministro sea humilde, aunque sepa que al caer torna al anonimato, no acude a presencia del maestro.

El caminar por esa línea divisoria entre la pobreza y la miseria, pero ejerciendo un oficio que domina, sin esperanza de mejora, lo convierte en un ser autónomo y pesimista: "Sólo sé que en el mundo en que me agito / nadie me entiende ni yo entiendo a nadie".

Al asomarse a la redacción de *La Ley*, Marcial Cabrera Guerra, sonriendo, exclama:

—A ti no hay que preguntarte cómo te va; pues siempre te va mal.

Pedro Antonio González permanece en silencio. "Al verlo tan poquita cosa, bajo, sentado, encogido, con tan pobre apariencia, sentí sorpresa", declara Antonio Bórquez Solar. El poeta sólo excepcionalmente participa en la charla. Se habla de una señora gustadora de hombres. Pedro Antonio González dice:

"En cada mujer veo a la madre. Y a la mía la quise mucho".

Los habladores querrían ser invisibles.

Antonio Bórquez Solar, no bien conoce al poeta se le apega. Por él lo acompañaría día y noche.

Ambos se escurren de la tertulia. Entran al negocio de un italiano que, sin preguntar, trae vino blanco y queso fresco. Al salir Pedro Antonio González mira y remira. Su cargo de profesor en colegios de señoritas lo ha hecho conocido de padres y apoderados. Si al entrar a una cocinería o cantina tropieza con uno de éstos, sigue andando. De encontrarlo dentro, da una ojeada rápida y desaparece.

Habla largo con Antonio Bórquez Solar de tal o cual teoría:

—Estoy en el extremo avanzado de todos los istmos.

Pasa el tiempo y Bórquez Solar comprueba que el poeta se le escabulle. Además, al saludarlo, pone distancia, como temeroso de que se le acerque. Bórquez Solar suspirando espera que su maestro cambie de ánimo.

El 13 de octubre de 1896 el poeta, que tiene treinticuatro, contrae matrimonio con Ema Contador Sotta, criatura de quince años a lo más. El enlace civil celébrase en la mañana. Afirma el poeta que el religioso será en otra ocasión porque tiene una objeción de conciencia.

Invita al almuerzo a sus testigos Marcial Cabrera Guerra y Eduardo Grez Padilla. El primero se excusa. Con su juvenil esposa y Grez Padilla llegan al cuarto, en calle Rosario. Hay un catre, una mesa, un lavabo, el mínimo. Apenas termina el almuerzo, Pedro Antonio González pide a su testigo:

—Acompáñame. Tengo que comprar aquí cerca. Ema: vuelvo al instante.

La muchacha es pequeña, bien proporcionada, morena, de intenso mirar. Llega la tarde. Asómase a la puerta, se entristece. El griterío de los locos la inquieta. Viene la noche y se acuesta pesarosa. Pedro Antonio González aparece a las tres de la mañana, trascendiendo a vino.

A la semana Ema escapa, pero un hermano suyo y Marcial Cabrera Guerra la descubren y traen al hogar.

Tras unos meses Bórquez Solar los visita en calle Alonso Ovalle, donde tenían una habitación más acogedora. Sin embargo, el poeta quiere mudarse y, mientras almuerzan, dice a seres del aire:

—Alguien ronda.

—¿Creerá usted que está celoso? —agrega ella.

El poeta va a tertulias de señoras y allí recita su nuevo poema. También conversa brevemente y cuando lo domina la alegría hasta sonríe. Le sirven exquisitas mistelas y pastelillos. Y vuelven a pedirle que recite, ojalá *El Monje*. Señoritas que contra su voluntad han amado poco, lo saben de memoria, pero quieren oírlo en boca del poeta.

Una noche, acompañado por su discípulo Antonio Bórquez Solar, se dirige a su domicilio, sin decir palabra. Pasa un oficial de policía en su caballo. Súbitamente Pedro Antonio González lo llama:

—¡Señor oficial! Libreme de este hombre. Es un bandido que se hace mi amigo.

—¡González! ¿Qué te pasa, qué tienes? ¡Soy Bórquez!

—Llévelo preso no más, señor oficial; es un ladrón y quiere robarme.

Antonio Bórquez Solar le explica al policía que comieron juntos y son viejos amigos.

—No, no es cierto, señor oficial, es un salteador, un peligroso salteador de caminos.

El oficial veía ciertas noches a Pedro Antonio González, traspuesto, con paso de sonámbulo.

—Sigan los dos —ordena amablemente dirigiéndose al poeta—. Iré vigilando. No tenga cuidado, pues al primer amago le descerrajo un tiro al ladrón.

Llegan a la puerta y Pedro Antonio González, olvidado del "peligroso salteador" le cede el paso y lo hace dormir en un sofá.

Otra noche el poeta halla su lecho vacío. ¿Dónde está Ema? Es la tercera vez que desaparece. Sus amigos la buscan sin cesar, inútilmente. La muchacha, angustiada por

la soledad y la incomunicación con su marido, que llega tardísimo y no en estado de convivir, se ha escondido lejos del alcance de sus parientes.

Pedro Antonio González muéstrase más taciturno, nunca vuelve a nombrarla, aunque es su único amor. Tal vez jamás supo que Ema, con nombre supuesto, se alistó de trapezista en el circo Holmer Delmauro, viajó por todos los pueblos de Chile y por muchos del Perú hasta su madurez.

Aunque ve a Marcial Cabrera Guerra y a varios escritores de *La Ley*, su acompañante asiduo es Bórquez Solar. En el camino y en su cuarto Pedro Antonio González pronuncia frases vagas, que corresponden a su bullir interior, oscurecido por las libaciones. Bórquez aprovecha para hablar torrencialmente.

El poeta le ordena.

—¡No hables! ¡Estás muerto!

Guarda el discípulo reticente silencio. ¿Cómo puede estar muerto si habla?

Vuelve el poeta a internarse en sí. Y el "muerto" conserva su forzoso mutismo, temiendo cualquier reacción inesperada de su maestro. Toda libación torna a éste extraño, aunque en las horas diurnas, en que no bebe, no deja de serlo un tanto.

Sale Pedro Antonio González de su ensimismamiento, mira a su discípulo y, sin pesar, agrega:

—Ahora el muerto soy yo. ¡Hazme el discurso! No vas a decirme que no hablarás en mi entierro...

Entonces Antonio Bórquez Solar se desquita de su lar-

go callar, y con acento patético pone al poeta en la cumbre de todo.

—¡Basta! Eres buen amigo. Creo que puedo morir tranquilo.

Las más de sus clases las tiene en el colegio de doña Antonia Tarragó. Nunca falta, pero llega atrasado. Una mañana, sus alumnas parloteando animadísimas no lo sienten entrar.

—¿De qué hablaban tan entusiasmadas? —pregunta a la señorita Matilde Insulza, ocupante del primer lugar.

—Hablaban de amor.

—¿Usted también?

—Yo no, porque no tengo ninguna experiencia.

—Ojalá tarde mucho en tenerla. Es un conocimiento que trae más lágrimas que sonrisas.

Pedro Antonio González almuerza con la señora Tarragó y algunas de sus discípulas. Cuando aquella advierte que el poeta no fuma, hace comprar cigarrillos y ponerlos al alcance de su mano.

El poeta tiene don sintetizador. Una alumna no puede definir lo que es ritmo. Pedro Antonio responde: "ritmo es la armonía puesta en movimiento". Y sobre el alma, ante la perplejidad de otra: "alma es el principio que en nosotros piensa, siente y quiere". No toma la asistencia ni se atiene a la duración convencional de la clase. Le preocupa la pronunciación y siempre la corrige. A menudo también quiere sopesar la comprensión de las alumnas:

—Dígame, señorita Edelmira, quién era don Andrés Bello.

—Era un señor que hacía versos —responde la muchacha.

El carácter de Pedro Antonio González no es de oro.

—¡Salga de la clase, señorita!

En el invierno de 1903 llega más tarde y en septiembre dejó de venir. Una afección cardíaca lo lleva a la sala San Carlos del Hospital San Vicente de Paul, hoy José Joaquín Aguirre. De día no lo pasa tan mal, pero apenas anochece su mente se puebla de terrores: "Siento que mi pupila ya se apaga / bajo una sombra misteriosa y vaga. / Quizás cuando la luna se alce incierta / yo estaré ya lejos de la luz que vierta. / No se quién de este mundo al fin me llama / de este mundo que no amo y que no me ama".

Fidel Pinochet Le-Brun lo encuentra en cama, con su cabeza atada con un pañuelo de colores.

—¿Quiere decirme, colega, para qué tiene atada la cabeza?

—Para sentir una sensación de contorno —responde el poeta con su habitual gravedad.

Se empeora día tras día, y una tarde, alrededor de las dos y media, después de larga agonía, expresa:

—Quiero sólo dormir.

Y del sueño no vuelve. Al vestirlo, hallan en su chaleco dos monedas de cobre, cada una de dos y medio centavos. Las coge como recuerdo el poeta Diego Dublé Urrutia, que está haciendo un dibujo de su cabeza. Toma para sí el bastón Antonio Bórquez Solar, "le hizo poner un grueso anillo de plata con el nombre del poeta y las fechas de nacimiento y defunción". El placer de poseerlo le duró poco, pues no tardaron en robárselo.

El entierro se efectuó el 5 de octubre, a las diez de la

mañana. Sus restos quedaron en el nicho 1020 de la galería norte del Cementerio General.

Los maestros normalistas que formaron su gusto en la poesía de Pedro Antonio González, y la enseñaron en ciudades, pueblos y villorrios hasta su último día, dejaron millares de lectores devotos.

En reuniones de amigos y en fiestas no muy báquicas, en cualquier lugar de Chile alguien se alza trémulo a recitar:

*Pálido el monje, la mirada triste...*

Y el poeta que tan escasa satisfacción recibió en vida, tampoco pudo ni podrá conocer esta ofrenda extensa y perdurable.

Niñoa, 25 de julio de 1964.

## AMANDA LABARCA

Al noble *Nils Edberg*, ya bajo la tierra de Suecia

¿DÓNDE SE PUSO TAN NEGRITA? ¿Fue al pasar por un túnel? —le decía, riéndose, su padre.

La pequeña Amanda creyó, de tanto oír esta broma, que era feísima y se dijo que no se casaría. No. Mejor era titularse de arquitecto y construir una casa grande, muy hermosa, en donde pudiera habitar con sus primas y sobrinas.

Después volvió a quererse y deseó ser médico, no un médico así no más, sino sabio y famoso, que descubriría un colorante mágico, capaz de cambiar sus ojos negros en los más bellos ojos verdes.

Y apenas se recibió de bachiller se inscribió como alumna de la Escuela de Medicina. Anduvo un rato por entre las columnas del majestuoso edificio, que más tarde devorara el fuego, y le entró un terror (de qué, por qué) indefinible. No podía emprender esos estudios, quizás si más tarde. Y resueltamente ingresó al curso de castellano del Pedagógico.

En su madurez dirigió en parte la construcción de dos

casas, pero la que idease de niña, casi semejante a su sueño, la encontró hecha en un fundo en que veraneó.

A los dieciocho años, junto con titularse de profesora de castellano, casó con don Guillermo Labarca Hubertson, cuyos apellidos adopta. Don Guillermo era un joven escritor de personalidad. Este enlace, consecuencia de sinnúmero de conversaciones, la induce a escribir y la familiariza con las preocupaciones de la época: literatura rusa, naturalismo, novelas nórdicas, expansión del socialismo, formación de la clase media chilena, culto por lo experimental, fe en el progreso, revisión de ideas básicas sobre el propio país e independencia de la mujer.

En 1906 es nombrada subdirectora de una Escuela Normal. Al año publica *Impresiones de Juventud*, libro que asombra porque no es de versos, ni siquiera un relato de amores, sino un conjunto de breves estudios acerca de la generación del 98. Por vivir en un ámbito de simpatía a lo nuevo, de curiosidad anarquista, cuando examina las teorías del amor libre, formuladas por Felipe Trigo, cometió la equivocación de no empezar con la siguiente frase: "¡Qué horror!"

Más tarde le acaeció otra desventura: un editor y sinvergüenza de Madrid, insertó dicho juicio —sin consentimiento suyo— como prólogo de cierta novela de Trigo, cuyo título tenía la virtud de convertir a los octogenarios en mancebos.

En 1911 ella y su marido van de becarios a Estados Unidos. Permanecen allí dos años y uno más en Europa. Debió impresionarla que entre los yanquis las mujeres tuvieran acceso a todas las profesiones. Dio a la imprenta *Ac-*

*tividades femeninas en EE. UU. y En tierras extrañas* (1914).

Su preparación, su actividad cultural y la modernidad de su visión llevaronla a dirigir un liceo de niñas. Junto con el decreto de nombramiento, se produjo la renuncia del gabinete porque el ministro conservador que había en éste, que no era de educación, no supo impedirlo y sus correligionarios le amonestaron.

Amanda Labarca no hizo profesión de anticlericalismo. Pecaba por omisión. Quizás no fuese a la iglesia. Fundó un círculo femenino sin el patronato de un santo y en sus escritos, en vez de Dios, solía escribir Providencia.

Levantar cabeza por cuenta propia siempre inquieta a la gente de la obediencia. Empero ¿qué sería de las buenas costumbres, qué de los valores, de las religiones mismas, si no hubiese innovador, si no vociferase el inconformista, si la naturaleza no hiciera hombres o mujeres para los diversos sueños y para las más variadas evidencias?

El innovador interrumpe el estilo de una época, pero luego ésta se restaura. Gran parte de lo antiguo sobrevive, enriquecido con una partícula de novedad.

Vuelve a Yanquilandia en 1918. De este viaje queda su obra *Las escuelas secundarias en los Estados Unidos*. Inicia su colaboración en *El Mercurio*. En 1921 agrega a su bibliografía *La lámpara maravillosa*, tomo de cuentos.

Tiene dotes de conferenciante y habla para diversos públicos.

Se acerca al auditorio. Sonríe y descubre su dentadura sana y juvenil. Los oyentes que esperan en actitud severísima, sonrían también y se humanizan. Están perdidos.

Amanda Labarca, titubeando, como si buscara las palabras, habla con calor, torna a vacilar, recobra la fe y conserva en tales alternativas una sinceridad que reconforta. Sus palabras conmueven la atención profunda de los que escuchan y la atmósfera vibra con algo emotivo. En ese minuto preciso es una mezcla de muchacha y de maestro.

Cuando conocí a doña Amanda Labarca, era administrador de *Selva Lirica*, revista literaria pobrísima, pero rica en ataques, que no compraban sino los iniciados.

Apenas aparecía un número situábame en la puerta del correo y lo ofrecía con pasión de penitente. Seguía a cada persona. Unos me oían durante veinte metros; otros resistían media cuadra y los tipos excepcionales perdían su moral al llegar a la esquina. Ya por fatiga, ya por desesperación, terminaban comprándomela. Los de carácter más entero mirábanme con no disimulado desprecio.

De suerte que al solicitármela, espontáneamente, esa señora amable y de ojos tan hermosos, debí creer que había venido al mundo sólo para darme esa satisfacción.

También se me acercaba un joven elegante, de tez pálida, con gran interés, y adquiriría mi revista como si se tratara de algo precioso, y una muchacha rubia, de nariz respingada, con incierto aire eslavo, que alargaba su mano, sin hablar. Al poner la revista en sus dedos tibios lo hacía sin respirar y casi no me atrevía a mirarla, temeroso de que, si era visión, se esfumara. No era visión. Mientras se alejaba no podía mirar a ningún otro ser. Sentíame prolongado por la acera y sus pasos gráciles, que la distanciaban poco a poco, recorrían mi cuerpo. Y esa ganancia inesperada

dejábame en suspenso un momento. Todos tres eran para mí seres sencillamente sublimes.

Seguí viendo a doña Amanda y la visité, de seguro, para suscribirla a otra revista, porque entonces, editarlas era mi mayor aporte al género humano. Sin embargo, el género humano, representado ya por millones y millones de criaturas, no me proporcionaba sino alrededor de doscientos suscriptores.

Me recibió en una habitación brillante, con paredes de libros cuyas encuadernaciones daban a la atmósfera una entonación policroma. Ahí estaba don Guillermo Labarca, su marido, delgado, con aspecto de puritano, muy serio, de pocas pero claras palabras. Era el autor de *Mirando al océano* y, fuera de esto, poseía el mérito, para mí, de tener cierta formación anarquista.

Doña Amanda Labarca, moderadamente alta, de rostro moreno, cabellera muy negra, ojos negros también pero llenos de risa, nariz recta y breve, labios voluntariosos, tenía voz apresurada, que difundía animación. Era y es muy erguida, sin arrogancia, de paso ágil. Al sentarse no se arrellana. Siempre su actitud es la de partir, aunque donde se encuentre esté en lo suyo.

De cerca uno advierte que con los ojos, las cejas, las sienes y la parte superior del rostro, lo inspira, lo acoge, pero de la nariz a los labios —y es en éstos donde reside su voluntad— su fisonomía condiciona la acogida, pone una distancia leve, sitúa al visitante, lo clarifica y deja flotando invisiblemente una sentencia: "No os propaséis en nada", según mi traducción, que estoy dispuesto a revisar.

Al término de una conversación amable y animada, sa-

limos los tres. Todavía no eran las nueve de la noche. En la esquina don Guillermo tomó a la derecha, seguramente para ayudar en algún trabajo del taller, porque entonces Santiago ofrecía escasos entretenimientos, y los escritores jóvenes y cuantos sentíanse dejados de la mano de Dios, se asilaban en las logias para infundir nueva virtud a los valores. Doña Amanda siguió rumbo al corazón de la ciudad. Era la animadora de los Centros de Lectura para mujeres, base del que más tarde fue Club de Señoras.

Antes de mucho, la Universidad de Chile la acepta de profesora extraordinaria de filosofía (1922). Es la primera mujer que recibe tal honor. Al siguiente año publica un texto. Más tarde aparecen sus *Nuevas orientaciones de la enseñanza*.

De repente llega para Chile un momento de prueba. Un guerrero se adueña por sorpresa del gobierno. Su bota todo lo aplasta. Profesores, diputados, curas, escritores, van al destierro, y con ellos doña Amanda Labarca, que se ve privada de su cargo y con su marido ya expatriado por la fuerza.

Caído el dictador y desvanecida la transitoria república socialista, que agotó en las librerías cuanta obra trataba de esta doctrina, y que creó el deseo de otra más hacedora y permanente, doña Amanda Labarca asume la representación del gobierno en el Consejo Universitario, hecho también único.

La caída de la dictadura fue obra de muchos, pero la acción decisiva se debió a los técnicos: ingenieros, médicos, etcétera. Primero se negaron a pagar los impuestos, en la víspera de la caída paralizaron las obras públicas; el día

de gracia los médicos habían declarado la huelga general. Antes de almuerzo no había gobierno.

Personas de ese núcleo creyeron posible formar nuevo partido. Y crearon uno con el nombre de Acción Republicana. Querían establecer contacto entre capitalistas y asalariados. El intento valía la pena, aunque rara vez cabe armonizar intereses tan opuestos. Lo que decían era razonable, pero resultaba muy académico. Doña Amanda Labarca se asoció al intento. La prédica de este partido fue tan ineficaz que sus componentes, gente honrada, lo reconocieron y su último acuerdo fue disolverse. Y cumplieron su palabra.

\* \* \*

Reanuda su labor literaria en 1934 con el volumen titulado *A dónde va la mujer*. Un año después es designada presidenta del comité ejecutivo de la cooperación intelectual, organismo que creara en 1930 ese gran idealista que es don Francisco Walker Linares.

Cuando ingresé a esta religión aséptica, llenaba la antecámara de doña Amanda Labarca una clientela abigarrada. Casi volando descubre cual es el deseo de cada uno y consigue que una y otra persona se aleje loca de contento a los cinco o diez minutos. Sabe despedir al interlocutor produciendo un silencio cordial. No obstante, había excepciones: la de los individuos ensimismados, que exponen sin prisa difusos, profusos, confusos proyectos destinados a mejorar la humanidad. Ella perdía la atención, sin perjuicio de gratificar al iluminado con frecuentes:

—Ah, claro. Sí, sí...

Pronto agrega a sus obras la creación de las Escuelas de Temporada de la Universidad de Chile que, fuera de estimular a los adultos al estudio, han hecho de la capital un lugar de cita para gente americana.

En otro momento creó escuela para formar maestras de párvulos.

Antes había adquirido una propiedad agrícola en Isla de Maipo. Los afanes que ésta le impone y las observaciones que le sugiere el medio agrario, se convierten en el libro titulado *Mejoramiento de la vida campesina*.

Seguidamente publicó *Evolución de la segunda enseñanza e Historia de la enseñanza en Chile*. Esta última, obra única, bastaría para cimentar su prestigio de escritora. Leyéndola se adquiere la certidumbre de que la mueven más las ideas que el sentido plástico. Es ensayista.

Nuevos viajes a Estados Unidos, países hispanoamericanos y la jefatura, durante un año, de una sección de las Naciones Unidas, marcan un paréntesis en su varia labor.

¿Qué no ha hecho?

Escribe en periódicos ingleses y españoles, dirigió las mujeres radicales; trabaja en nuevos libros; de repente hace el libreto de una película; vigila la edición de una biblioteca pedagógica; impulsa la cooperación intelectual; recibe a cuanto personaje tiene que ver con la literatura o las aulas; le quedan horas para el deporte; camina una legua por día; mantiene correspondencia numerosa; usa el teléfono como si fuera algo de su propia invención; ayuda a las almas perplejas; favorece la libertad femenina con su buen ejemplo; la costura no le es extraña; ríe y sonríe sin

avaricia; planea obras que no comenta ni siquiera al terminirlas; maneja con soltura su agradabilísima casa; hace visitas, está en todas partes, es posible que efectúe buenos negocios; estimula a sus amigas; levanta los ánimos quebrantados; facilita lo difícil, tiene seguridad, es clara de mente y de conducta; sabe admirar, vive para fines altos y todo lo hace sin apuro, como si poseyera el secreto de triplicar las quince horas de vigilia del prójimo común.

## GUILLERMO LABARCA

*A Jorge Millas*

Mariano Guillermo Germán Labarca Hubertson, nació en Santiago, el 28 de julio de 1878.

Apenas anduvo —residía entonces en Isla de Chimbarongo—, su padre don Mariano, jefe de estación allí, le enseñó a cabalgar y, cuando estuvo más crecido, el uso de una vieja escopeta que se cargaba por la boca.

Si uno de sus hijos incurría en desaguisado, don Mariano hablábale largamente, sin pegarle, se emocionaba y solía llorar. El pecador habría preferido un moquete, porque era inevitable que lo arrastrase el llanto paterno.

Doña Juana, su madre, de acentuado temperamento sajón, “era muy observante de las prácticas de la iglesia y yo me rebelaba de continuo (dice Guillermo); pues siempre fui ateo o arreligioso. Me escabullía de misa, y en una ocasión en que me quiso obligar a rezar un trisagio, me negué a hacerlo, alegándole que yo respondería por mí mismo ante Dios, si éste existía.

“Mis lecturas empezaron en la niñez; pero no fueron

libros de cuentos los que leí. En mi casa había muchos volúmenes sobre la *Guerra del Pacífico* y aquéllos eran los que yo devoraba ansiosamente. Recuerdo un folleto sobre el general Lagos y una historia de la guerra escrita por un señor Spila. Más tarde, ya en el colegio, cuando recibía cuarenta centavos semanales para dulces, me compré la historia de Carlomagno y los *Doce Pares de Francia*, que me costó una chaucha. Luego vinieron otras lecturas: la infaltable *Genoveva de Brabante* y el gran hallazgo de *Los Tres Mosqueteros*, que fueron los héroes predilectos de los niños de mi generación.

“Oía continuamente hablar de política en mi casa, pero no entendía nada de aquello. Intrigado, consulté a un amigo de mi padre, hombre inteligente, que siempre hablaba con mucha claridad.

“Esto de los partidos —me dijo— es muy sencillo: imagínate que una familia vive en una casa. Un miembro de esa familia dice: hay que conservar la casa tal como está y hay que seguir las costumbres de nuestros antepasados”. Estos son los conservadores. Otros dicen: “Es necesario refaccionar la casa y cambiar ciertas costumbres, pero lo haremos más adelante”. Estos son los liberales. Y los radicales dicen: “La casa hay que arreglarla y las costumbres deben ser modificadas. Hagámoslo inmediatamente”.

“Entonces —respondí—, yo soy radical”.

Así eran los radicales al despuntar este siglo.

“Estudié mis humanidades en el antiguo Instituto Andrés Bello, cuyo propietario era un caballero llamado Pedro Antonio Pérez, hombre inteligente que escribió mucho con el pseudónimo de Kephas.

“Cuando se terminó el Andrés Bello, pasé al San Pedro Nolasco. En este colegio, como en todos los de aquella época, existía una disciplina terrible, con la que no se lograba sino aumentar el espíritu rebelde de los muchachos. Se usaba el famoso guante con el cual se azotaba la mano de los niños. Existía la creencia de que dos pelitos colocados en cruz sobre la palma aminoraban la fuerza de los golpes y siempre poníamos en práctica este sistema, a pesar de haber comprobado su ineficacia. En los pasos de estudio, que se estilaban entonces, bastaba un movimiento cualquiera para que el alumno se ganara unos golpes de guantes. Una vez, en una clase, antes de la llegada del profesor, yo, que era el más pequeño del curso, y otros dos alumnos, escribimos no recuerdo qué insolencias en la pizarra. Cuando el profesor las vio, mandó llamar al vicerector. Este, para arrancarme la confesión de quiénes habían cometido la falta, se paseó conmigo por el patio durante una hora, dándome golpes de guante cada cuatro pasos. Aquella noche tenía las manos tan hinchadas que no pude desvestirme por mí mismo. Al día siguiente me hicieron permanecer arrodillado. Acaso de esto provenga, en parte, mi irreligiosidad”.

¿No recuerdan éstos a los profesores crueles, insanos, sombríos, de las novelas de Dickens?

“Como los compañeros me vieran más de una vez en manifestaciones políticas estudiantiles, siempre del lado liberal, fui expulsado. Pasé entonces al Instituto Nacional. En ese tiempo llamaban a los externos *matuchos* y a los internos *degollados*, esto último acaso porque andábamos muertos de hambre, a causa de la mala comida. Fui un degolla-

do bastante revoltoso, a pesar de ser el penúltimo en tamaño en el patio grande del Instituto. La primera noche que pasé allí, antes de dormirme, vi alzarse al lado de mi cama, la silueta larga y delgada de uno de mis compañeros que pretendía echarme cebadilla en la nariz. Me hice el dormido y, cuando llegó el momento, le dí un puñetazo en el pecho. Al día siguiente nos hicimos amigos. Resultó ser Diego Dublé Urrutia. Este editaba un periódico llamado *Inspección sin Máscara* y me invitó a entrar en la Academia Miguel Luis Amunátegui, formada por alumnos del Instituto”.

Fijáronle fecha a Guillermo Labarca para leer un trabajo en la Academia. Nervioso, pensaba en éste o en otro tema, eligiendo, finalmente, el de *Carta a un amigo* (1894) que una vez leído mereció el honor de imprimirse en un folleto de tapa roja. Qué emoción la suya al oír en un grupo de condiscípulos leerla en voz alta y ver los rostros interesados.

En aquélla revela a su amigo imaginario: “unas cuantas reflexiones me bastaron para eliminar a las musas. Resolví, pues, hacerme prosista”, y, seguidamente, agrega: “¿no encuentra que es cosa más que justificada para suicidarse no poder escribir?”

“Allí hice mis primeros trabajos literarios. Nunca antes se me había ocurrido escribir. También estaba Alberto Cabero que, sobre todo, leía muy bien. Teníamos de profesor de declamación a un señor Alvarez, que lo había sido de Vico y dividía el mundo en dos porciones: de un lado los que declamaban, y de otro, los que no declamaban, la morralla”.

Sintió Labarca predilección por un bohemio con ojos azules y rostro de Cristo, llamado Oscar Sepúlveda, en cuyos versos seguía a Heine y que era redactor de *La Ley* y *La Tarde*. Compuso piezas teatrales, una en colaboración con Pedro Rivas Vicuña, otra con Manuel Mackenna.

Al cerrarse aquellos diarios, Oscar Sepúlveda determinó irse al Ecuador en donde, no le cabía duda, triunfaría. En Antofagasta lo dejó el barco. Conoció allí al poeta Carlos Pezoa Véliz y juntos van a la pampa a buscar suscripciones para un diario porteño. De vuelta a Antofagasta asisten a un mitin y cuando éste terminó, Sepúlveda fue muerto a puñaladas por un desconocido.

"Más tarde escribí en *La Ley* y fui amigo de Marcial Cabrera Guerra, Antonio Orrego Barros, Leonardo Pena, Augusto d'Halmar y del dibujante Santiago del Pulgar, hombre muy bueno, con quien sacamos *Instantáneas*".

Santiago del Pulgar era buen caricaturista. En *La Comedia Humana*, revista satírica, hizo una en que el Presidente don Pedro Montt tocaba el piano, y su mujer bailaba cueca con un político de renombre. La policía golpeó sin clemencia al caricaturista y en camilla lo dejó en la frontera. Del Pulgar logró, sin embargo, recuperar su salud y se estableció en Nueva York.

Guillermo Labarca conoció en *Instantáneas* a Carlos Pezoa Véliz y se convirtió en su amigo. Años más tarde aquél yacía en un hospital santiaguino, enfermo de muerte, y le confió sus originales que, en seguida, Labarca puso en manos de Ernesto Montenegro. Previa selección, éste los editó con el título de *Alma Chilena*.

Guillermo Labarca empleóse de furriel en la Academia

de Guerra (1898). Su sueldo ascendía a treintitrés pesos y treintitrés centavos.

—¡Llaman al furriel Labarca! —bramaba el centinela. Era Augusto d'Halmar que iba a consultar el diccionario, pues siempre solía necesitar hermosas palabras para labrar su prosa.

Escribía el furriel Labarca los dictados de su capitán, pero éste, al enterarse de que era escritor, le expresó ásperamente:

—Sepa que en adelante yo escribiré —y mirándole y con voz reglamentaria y más severo aún—: ¡Le ordeno hasta nuevo aviso dictarme toda la correspondencia!

De 1898 a 1912, Guillermo Labarca publica artículos, cuentos descriptivos, algunos con el pseudónimo de Valduino. Se le encuentra en las veladas, en los célebres machitones de don Pedro Nolasco Préndez, en banquetes literarios, en cenáculos, discutiendo lleno de animación. Es prosecretario del Ateneo.

A comienzos de siglo anúnciase una novela suya: *Los Crepúsculos*. No bien la concluye y relee, se convence de su poco mérito y la deja entre los papeles (24 de junio de 1902). Son 105 hojas. Confiesa en ella que "no hay nada peor que mirar a sangre fría lo que nos entusiasmó alguna vez" y también: "no existe otra dicha que la que se encuentra dentro de sí mismo".

Guillermo Labarca les parecía a ciertas personas un poquitito engreído, quizás si pedante, acaso por ser discutiador y por aludir a libros e ideas nuevos, pues no hacía sino leer. La prueba de su comercio con los libros llevábala en sus ya curvas espaldas.

Con rostro de gringo, anguloso, alargado, era "de un ánimo inflaqueable, de una testaruda tenacidad" (d'Halmar). "Reía muy poco, era alto, delgado, con pequeños ojos azules. Se le escuchaba con deferencia" (Januario Espinoza). Horrorizábale convertirse en hombre gordo. Sólo picoteaba la comida. Las palabras salíanle disparadas, pero si ablandaba el tono casi difundía ternura. Era un romántico amordazado.

En el hogar de uno de sus parientes conoce, a fines de 1903, a la joven Amanda Pinto Sepúlveda, estudiante de castellano.

Debió ella conmoverlo. Si no ¿cómo entender que le envíe, desde el día siguiente de conocerla, carta tras carta y que, para asegurarse la servidumbre de mira, él también ingrese al Instituto Pedagógico?

Su primera misiva carece de encabezamiento. Comienza: "Gorki, palabra rusa que significa desdichado..." En seguida alude a Judith Gautier "que casó con Carlos Hugo (Hijo del poeta) para separarse de éste y unirse libremente a Catulle Mendés, el insigne miniaturista". Prosigue con Ibsen que ha fijado el idioma noruego, "dándole la consistencia y la fuerza de tal, que antes no tenía. Sus compatriotas han retribuido los esfuerzos de Ibsen elevándole una estatua (en vida)". Dice más, muchísimo más y, cuando se le concluye el papel, salta al margen y a manera de despedida agrega: "Celebraré muy deveras, señorita Amanda, que estos cortos detalles que escribo a la carrera y fiado únicamente de mi memoria, puedan serle de alguna utilidad". Y firma Guillermo Labarca H. dentro del óvalo perfecto que es su rúbrica.

La señorita Amanda se inscribe, además, en historia, para complacerse otra hora con la imagen del brioso prosador. Sin embargo, juntos llegan al Pedagógico, juntos lo abandonan, juntos miran los árboles, juntos sonríen, juntos leen a los rusos, juntos conversan y juntos van y vienen de la mañana a la noche.

El padre de Amanda no abriga sentimientos tiernos por el pretendiente de su hija. Si dependiera de él, no lo vería. Tampoco el prosista traga a su suegro potencial. Lo sufre calladamente.

No era costumbre que una doncella anduviera con su amador tantas horas seguidas. Con los días aumentó la desazón del padre hasta que, desesperado, la conmina:

—¡O te casas mañana o te meto a un convento!

Llorando la enamorada consulta a su novio y éste, muy seriecito, como será a lo largo de su existencia, trémulo también, exclama:

—¡Nos casamos mañana!

Cumplen con el Registro Civil. Sólo por no disgustar a su madre él entra por última vez a la iglesia.

Amanda adopta los apellidos de su esposo y para siempre será Amanda Labarca Hubertson.

La vinculación de Guillermo Labarca con militares, determina que sea invitado a pasar la luna de miel en el Fuerte Punta Parra.

Su capitán lo despide diciéndole:

—Ojalá vuelva pronto. Mire que las notas que usted me dicta me las encuentran muy buenas.

La existencia en el Fuerte es grata, pero al escritor lo impresiona el carácter tremendo del capitán, arbitrario, sin

miramientos, brutal, y mientras dura su estada, y a menudo durante años, no hay instante en que no compadezca a la sufrida esposa de aquél. La disciplina terrible que el comandante impone lo espanta. Abrevia su permanencia en el Fuerte, pero conservará una brasa en la memoria.

En 1905 aparece *Al amor de la tierra*, su librito de cuentos rurales. Su prosa se dispara hacia el canto. Ya es autor de gran relieve y es aplaudido por los que piensan con el corazón, pero los críticos, sin mezquinarle alabanzas, apuntan: "Hay en esos cuentos mucha naturaleza que, eso sí, es la nuestra. Tal vez haya demasiada descripción... Yo quisiera todo más impresionista" (d'Halmar).

"Tal vez el más completo como acción es el titulado *Gente Serrana*" (E. P. D.).

"Es de los pocos escritores que, junto con Baldomero Lillo, ha incorporado los animales a la vida de sus personajes" (Mariano Latorre).

"No ahonda mucho en la psicología de los personajes. El amor es el alma de este buen libro. El lenguaje es sencillo, pintoresco, despreocupado" (M. de Avila).

Vinieron meses y años difíciles en que apenas reunía el coste de la pensión. El sueldo de furriel si bueno para un anacoreta, no lo era para dos. Guillermo Labarca renuncia al arte de la guerra y se convierte en secretario de la revista *Zig-Zag*.

Sus estudios de humanidades habían sido caprichosos. Siguió, por ejemplo, historia, y no francés. Sólo al sentirse cautivado por Zola y Flaubert lo aprende con un texto de lengua gala y otro en castellano. Tenía memoria, una gran memoria, y era capaz, al final de una lectura atenta, de re-

petir capítulos de un libro sin notables titubeos. Pronto pudo leer francés sin dificultad, pero su dicción era personal.

Eso de saltarse ramos e ir dándolos al azar, debíase a su pasión política. Entre comer o asistir a una asamblea del radicalismo, prefería la asamblea. No faltaba a ningún desfile enderezado contra el gobierno o los retrógrados. La lucha por disminuir el dominio eclesiástico, a la que se entregaba con ardor, consumía su tiempo.

Muere en el norte combatiendo la fiebre amarilla el universitario Marcos Macuada. El gobierno se emociona y organiza un acto, tanto para enaltecer la memoria del mártir, como para honrar a los demás estudiantes. Los asientos de abajo, pongan atención, son cedidos a damas y caballeros de la nobleza santiaguina que, si estimables éstos y seductoras aquéllas, no eran sino espectadores.

A los que recibirían el homenaje, a los compañeros del mártir, se les reservó la galería. Un maestro de ceremonia subía y bajaba con recados. Cuando le correspondió hablar a un camarada del mártir, aquél se negó a descender y la fiesta acabó en desaire.

—¡Meterse con rotos! —maldecían en la platea. Los de la altura sintiéronse acometidos por una risa que les duró días.

Contra el espíritu de clase del señor gobierno, más insensato aún en esa circunstancia, creóse la Federación de Estudiantes, que presidió el doctor José Ducci Kallens y tuvo de secretario a Guillermo Labarca.

Don Valentín Letelier, rector de la Universidad de Chile, se entusiasma con la Federación y le construye un altísimo por el lado de San Diego.

¡Cuán difícil es hacer el bien!

No tardaron los mozos en apedrearle los vidrios de su propio domicilio.

Don Valentín, luego de apreciar el daño, expresó:

—Estos muchachos tienen vitalidad —e hizo reponer los vidrios.

En 1907 Guillermo Labarca entra a enseñar historia en el Liceo de Aplicación de Niñas.

Aquella brasa que se fijara en su espíritu cuando estuvo en el Fuerte Punta Parra, sigue quemándolo. En silencio escribe una novelita que titula *Mirando al Océano*. La presenta al concurso del centenario. Del jurado sólo vota en su favor doña Mariana Cox. Los caballeros se inclinan por *Hogar Chileno* de Senén Palacios, obra casi olvidada, salvo en lo que dice del espino y del temperamento del chileno.

El desagrado que esto pudo causarle se palia con una beca en Nueva York. Allí siente tremenda nostalgia. Traba amistad con Severo Salcedo, chileno que fue a enriquecerse, pues entonces se creía que en el país de los yanquis el dinero estaba a la vista. Salcedo, empero, subsiste de rentas que le envían con no mucha puntualidad de Chile. Este descendiente directo de Jeremías compara lo neoyorquino con lo que dejara en su tierra, suspira largamente y en tono elegíaco se lamenta:

—Estos no son árboles. Qué gusto le encontrarán a esta porquería de melón. No hay nada bueno que llevarse a la boca —y, por no fenecer, hacíase enviar de Valparaíso charqui y chuchoca, sin anunciar jamás su regreso.

Una vez que se le reúne Amanda, y Guillermo Labarca

termina sus cursos en la Universidad de Columbia, se van a estudiar en La Sorbona (1912).

*Mirando al Océano* se imprime en Santiago durante su ausencia (1911) y levanta, entonces y después, el siguiente coro.

“Desgraciadamente, se nota una marcada tendencia a vituperar la disciplina del ejército” (Domingo Amunátegui Solar).

“En la obrita maestra de Guillermo Labarca hay una fina orquestación en la que se despliegan, por turno, la sensibilidad de su temperamento, lo agudo de su percepción y la ponderada objetividad de su talento” (Ernesto Montenegro).

“No conozco ninguna obra de ficción que pinte nuestra vida de cuartel en tiempo de paz. De este modo el autor de *Mirando al Océano* me parece casi un creador. La calidad del estilo y los diálogos nunca serán suficientemente recomendados. Aquello es casi nuevo en Chile” (Eliodoro Astorquiza).

“Este diario de un concripto es, desde el punto de vista literario, uno de los libros que más me han agradado en los últimos tiempos; es una deliciosa combinación de realismo y poesía” (Omer Emeth).

“La sabiduría del límite y el arte sutil de los detalles nos parecen las dos características fundamentales en su arte. Es rico y contenido. Nunca va más allá ni más acá, ignora la frase ampulosa y la frase raquílica. Está en el término medio en que los antiguos colocaban la perfección y de ahí la juventud permanente de su prosa” (Alone).

Guillermo Labarca, que sigue en París, en los almuerzos

discute con un rumano, no sólo conservador, sino retrógrado. Habla con igual rapidez que en castellano, pero con pronunciación tan particular que sabe a francés inventado, de manera que los parisienses, desentendiéndose de sus razones, no podían evitar la risa.

Apenas regresa colabora en el diario *La Opinión*, va a la logia y reanuda su contacto con el radicalismo.

Está por vacar la rectoría del Liceo de Aplicación y cree que podría ser elegido. Tiene ideas modernas sobre educación y hasta se siente capaz de emprender una reforma de la enseñanza. No le falta carácter, quizás le sobre, es decidido para actuar y se entiende fácilmente con los alumnos.

—¿Cómo te van a nombrar si no eres profesor y ni siquiera bachiller?

Gracias a su pasmosa retentiva se prepara y rinde examen de los ramos de humanidades que le faltan, da bachillerato; sigue con los ramos del Pedagógico. Redacta su memoria acerca de Rodrigo de Quiroga, que la mano de un miembro de la comisión enjuicia así: "Bueno. Con estudios más... (hay palabras tachadas) de las fuentes habría podido hacer un trabajo excelente".

Desarrolla su clase práctica y llama a la pizarra al alumno Laín Diez, aspirante a sabio, y ambos se lucen. Recibe Guillermo Labarca el título de profesor de historia y geografía.

Ahora sí, piensa, puede postular al rectorado.

Cierran el concurso, ven los infinitos papeles de cada postulante, sopesan sus virtudes y limitaciones y ¿a quién eligen? A otro.

Entonces resuelve no concursar en lo que le queda de vida ni solicitar ningún cargo.

Era maestro de verba apasionada, muy claro, de voz terminante, terminante para expresar lo que sabía, terminante al exponer sus dudas o confesar lo que ignoraba. Zumbón, ameno, relataba la historia como sucesión de aventuras, fascinando a sus discípulas, sobre todo al referirse al pasado de Francia o al valor ciego de los japoneses.

Hacía la clase arrimado al pupitre, con ese aire firme, cabal y dominador que se le acentuó en la madurez. Lo admiraban por igual desde la más pequeña a la más grande.

Transitoriamente enseñó también en el Liceo La Ilustración. Una mañana, alumnas de nueve a once años, entre las que figuraba Marta Brunet, sorprendieronle con una ronda. Lo dejaron al centro y tomadas de las manos fueron dando vueltas a la vez que canturreaban coplas en su honor.

La directora, ¿qué es el bien, qué es el mal?, las dejó castigadas.

Ni las pobrecitas eran culpables por admirarlo ni el maestro por suscitar tal sentimiento. En donde estuviera, y por donde fuese, callado y serio, sin pretenderlo ¿o lo pretendería?, emocionaba a sus prójimas, que así llamaba a toda mujer.

En los recreos tomaba el sol no lejos de las colegialas. Si alguna miraba ávidamente los sandwiches, pasábale una moneda:

—¡Compra!

De los consejos de profesores escapaba indignado:

—¡No puedo aceptar que se difame a los niños, que se les trate como si fueran adultos!

En las excursiones era el alma: dirigía toda suerte de entretenimientos.

Era emotivo, aunque enemigo de cualquier demostración afectuosa. Por nada cogía el brazo de una mujer, o se dejaba coger el suyo.

Supo temprano cómo eran y, sin dejar su acento áspero, las estimulaba. Recibía confidencias de niñas y matronas; debió absorber sollozos, desmayos, taimaduras, actitudes desdenosas y sufrir el daño de ese hablar de sentido interior en que, con preguntas soslayadas o rodeos, sonsacan, de quien dialoga con ellas, confesiones que precisan íntimamente.

Acaso hallara placer promoviendo esos diálogos de suma agudeza, en que se funden el juego y la lucha. Grande debió ser su ascendiente, pues no hubo una que no se iluminara y lo pusiese por las nubes al recordarlo.

Su modo nada halagüeño, su voz llena de razón y lo que se difundía de él, a través de la plática o por mera presencia, debía henchirlas de confianza.

“El único feminista que he conocido es Guillermo Labarca”, aseguró una dama hermosa, instruida e inteligente.

Va asiduamente a la cordillera en 1916. Está escribiendo una novela titulada *Los Hombres*, que concibió en 1911. Pintaría al campesino acomodado en su actitud frente a la mujer, pero, por gustarle trabajar al aire libre un súbito vendaval le arrebató los originales, dos o tres capítulos. Inútil le resulta subir o meterse en las hondonadas. No descubre rastros de sus manuscritos. Tan inesperado suceso

pudo desmoralizarlo porque no escribió más, excepto artículos de estadista, periodísticos, muy espaciados, con pseudónimo o sin nombre.

La política, vocación paralela que despertó en él antes que la de prosista ¿lo fue absorbiendo sin que él reparara? ¿Su ambición literaria era muy alta? ¿Creyóse menos escritor que político?

También abandona las tertulias de escritores. Literatos amigos lo instan a proseguir, lo sienten suyo, vislumbran en él al buen prosador.

Con su tono definitivo, Labarca responde:

—La gloria de ultratumba me deja completamente frío. De no hacer obras maestras no vale la pena escribir.

—¿Y cómo saberlo si se deja la pluma? —aduce un compañero.

Labarca sonríe.

Juega tenis para mantenerse ágil y flaco. Lo demás es apostolado diurno y nocturno: forma brigadas escautivas; lleva colonias de niños famélicos a la playa; promueve reuniones del magisterio; va a su logia y ya es secretario de la Asamblea Radical.

Después de saborear los más bellos libros narrativos ¿quiso ser testigo de los hechos, en bruto, cuando se producen, principalmente en el ámbito del poder?

Compone discursos para candidatos presidenciales y para presidentes de la República.

Si hay que exponer los fundamentos del radicalismo, a él se lo piden. En las horas difíciles enseña, orienta. Se le tiene por oráculo.

Un impulso avasallador lo ata a vistosas funciones, a

cargos deslumbrantes en que se desvanece el perfil individual, el suyo.

Cuando por primera vez se convierte en ministro de educación, declara que se debe continuar instruyendo a los adultos, y nacen los departamentos de extensión cultural (1924).

Dos días antes de una elección, asume otros ministerios, inclusive el del Interior. No bien se efectúa aquélla, que ha sido tormentosa, los conservadores acúsánle de haber fraguado (¿en dos días?) una gran máquina electoral, y lo hacen caer.

Pasa a la Superintendencia de Educación y organiza un congreso de maestros (1925-1926).

Es presidente reiterado de los radicales. Se le ofrecen senadurías que, por horror a las promesas, rechaza.

Preside una convención radical en Concepción. Se produce tal zalagarda que impide sesionar, que hace imposible distinguir una voz de otra. Labarca se levanta, alza sus brazos y grita:

—¡Cállense, por la Virgen Santísima!

Tan piadosa invocación obró milagro. Desconcertados, los convencionales enmudecieron.

Su incansable actividad lo hace tropezar con un senador pechoño, que lo acusa a él, Guillermo Labarca Hubertson, de vivir amancebado. ¿Cómo castigar tamaña injuria? Sin vacilación le envía sus padrinos.

El profesor de religión de su liceo enseña que Dios hizo el mundo en una semana. Guillermo Labarca, sin mencionar a su colega, asegura que la edad de la tierra es un secreto, como asimismo la aparición del hombre. Presume que

éste desciende de un ser parecidísimo al mono. Sobre el diluvio (¿qué escapatoria le deja al cura?), Labarca afirma que fueron muchos, porque figuran en leyendas de varios países, incluido Persia.

El sacerdote, indignado, (¡no es ningún inválido!), lo enemista con las madres de las alumnas, lo denuncia a las autoridades y termina por acusarlo directamente al rector, deslizando otros cargos injuriosos. Guillermo Labarca comienza enviándole padrinos, fuera de presentar al rector un informe en que cita a los sabios nacionales, y de todo el mundo, que afirmaron lo que él con anticipación de un siglo y algo más. Concluye la pelea con una amonestación rectoral al eclesiástico.

Pero se alzan los militares guiados por Ibáñez. Obligan a dimitir a don Arturo Alessandri, cazan a radicales y a cuanta persona se muestra inconformista. A unos torturan, a otros los retienen en las cárceles; varios son relegados y destierran a no pocos. En el mismo trasandino va Guillermo Labarca, un tanto abatido, y cuatro vagones más atrás Carlos Vicuña impide, sólo con su verbo ígneo, que un agente le baje la ventanilla, pues acusa a los militares de horrores.

Guillermo Labarca se queda en Mendoza.

Escribe desde allí en 1927: "... me resulta un gran consuelo saberme a un día de distancia de mi hogar. De mis andanzas de esta mañana me he formado la idea de que el comercio es activísimo, pero sólo se ven hombres; muy pocas mujeres y éstas no son ni elegantes ni bonitas, hay un mundo de diferencia con las rotitas de mi tierra".

Quizás no haya pasado un año y cuando regresa sorprende a todos que su cabellera esté blanca.

Su dedicación a la política ha oscurecido su nacimiento, su oficio y su tarea literaria.

Quienes redactan diccionarios biográficos lo hacen nacer a capricho: cuarenta años antes o veinte después. Y dan por cierto que es profesor de inglés o de castellano. Sus libros no los conocen sino los escritores. Se leía entonces a franceses, rusos e ingleses. No me atrevería a censurarlo. En el siguiente cuarto de siglo, gracias a los maestros de castellano y a cierto progreso intelectual, los chilenos comienzan a leer más libros de autores nacionales.

Mientras estuvo en el exilio le quitaron sus clases. ¿No fue notorio que residió en Mendoza? ¿Pidió permiso para ausentarse? No. El abandono de servicio estaba claro.

Es increíble lo que puede hacer un solo hombre audaz y decidido. El dictador Ibáñez engatuza al ejército; luego impone un ministerio en que él figura; echa al Presidente y así, él solo, les entró el habla a seis millones. Conservadores, liberales, radicales, quedaron descabezados, henchidos de temor, aislados, ocultos, mudos.

¿Sería inhumano decir, en una punta de la Constitución, que se concede acción pública contra quien se erija en tirano? ¿Lo sería que cualquier sujeto pundonoroso hiciera blanco en él, con su revólver, su puñal o su honda?

A su regreso, Guillermo Labarca, ¿a qué asamblea pudo ir? No las había ni para llorar. Entonces el relapso escritor publica dos páginas autobiográficas.

Los literatos comentan:

—¿Se figuran lo que escribirá este hombre, cuyas experiencias son únicas?

—Acaso haga la novela del político.

—No sólo ésta, sino varias en que vierta su conocimiento de la mujer.

—¿Quién se la ganaría?

—¿Hay otro escritor que sepa más de ellas?

En seguida Labarca traduce *Chile, su tierra y su gente*, de Mac Bride. Los que le vieron escribir, aseveran que contadas veces abrió el diccionario inglés. Mac Bride le confiesa que ha mejorado el texto. En dicha obra su autor ve a los hacendados con intensos resabios feudales y vaticina que, si no mejora la condición del inquilino, vendrá una revolución agraria que dejará a la mexicana como débil ensayo. Ojalá Mac Bride carezca de don profético.

Vierte al castellano, además, *Treinta años entre las riquezas del Polo*, de Juan Welzl; *Llamado del Bosque*, de Jack London, y artículos para la revista *Tres Ensayos*.

El dictador ha caído y cada quincena hay gobiernos nuevos. Hasta surge, ay, prematuramente, una república socialista. Si hubiera llegado madura ¡qué sentido tendría ahora la vida del chileno! En seguida manda un militar, el siguiente y otros. Hubo uno de voz estentórea que los dominó a todos. Antes de un mes lo habían volcado y relegado fue a una isla en donde raro es el día que no llueve. ¿Para qué le servía allí la voz?

Los partidos se rehacían. Es de presumir que Labarca no participó en las reuniones secretas, que servían a unos para privar del mando a los demás.

Vuelven los partidos a ser intérpretes de opiniones colec-

tivas. Guillermo Labarca interrumpe sus traducciones y en abril de 1939 es llamado al ministerio de defensa. Redacta nuevo juramento para las fuerzas armadas y suprime una palabra breve. Surge la más recia batahola. Se rezan, se gritan, se maldicen, se hablan y se publican millones de palabras. Los clérigos invocan en su contra los anatemas. ¡Es que se trata de la palabra Dios!

A fines de ese año, también en la antevíspera electoral, por quijotismo, por respaldar al Presidente, por llevar adelante sus ideales, acepta otras carteras, comprendida la del interior.

La gente está excitada. En cualquier lugar se reúnen y claman. A veces se van a las manos. Hay mucha virilidad en el ambiente. El día de la elección rebotan varias piedras, no en las cabezas acostumbradas y anónimas, sino en las de personas respetables por su riqueza. La derecha del Senado culpó de la pedrea al multiministro Guillermo Labarca. Este asiste a una sesión, se defiende desabridamente y no sin desprecio. La derecha lo hace caer.

Han ganado las elecciones el partido radical y los de izquierda. El escritor y político no se ciega con el éxito: "Las épocas de grandes triunfos eleccionarios, son también, por desgracia, épocas de rebajamiento moral de los partidos", declara en un discurso masónico.

Sin nada obligatorio que hacer, veranea en Constitución, provisionado con dos cajones de libros. Un día sí, otro no, su flaca figura asoma en la playa. ¿Cuánto tarda en verse rodeado de mujeres? Ni un cuarto de hora. Es que a labia no se la gana nadie.

Llámanle a grandes cargos: pasa por el control de cam-

bios. Asume la alcaldía capitalina y fija el plano regulador. Impulsa a su logia al examen de la condición proletaria. Es el eje de los conciliábulos. Dirige largamente una caja de previsión y hace plantar 26 millones de pinos.

Sumérgese en la más variada actividad al servicio del poder, rica en imprevistos, superior en realismo a la mejor novela de acción, pero destinada, junto con nacer, al olvido.

En esa tarea múltiple que concluye cada día, sin que a menudo trascienda, lo halla, no ya la dictadura del general Ibáñez, sino el gobierno legal de éste. Guillermo Labarca se retira.

¿Qué hace entonces? Lee a ingleses y norteamericanos; conversa; a solas oye música largas tardes; va al cine.

No temía enjuiciarse sin piedad: ...“En cuanto a mí, la vida me ha tratado con benignidad extrema —confiesa ante sus Hermanos del Valle—, pues creo de buena fe que soy hombre mediocre que ha realizado tesonosamente su peregrinaje”.

Quejábase de su mala memoria. Mas, al internarse en la historia francesa, fluían de su charla detalles remotos, prolijos, y al revenirle la emoción de la edad moza, sin grave alteración repetía diálogos y capítulos de la obra que otrora lo cautivó: *Los tres mosqueteros*.

Alguna vez dijo, seguro: “...cuando me siente a la orilla del camino, probablemente no será para descansar, sino para morir”.

Rememorando su vida expresó: “...de no haberme casado con Amanda sería un bohemio”.

No le interesaron el dinero ni la figuración, a pesar de

que fuera un poderoso mandamás casi hasta su fallecimiento (8 de noviembre de 1954).

En la adolescencia vio claramente su camino: su pasión por la historia lo hizo profesor. La rebeldía, acaso también el orgullo, lo llevó al radicalismo y a la concepción materialista de la vida.

Lo que hizo en política, en cincuenta años de consagración, se va borrando. Es la suerte de la tarea anónima. Quizás en pocos lustros a lo más pueda decirse que fue un político, sin que se sepa si su obra resultó positiva, ni menos en qué consistió, pero los jóvenes que pasan por los liceos y los que leen por gusto, sabrán que escribió *Mirando al Océano*, obra maestra que lo convierte en un clásico chileno.

Niñoa, junio de 1962.

## MARIANO LATORRE

Para *Delia del Carril*

ALREDEDOR DE 1920, Mariano Latorre era un joven alto, de ojos azules, tez sonrosada, cabellos rubios y largos bigotes que trepaban por sus mejillas.

Hizo clases de castellano en el Liceo Valentín Letelier, fue empleado de la Biblioteca Nacional, dirigió el Instituto Pedagógico.

Descendía de vascos y franceses que mucho tuvieron que ver en la construcción de pequeños barcos. Vivió, de niño, en Constitución y otras ciudades sureñas. El más importante amigo de su infancia y de su vida era Fernando Santiván.

Nunca le abandonaron el buen humor y la cortesía. Es posible que tuviera una inmensa fe en sí mismo. Las raras veces que se le vio violento contra alguien tratábase de un escritor que pretendía disminuirlo. Entonces su parpadeo se acentuaba.

Se inició con *Cuentos del Maule*. Su prosa algo tiene de canto. Hubo en él un poeta porfiado que nunca quiso disi-

mularse, que jamás triunfó. Acaso por defenderse de su poeta, tan insistente, sin motivo, porque no le sugería sino períodos elocuentes, Mariano Latorre fue prosista minucioso, con ojos de pintor, que rendía y rindió culto al documento. Además de poeta, Latorre era naturalista, pero no uno cualquiera, sino naturalista francés. Ningún escritor captó la naturaleza con tan ansiosa sensualidad. Quien lea toda su obra, con gusto seguro, y entresaque trozos y frases, hará una antología deslumbrante.

Cada cuento suyo tuvo origen en hechos que presencié o le contaron en el campo. Los relataba luego de estudiar en sus pormenores el ambiente. Su poeta, aunque sofrenado, oculto bajo detalles mil, vengábase poniendo en su tinta metáfora tras metáfora.

Era chileno nuevo, pero no hubo sino una persona que le aventajara en su amor al hombre común: el doctor Nicolás Palacios, autor de *Raza Chilena* quien, valiéndose de argumentos encantadores, un si es no es mágicos, hizo de los godos el pueblo superior, dio por cierto que sus descendientes emigraron a Chile y, al mezclarse con los araucanos, raza también sin igual entre las pobladoras de América, procrearon un ser humano sin par.

Es posible que Latorre fuese más relativista, pero amó al roto tal como es y sigue siendo, y lo pintó en su primitivismo, en todos sus oficios e intentos.

Se habló de que Mariano Latorre era discípulo de Pereda. Lo cierto es que, además, leyó detenidamente a Zola y a un número increíble de autores. No sólo compraba libros excelentes, obras maestras; también adquiría los pésimos, siem-

pre que contuvieran tres o cuatro líneas certeras sobre pumas, pájaros, flora o costumbres.

Careció de teorías políticas. Su política era la literatura. No pensó y casi no habló de otra cosa. En donde estuviese estaba acopiando elementos para sus trabajos futuros. Si apareció como hombre de izquierda —nunca lo fue de derecha— se debió a la simpatía que le inspiraban algunos amigos que, fuera de literatos, eran socialistas como, por ejemplo, el crítico Ricardo Latcham, por quien sintió Latorre notoria predilección.

Mariano Latorre habló a menudo de escribir la epopeya del roto, siguiéndole por todos los lugares del país, tanto en la guerra como en la paz, en sus más diversas actividades, sin excluir ni el bandidaje. En sus planes había un halo grandioso pero, en sus primeros años, no escribía sino cuando sus alumnos redactaban composiciones. Los hacía escribir más que ningún otro profesor de castellano. Con el paso de los años se aburrió de corregir cuadernos ajenos. Los dejaba en un rincón de su biblioteca, pero a sus autores les ponía notas generosas. El hacía sus borradores en cuadernos corrientes, con lápiz. Y proseguía en las antesalas y cafés. En su madurez solía quedarse escribiendo en su casa hasta las cinco de la tarde.

Apuntes sí que tomaba en cualquier sitio. Era un curioso anotador de palabras, modismos, hechos escondidos. Su amor al huaso le llevó, en los veranos y cada vez que podía juntar varios días festivos, a pueblos y lugares de vida autóctona. Volvía enriquecido con relatos que apenas alcanzaba a poner en lengua escrita, pues, aparte de sus clases, era muy sociable y mañana y tarde reuníase en el cen-

tro urbano a charlar con amigos y admiradores. Estas charlas continuaban en los restaurantes, pues era raro que abandonara su grupo por comer en su casa. Había en él vivacidad, gracia, humor, talento para imitar voces y gestos, y en ciertos momentos gran elocuencia para exponer sus ideas acerca de la literatura, virtud que le permitió comunicar su frenesí por los campesinos y la vida rural, a incontables escritores jóvenes. Ha sido, fuera de Pablo Neruda en poesía, el único escritor que creó escuela, la criollista nacional.

Aunque su visión de la realidad se viera, con harta frecuencia, atacada por cuantos querían que prevaleciese lo psicológico, persistió. Cuando arreciaban los ataques en contra de su credo, vengábase escribiendo sonetos coprolálicos que distribuía entre sus amigos para que llegaran a oídos de sus críticos.

Reproducía en el diálogo esa lengua tan cambiante, imprecisa y sabrosa que hablan los campesinos y que varía según el oyente.

Mariano Latorre, antes de llegar a la vivienda de su héroe, acaso para satisfacer a los pintores, describía colinas, bosques, arroyos, vegas, toda suerte de volátiles y la apariencia de cuanto abarcase su pupila. Rara vez dio de la persona una idea global. Reprodujo sus palabras, sus gestos y reacciones. Siempre actuó de fuera hacia adentro, como el naturalista. Desconfió de la interpretación. Su visión era exacta pero circunscrita a la acción del personaje. Quedaba la curiosidad, al leerle, de cómo habría procedido aquél frente a otros hechos, y de cuál era su filosofía; cuáles sus gustos, cuál su aspiración.

Mariano Latorre era espontáneo. Comunicaba sus pre-

ocupaciones, por recónditas que fueran, sin importarle quedar bien. Evitó enérgicamente lo pesaroso y lo sombrío. No iba a ningún entierro, no hacía vida social ni oficial y no se sentía atado a cosa alguna. Los prejuicios y convenciones nada podían en su ánimo. Vivió con gran libertad e hizo todo lo que podía proporcionarle agrado.

A pesar de su índole jovial, de su constante regocijo, del don de percatarse al vuelo de las debilidades ajenas, escribió en tono serio, quizás si con la mira de captar lo dramático. Y así realizó su obra considerable.

Su labor es la mayor suma conocida acerca del campo y sus habitantes. Nada escribió al azar. El detalle más fugaz es verídico. Cada aserto suyo es producto de investigación concienzuda. Quien lo lea se quedará con la verdad. Sus cuentos innumerables constituyen un monumento. En ellos, unos hallarán deleite, otros belleza, y los estudiosos descubrirán observaciones de validez absoluta.

Mariano Latorre tuvo la dicha de contar con el reconocimiento desde sus comienzos. Su fama se fue acrecentando con los años. Deja una gran obra y un gran nombre.

## BALDOMERO LILLO

### *A Josepo*

NO BIEN CONOCIÓ la capital, había llegado en 1898, el reservado, el abstraído Baldomero Lillo, tuvo que hacerse agente de seguros. ¿Quién se lo aconsejó? Hizo pequeños contratos entre las relaciones de sus hermanos, pero no fue muy lejos en esa faena que, además de paciencia, exige una verbosidad oceánica. Después de haber tramitado una póliza por cuarenta mil pesos, supo que su gordísimo cliente era diabético y todo se fue al diablo.

Entró en seguida de oficial de pluma en la notaría de don Marcelino Larrazábal, el cual, fuera del achaque de hacer escrituras, tenía gran afición a la gramática. Baldomero Lillo ganaba un tanto por página, un tanto muy pequeño debió ser porque no tardó en abandonar también ese empleo.

Su hermano Samuel ocupaba un departamento en el curso de leyes, del que era funcionario, y ahí reunía los sábados a sus amigos Roberto Brenes Mesén, Joaquín García Monje, costarricenses, y Diego Dublé Urrutia, Pedro Antonio González y otros. Baldomero generalmente escuchaba desde un rincón. Cuando se lo pedían relataba episodios de

la vida minera. Debía hacerlo con extraordinario vigor porque los demás, habladores todos, le oían sin interrumpirlo. Diego Dublé, que seguía en entusiasmo a los costarricenses, exclamaba:

—¡Baldomero debía escribir... sería tan interesante!

Al quedar a solas, Samuel subrayaba lo dicho por Dublé Urrutia.

Un día Baldomero Lillo desdobló ante su hermano una carilla con catorce renglones, muy bien caligrafiados. Era su soneto *Al Mar*, más descriptivo que poético, de ese mar visto y sentido en Lebu, en donde, domingo a domingo, llenó las horas disparando contra las aves marinas. Se publicó en una revista. Debió desengañarle porque jamás volvió a mencionarlo.

Comenzó a escribir en prosa. Su primer cuento fue *El Ahogado*, pero comprendió que exigía más experiencia literaria y lo dejó en un cajón. Compuso, no sin vacilaciones, *La compuerta número doce* en que pinta la iniciación, dolorosa, de un niño que se hace minero. Al ser leído en el Ateneo, por su hermano Samuel, causó impresión.

A ese relato tan emocionante, siguió otro humorístico: *Caza Mayor*, que se insertó en un diario. El círculo de Augusto d'Halmar registró estas producciones en el índice de *Instantáneas* con palabras benévolas. Este triunfo lo afirmó en la idea de ser escritor.

Con su sensibilidad aguda, y siempre en tensión, no hubiese persistido ante una crítica adversa.

A la hora de almuerzo, bajo la servilleta, encontró un decreto, inesperado, nombrándole oficial tercero de la Universidad de Chile. Ganaría mil pesos anuales.

Bajo signos tan propicios trajo a su familia del sur, leyó decenas de libros franceses y terminó *El Pago*, que dio a conocer en el Ateneo en medio de aplausos. Alguien comentó: "Recuerda a *Germinal* y no se queda atrás".

Entonces era costumbre recortar de los diarios cuentos y poemas y pegarlos en un libro. Don Rafael Díaz Lira, hombre culto y ya personaje, pegó en el suyo *Caza Mayor*, creyéndole obra de algún ingenio español.

\* \* \*

Baldomero Lillo nació en Lota en el verano de 1867. Su padre distaba de ser hombre vulgar. Originario de Quillota, en donde permaneció hasta los veinte años, fue presa de la fiebre del oro que California propagó por el continente. En 1848, con don Matías Ovalle y doce chilenos más, se embarcó para San Francisco. Anduvo de lavadero en lavadero. Regresó a los dos años casi con lo que llevara.

Tras breve descanso en su pueblo, sintióse impelido a seguir probando suerte en minas. El norte mantenía a Chile. Los minerales descubiertos por don Diego de Almeyda aún producían. El revelado por el arriero Juan Godoy ofrecía la plata en cantidades opulentas. Se fue a Copiapó.

Don José Nazario Lillo no encontró acomodo allí y se vino a Lota. El sureño necesita reposar su pupila en el verde. Casó con doña Mercedes Figueroa.

\* \* \*

Fue Baldomero un niño de complexión delicada. La tos convulsiva, segundo bautismo del chileno, le atacó en los primeros años y lo dejó mal. Su infancia transcurrió entre

zozobras. En invierno los más de los días debía pasarlos en cama. Esa inseguridad física, que reducía su participación en los hechos cotidianos, hízole observador apasionado y desarrolló su imaginación. Aprendió en casa las primeras letras.

Su padre se avecindó en Bucalemu, asiento minero que tenía capilla, un pequeño hospital y una escolita mixta. Filomena, Samuel y Baldomero iniciaron allí sus estudios.

Al año siguiente llegó el dueño, un señor don Maximiliano Errázuriz. Pronunció Samuel el discurso de bienvenida. Debió decirlo bien porque el visitante se entusiasmó. Hizo venir al Padre y le dijo:

—¡Usted tiene un hijo muy inteligente y despierto! No es razonable que un niño así corra el riesgo de malograrse. Cuando regrese a Concepción, le conseguiré beca en el Seminario.

El padre le respondió, complacido:

—Señor: le agradezco cuanto ha dicho del niño; pero deseo que mis hijos elijan su camino solitos. Y por esta razón no me atrevo a manearlo con una sotana.

\* \* \*

En esa región son los inviernos rigurosos. Se vive para adentro. Los Lillo se reunían en torno de la mesa con sus lecciones preparadas, que tomaba el padre. Después se leía para todos un trozo de Julio Verne o cualquier autor. A los perezosos se les privaba de oír.

Comenzaban a publicarse *El Puñal y la Sotana*, de Ramón Pacheco; *Los Talaveras*, de Liborio Brieba; *Los secre-*

*tos del confesionario*, de Martín Palma, folletinista saturado con las ideas de Juan Jacobo Rousseau. Los novelones de Martín Palma fueron excomulgados. El folletinista empezó a creer que los curas eran seres inútiles. La mayor circulación de sus novelas hizo de ésa su idea favorita.

Por su iniciativa Baldomero Lillo leía también otras obras. Sus bronquios le molestaban menos. Dentro de su moderación, fue alegre y se incorporaba tanto como podía al vivir juvenil. Empero, lo más estable en su carácter era el ensimismamiento.

\* \* \*

Los días vuelan placenteramente hasta que estalla la guerra con el Perú. Bajan los sueldos, bajan los salarios, porque todos los recursos los devorará el ejército.

El azar determina que junto a la movilización hacia el norte, un impulso civil lleve, a los más emprendedores, a los lavaderos de Caramávida.

Al borde de los sesenta años, el padre de los Lillo resuelve unirse a los buscadores de oro. Acomoda a su familia en Lebu, matricula a sus hijos en la escuela y parte a la cordillera de Nahuelbuta. Los placeres estaban en Montaña Negra, cercanos al río Cautín. Es todavía un hombre delgado, animoso, pero con barba ya blanca.

\* \* \*

Baldomero Lillo es afectuoso y tímido, sin grandes ímpetus. Su enfermedad, que no le concede sino ligeras treguas, lo ha convertido en sedentario.

Más que correr por los campos y participar en los entretenimientos de sus compañeros, prefiere leer. Suele sentarse en una silla baja, en el patio, con una pierna sobre la otra y un libro. Mientras lee, imprime cierto vaivén a su pierna y silba un aire monótono.

Los domingos ayudaba a su hermano Fernando, el inventor, en la construcción de minúsculas embarcaciones, que botaban en la lagunilla de la casa. Hicieron un barquito provisto de cureña, que daba salvas, valiéndose del mecanismo de un viejo reloj.

Apenas sus pulmones le dejaban un respiro, salía a cabalgar con su hermano Emilio, siempre con la mira de cazar. La anécdota que originó a *Cañuela* y *Petaca* les tuvo de protagonistas.

La muerte súbita de Eduardo, el menor de los hermanos, le dejó abatido. De ese estado vino a sacarle la fundación del liceo. Pudo asistir a matemáticas, castellano, química, física y caligrafía. Es curioso que fuera éste el ramo que más le gustó; porque entonces tener hermosa letra era poco menos que ser noble. Y los raros que podían escribir con caracteres góticos valían tanto como un duque.

En la biblioteca de ese colegio leyó el *Gil Blas de Santillana* y *El Quijote*.

\* \* \*

Seguía el padre en Montaña Negra lavando arenas. El beneficio era escaso y desalentador. Unos compañeros invitáronle a los lavaderos de los Cuatro Amigos. Allí, por fin, encontró bastante oro y una pepa grande. Con ese caudal regresó.

A poco de estar con su familia fue llamado a Lota. Una muy turbulenta huelga habíase declarado en las minas. Las personas pudientes, qué pesimistas son, creían inevitable el saqueo. Unos huyeron a fundos de montaña, otros escaparon a la capital. La compañía y los huelguistas le pidieron que fuera mediador, porque Chile es el país de las transacciones. Logró en pocos días zanjar las diferencias, los mineros bajaron a las galerías y se les vio de nuevo con sus rostros negros de carbón.

El señor Lillo pasó a ocupar un puesto en la administración y, mientras allí estuvo, sirvió, privadamente, a trabajadores y empleados, de amigable componedor.

En el verano llegó la familia. Samuel partió a Concepción a terminar las humanidades. Baldomero se empleó de oficial de pluma en la pulpería "La Quincena".

Lota se componía de unas veinte manzanas, una plaza, una iglesia y seis mil almas. Por su costado resonaba el mar.

Baldomero Lillo, si suave de carácter, cultivaba relaciones limitadísimas. ¿Quién fue su amigo predilecto? Uníase más profundamente a las criaturas de los libros que a las reales.

Su padre fue ascendido a administrador de la Hacienda Colcura, propiedad de la compañía que, por uno de sus lados, cubría siete leguas. Era montañosa y no podía recorrérsela en menos de veinte días, si se contaba con buenos caballos.

Baldomero, al quedar solo, se hospedó en la pulpería. Una o dos veces por mes iba a Concepción a comprar surtido. Adquirió en esa ciudad los *Bocetos californianos*, de

Bret Harte, que lo conmovieron; y obras de Pereda, Dostoiewski, Pérez Galdós, Tolstoi y Maupassant. Este le gustó más allá de toda medida por su acento regocijado.

Tanto por ver a los suyos, como por aprovechar la abundante caza que ofrecía Colcura, íbase con frecuencia en la tarde de los sábados y retornaba los lunes, de madrugada.

Su hermano Samuel se trasladó a la capital, atraído por el pintor Juan Francisco González, entre cuyos discípulos había poetas y literatos. Se entregó al dibujo durante meses, mas, optó por seguir leyes. Quedóse de pintor de domingos y veranos.

El padre carecía de condiciones para enriquecerse. No tenía ese talento, porque es un talento, que permite al administrador usar con liberalidad y prudencia de los bienes que se le han confiado. Practicaba la más heroica honradez, pues, de algunos frutos de la hacienda, de consumo diario, no tomaba para sus necesidades sólo porque no se le había ordenado. En cambio, con los campesinos era maniabierto.

Baldomero quedó de jefe de la pulpería de Buen Retiro. Su existencia se hizo más quieta aún. Cuando no estaba en su oficina, enfrentábase con el peñón azotado por el mar, miraba la arena negra, era regalo divisar una vela lejana, o seguía el vuelo sin fin de las gaviotas. Y disparábalas para calmar sus nervios.

Su padre, deseoso de trabajar para sí, dejó la Hacienda Colcura y arrendó tierras en Arauco. Este iba a ser el último afán a que se dedicara. Tres años más tarde murió.

El cuarto que habitaba Baldomero era espacioso. Fuera del catre, la mesa y un par de sillas, sólo había rumas de libros junto a las paredes: unas ya desmoronadas, otras a

punto de caer. A él no le preocupó nunca lo exterior, apenas lo veía. Hasta su propia vestimenta acusaba abandono. Languidecía en la soledad. Muy de tarde en tarde iba a comer con algún minero.

Su familia vino a salvarlo. Las mujeres, dando un toque aquí y otro allá, con ese don de crear intimidad que poseen todas, hicieron hospitalario el hogar.

Baldomero trajo música de Concepción para una de sus hermanas. Y empezaron a oírse en las tardes, fuera de la sinfonía un tanto wagneriana del mar, tan tremendamente masculina, melodías sencillas, henchidas de ternura.

A comienzos de 1898 —casado y con un hijo— rompió con el administrador de la mina y renunció al empleo. Como era tímido, reaccionó con violencia. Llevó a su mujer a casa de sus suegros, en Coronel, y él se vino a Santiago.

\* \* \*

En torno al novecientos surgieron Carlos Pezoa Véliz, Diego Dublé Urrutia y Víctor Domingo Silva, creadores de la poesía. Y Federico Gana, Augusto d'Halmar y Guillermo Labarca Hubertson que trabajaron la prosa con intención artística.

Gobernaba la aristocracia asegurando a sus componentes una igualdad casi increíble. Cada uno era un pequeño dios, una torre. Los derechos de sus individuos apenas tenían límites. Sólo porque no les hacía falta no establecieron para ellos un régimen socialista. Podían hacerlo.

El pueblo ¿qué era? Mano de obra, braceros. Pagábanse salarios míseros. En minas y salitreras, en vez de dinero, se

daban fichas. Las condiciones del trabajo no eran producto del mutuo acuerdo, sino imposición de los respectivos mandamases.

Esa juventud que se dedicó a la literatura y el periodismo, provenía de pequeños terratenientes, funcionarios y profesionales de provincia, con abundantes aspiraciones y limitado sustento.

Los jóvenes opusieron al abolengo su capacidad, pero no se les consideró; era como si no existieran, porque la aristocracia tenía pensadores propios, poetas de su clase y escritores de la misma cuna, aunque con la perspectiva de este medio siglo se puede aseverar que sólo uno que otro —Federico Gana es buen ejemplo— impuso su nombre con firmeza.

Tanta dificultad dio a los jóvenes más ímpetu, mayor deseo de profundizar su vocación y, por singularizarse, empezaron a criticar la existencia del estado, los dogmas religiosos, las costumbres todas. Cobraron simpatía al pueblo, casi sin existencia legal, que debieron descubrir. El rechazo fue fecundo para las letras y las nuevas ideas.

El Partido Radical, al cual afluían los enamorados de lo nuevo, sostenía por boca de Mac-Iver la primacía de lo civil sobre lo eclesiástico. Los seguidores de Letelier reconocían que lo económico domina. Mac-Iver podía señalar, lúcidamente, cualquier minucia relativa a los padres de la iglesia, mas, aunque tenía sirvientes en su casa, no creía en la oposición de clases.

Del extranjero llegaba el eco de congresos y luchas socialistas y anclaban en Valparaíso barcos repletos de libros.

Tolstoi ejerció tal influencia que se fundó una colonia para vivir según su doctrina.

Baldomero Lillo redactaba las actas del Consejo de Instrucción Pública. Era labor delicada, porque los señores consejeros, personas cultas, un tanto doctrinarias, expresaban sus pareceres sin economizar palabras. Había que conservar el estilo de cada uno. En tal disciplina adquirió los secretos del verbo.

A mediados de 1904 reunió algunos cuentos. Si publicara un libro, ¿cómo le pondría? Ninguno de los nombres que imaginó le satisfizo. Al tomar el té con d'Halmar o Dublé Urrutia, le fue sugerido:

—*Si todos sus relatos son de minas, ¿por qué no titularlos Sub-Terra?*

La salida de *Sub-Terra* produjo remezón. Artículos laudatorios de los escritores más leídos viéronse en diarios y revistas. Un joven que firmara Ejof, al elogiarlo reveló por primera vez su nombre: Rafael Maluenda.

Este volumen señala avance en la literatura chilena. Su autor habla de los mineros, no con el acento regocijado de Pérez Rosales o Jotabeche, sino con palabras de tragedia, porque los ve como hombres. *Sub-Terra* fue bandera del socialismo naciente y se presume que influyó en el mejoramiento de aquéllos. La edición se agotó en tres meses.

A fines de año participó en el concurso abierto para hacerle ambiente a la revista *Zig-Zag*. El premio se dividió entre su cuento *Sub-Sole* y *Gente Serrana* de Guillermo Labarca.

Era Baldomero Lillo entonces no mayor de treinta y siete años, delgado, de cabellera enmarañada, rostro alargado,

difícil de penetrar, muy pálido, con ojos febriles y quietos, nariz alta, bigote ralo y unos cuantos pelos separados en su estrecho mentón. Antes de hablar llevábase la mano a su bigote, que aplastaba contra el labio, corriendo los dedos hasta las comisuras. Mientras lo hacía, iba ordenando sus ideas. Y comenzaba a oírse su voz un tanto opaca.

Vestía de negro o de gris oscuro. Era lento, un tanto indolente. Su voz apenas tenía vibración. También era resignado, casi fatalista, pero al escribir no. Su prosa es lava ardiente. Veía las injusticias con cristal de aumento y clamaba contra todo con pasión, con arrebato. Su visión del mundo es más dolorida que la de nadie.

\* \* \*

En 1905 se mudó a San Bernardo.

Día tras día viajaba en el tren de las doce y media. Una hora después hallábase en la Universidad, iba a la oficina del oficial de Facultades, "colgaba su sombrero frente al retrato del Abate Molina" y poníase a trabajar algo ladeado ante su severo escritorio. Su rostro detenía las miradas. El observaba sorbiendo las cosas.

Llegó a tener gran intimidad con el poeta Carlos Mondaca, también funcionario de la Universidad, y como él de aspecto resignado, con cierto escondido encanto que atraía por igual a hombres y mujeres.

Al final de un mes, Lillo arribó de noche a San Bernardo. Habíase guardado el sueldo en el bolsillo trasero y se lo hurtaron ¿en el tren? o, ¿antes de subir a éste? En la siguiente ocasión guardó su dinero en la cartera interior

del paletó, encima puso un pañuelo y lo aseguró con un alfiler de gancho. En el bolsillo de atrás se echó un sándwich. A ratos lo palpaba. No supo cómo ni en qué parte del trayecto le robaron éste.

Al dejar la Universidad íbase directamente a su hogar, situado cerca de un reñidero de gallos. Cultivó la amistad del viejo gallero, simpático viejo de pera de cabro, que andaba en chaleco hasta en invierno. Su mundo era el reñidero. Referíase a gallos valientes, a los que estudian la pelea, a los acometedores, a los ineptos. El color, el largo de las patas, la firmeza del pico eran antecedentes preciosos para el gallero. Baldomero asistió a varias riñas.

Otro amigo suyo fue el panadero Besoain, persona bonísima que propagaba el anarquismo entre sus clientes. También conoció al iluminado Alejandro Escobar y Carvallo, hombre de aire rudo, muy compasivo, no poco iluso, vegetariano, que en sus poemas describía la sociedad del porvenir como epicúreo. Tuvo una especie de falansterio de efímera existencia.

Baldomero empleaba los domingos, si sus bronquios se lo permitían, en recorrer los cerros de Chena con su escopeta lista. Las codornices eran su manjar. De paso conversaba con los pastores. Su *Piedra de Fuego* básase en una leyenda del lugar.

Su puntería no dejaba de causarle secreto orgullo. En casa de Rafael Maluenda, pusiéronle a veinticinco pasos de una cuerda de botellas. Se situó en posición paralela. Alguien le imprimió movimiento pendular a la cuerda, y Baldomero, con una flexión del busto a cada disparo, fue rom-

piendo botella por botella, en orden sucesivo, de izquierda a derecha.

Seguía, interesado, el movimiento social.

Habíase abierto en ese mismo año la Universidad Popular, la primera. En ella se pusieron en contacto intelectuales y obreros. La Universidad Popular hizo mítines para combatir el impuesto al ganado argentino. En su estandarte fulguraba el lema de: "Instrucción mutua y libre". Vino en seguida una huelga revolucionaria y la muerte de varios participantes.

Alguna vez iba al cerro Santa Lucía con Guillermo Larbarca. La ascensión hacía la paso a paso, descansando en cada banco. Allí leyeron juntos *Las Noches Blancas de un Jugador*, de Dostoiewski.

En 1906 publicó Lillo en *Zig-Zag* su relato titulado *En la Rueda* en que se refiere a una riña de gallos. Produjo, en San Bernardo, tal horror, que el alcalde decretó el cierre inmediato de las gallerías e hizo perseguir a sus dueños, prohibiéndoles tan bárbaro negocio. Los galleros juraron matar al autor de su ruina. Baldomero tuvo que comprarse revólver.

Inició su colaboración en *El Mercurio* con relatos humorísticos: *Tienda y Trastienda*, *Mis vecinos* y otros de gran dramaticidad, como *Sobre el abismo*, que firmó con el pseudónimo de Vladimir, traducción de Baldomero a lengua rusa.

En *Veladas del Ateneo* figura su cuento *Sub-Sole*. Augusto d'Halmar reconoce a Lillo gran imaginación y honradez literaria. Agrega que "tal vez nunca llegue a adqui-

rir una plasticidad verdaderamente artística". Juzga su "manera un tanto pesada y primitiva".

Tales reparos causáronle malestar, lo preocuparon y quedó muy herido. No fueron inútiles.

Dijo a un amigo:

—No tengo tiempo de corregir. Escribo de golpe; pero voy a escribir un cuento así...

Pensaba en *Las Nieves Eternas* que luego terminó. Hay en este apólogo un estilo más cuidado y suelto, y es el único, de los tres o cuatro que dejara, digno de conservarse.

En 1907 apareció *Sub-Sole*. La prensa le hizo buen recibimiento. A pesar de los parabienes, los más consideraron que *Sub-Terra* es superior.

\* \* \*

Desde principio de siglo había malestar en las salitreras. Iban y venían comisiones. Unas veces las quejas eran contra las pulperías, el pago en fichas o las malas habitaciones. En otras pedíase comercio libre y aumento de salario.

El gobierno ¡y pensar que entonces era mejor! dejaba que los conflictos se arreglaran solos. Limitábase a pedir informes. Los pampinos bajaron a Iquique. Se produjo el miedo, el pavoroso miedo militar y policial. Sin embargo, los asalariados acamparon pacíficamente en la Escuela Santa María. Y allí esperaban alivio a sus necesidades. Un general insensible, sin amonestación, aviso ni causa, ametralló el edificio, baleó a quienes escapaban y mató a cientos de individuos.

Esa masacre dio a Baldomero Lillo una visión nueva del

ser humano, y atroz. Bajo tal pesadumbre concibió la idea de escribir sobre los salitreros, no una plana relación de sus vicisitudes, sino algo animado, una novela tal vez. Este anhelo le acompañó hasta su muerte. Sí, debía escribir una novela pintando las faenas del salitre, donde se vea el cambio del peón sureño al transformarse en calichero, las modalidades de los trabajadores peruanos y bolivianos, la penetración socialista, cuanto es propio de la pampa. Su novela debería terminar al producirse la matanza y se llamaría *La Huelga*.

Al ingeniero Pedro Godoy le consultó acerca de los tipos obreros que podían figurar en la obra. El héroe debía ser un agitador. Creía que la suya sería una novela interesantísima, basada en una actividad sin par en el mundo.

Leyó libros y folletos. Quiso conocer la pampa, vagar por los salares, enterarse por sí mismo del ambiente, de su singularidad. Mientras, colecciona cuanto papel puede ayudarle en la composición del libro. Lo ve terminado y hasta se hace el propósito de trazar seguidamente cuentos marinos.

\* \* \*

En 1908 deja San Bernardo, arrienda casa en la capital y sigue pensando en *La Huelga*.

Su hermana Filomena muere en agosto de bronconeumonía. Sin reponerse del pesar, en meses más, al llegar a la habitación de su hermano Emilio, con el ansia de conversar un rato, lo halla muerto, también de neumonía.

Un pequeño regocijo viene a liberarlo de las desdichas

familiares: *Sub-Terra* es adoptado como texto para enseñar castellano por una universidad norteamericana.

Aunque su espíritu afectivo ha sufrido lo indecible, tiene que afrontar en el año siguiente la muerte de su madre. Esto lo triza. Comienza a vivir horas estériles. Ningún otro cuento sale de su pluma. Sus espaldas se curvan más, su voz se apaga, se le retarda el paso. Un día y otro, detrás del escritorio de cortina trabaja un poco abandonado de todos. Sólo Carlos Mondaca consigue distraerlo. Y lo anima para seguir planeando su obra.

Se promueve un violento desacuerdo entre el rector y los profesores del Liceo de Copiapó. En octubre de 1909 el Consejo comisiona a Baldomero Lillo para que vaya al norte. Un mes después emprende viaje por la vía longitudinal. Consigue eliminar las disputas de los pedagogos, los deja convertidos en hermanos, y se dirige a las salitreras.

\* \* \*

Permanece allí breves días. Ve oficinas y conversa con más de cien testigos de la masacre. Visita la Escuela Santa María. Confíésanle que el día señalado, porque lo estaba, el comité directivo de los pampinos sesionó en un altillo, que voló la metralla. Los trabajadores que se hallaban abajo, en habitaciones o patios, corrieron a las puertas movidos por la curiosidad y el terror, pero, al ver que también eran baleados, el pánico los llevó al interior donde, enloquecidos, a cabezazos, pretendieron abrir una brecha en la pared trasera del edificio. La metralla los derribaba a medio camino. Y los que lograron salir a la calle eran ultima-

dos a bayoneta. Con horas de anticipación estaban los vehículos municipales apostados a cierta distancia. Súpose luego que era para llevar los cadáveres a una larga zanja que también se abrió previamente.

Baldomero Lillo trajo muchos impresos relacionados con la pampa y el nitrato.

Tuvo de compañero de cabina a un vendedor de aceite, peninsular, muy verboso y preguntón. Díjole Lillo que era nortino, tuberculoso en último grado, y venía al sur buscando mejorarse. Ilustró su aseveración con repetidos accesos de tos. El comerciante subió en seguida a cubierta, no poco impresionado. En la tarde vino a expresarle que, no deseando molestarlo, había obtenido otro camarote. Durante la navegación saludaba a Lillo de lejos y, qué prudente era, volvíase en el acto para el lado del mar y aspiraba profundamente el aire salino.

\* \* \*

A poco de llegar se estableció nuevamente en San Bernardo. Los galleros no daban la cara. Su mujer acababa de sufrir una pulmonía. En el verano de 1910 estuvieron en su hogar dos pampinos que fueron dirigentes de la huelga. Todavía recelaban de ser vistos, porque se perseguía a las víctimas.

Baldomero púsose a trabajar en una conferencia que dio en el Ateneo en marzo o abril. Y luego comenzó a rehacer el primer capítulo de *La Huelga*, el único que había logrado esbozar.

Eduardo Barrios, empleado nuevo de la Universidad, que

estuvo en Iquique hasta el año de la hecatombe, trabajando de contador, le dio infinidad de pormenores desconocidos.

Lillo trazó un segundo capítulo, pero le resultó difícil continuar. Su necesidad de saberlo todo le revelaba cuán precaria era su información. Disponía de notas con nombres de las diversas faenas, de las herramientas, las características de las oficinas, mas no eran suficientes, porque los recuerdos inmediatos no sirven. Deben madurar dentro de uno, perder sus elementos transitorios, consustanciarse con nuestro espíritu. Sólo así pueden convertirse en creación literaria.

A Barrios le confesó al cabo de unos meses:

—No sé bastante de ese ambiente. No lo he asimilado como el de las minas de carbón.

Su proyecto le embarazaba. A veces cogía los capítulos, hacía agregados, quitaba o ponía frases, describía tipos y daba la sensación de estar lleno de bríos. Pronto caía en el desaliento. Sepultaba los manuscritos en el cajón y parecía que los hubiera olvidado. Entonces leía ávidamente cuanto libro llegara a sus manos. Sentía ansias de volar sobre el tiempo, que ningún eco del ajeteo hogareño o social alcanzara sus oídos.

Oscilando entre la confianza y la desesperación, porque su mujer se halla enferma, llega 1912. Su esposa va empeorando. La cuida día y noche, pero una hemoptisis se la arrebatata. Está físicamente agotado por las vigiliass y por el dolor. Ha quedado solo. ¿Qué será de él? ¿Qué será de sus hijos?

En 1913 lo entrevista Daniel de la Vega y, animado, le dice que en unos cuantos meses más habrá dado término

a *La Huelga*, que será su obra maestra. Poco después expresa a unos amigos que "no se representa el ambiente con la precisión necesaria. Necesita volver al norte y mirar bien".

Se veía en San Bernardo con el poeta Manuel Magallanes Moure, propietario de una o más casas, con el cuentista Federico Gana, que poseyó allí una quinta, con don Francisco Santa María, a quien conociera en el sur. Juntos se paseaban por el corredor de ladrillos rojos de su casa.

\* \* \*

Continuó, con intermitencias, desempeñando su cargo hasta mayo de 1917.

Al llegar a la Prorectoría, solía preguntarle Eduardo Barrios:

"—¿Qué dice el gran Vladimir?"

"—¡Psh! Nada —respondía.

Su débil complexión, aquella figura larga, desgarbada, invariablemente de luto: el rostro flaco, empenachado por la cabellera negra, áspera, y revuelta como una llamarada, invadido por una barba indígena, rala y bravía, rastrojo en tierra pobre, los hombros subidos, en ángulo, de donde caía la americana, abrochado el primer botón y abriéndose abajo los extremos, luego los pantalones casi vacíos encima de los huesos, siempre con la forma perdida y siempre cortos como los de un adolescente; por fin, los pies grandes, separados, humildes, pies con fisonomía. Lo veo pararse ante mi mesa y repetir en silencio, sus gestos favoritos: ladear la cabeza, levantar las manos, con los dedos tendidos y juntos, para sacudir de una ventanilla de la nariz no sé

qué pelusilla o polvo imaginario; y quedar después masti-  
cando febrilmente ¿qué? Nada. Parece que sus nervios le  
exigían acompasar su actividad interior con aquel tic de  
gastarse la dentadura.

Ciertos empleados le saludaban, cordialmente es cierto,  
pero a distancia. Temían el contagio y, con mayor inten-  
sidad, sentían por él ese cariño depurado que inspira el que  
está viviendo sus últimos días.

Tan pronto como le fue concedida la jubilación, quedó-  
se en su apacible retiro, entregado a pequeños quehaceres,  
a lecturas ardientes y desordenadas.

Durante un paseo a caballo a los cerros de Chena, en  
compañía de dos de sus hijos, tuvo una caída y se fracturó  
la clavícula derecha. Le aconsejaron inmediata operación,  
que rechazó por considerarla una "lesera". Quedó así. Te-  
mía a los médicos.

Sobrellevó su enfermedad lo mejor posible y, sin mucha  
constancia, escribió algunas páginas. Publicó una sátira en  
contra de los bomberos de su pueblo, que hizo reír a mu-  
chos, pero que a él le trajo disgustos. Los burlados juraron  
no apagar su casa si se incendiaba.

Se apasionó por la instalación de un gallinero. Ideó to-  
das las partes y adquirió una incubadora con capacidad pa-  
ra doscientos huevos. Los primeros pollitos fueron devora-  
dos por los ratones. Entonces Lillo inventó jaulas que se  
cerraban automáticamente, fuera de bebederos y ponederos  
muy ingeniosos, a prueba de roedores.

Leía obras de agricultura escritas por coroneles ingleses,  
otras sobre pequeñas industrias domésticas y ensayos de  
alimentación popular.

Su gallinero fue muy celebrado. Sin embargo, no era su destino llegar a la prosperidad por esa u otra ruta. Produjose un delirio avícola y varios vecinos lo imitaron. En pocos meses hubo gallineros en frente, a los lados, en las esquinas contiguas, de seguro en otras calles. Y como con lo uno viene lo otro, la oferta de gallos, pollos, gallinas y huevos fue excepcional. Las catalanas, las castellanas, y las de nombres extranjeros vendíanse pareadas con las brutas. La ruina no acabó con el gallinero suyo, pero lo redujo. Cuando pasó la fiebre ajena, se expandió un tanto el propio.

Lo movía la curiosidad: inventar artefactos, aprender a podar, experimentar lo que iba leyendo.

A la oración, abrigado, íbase a ver al señor Bascuñán, dueño de un negocio próximo. Mientras conversaba, oía los dichos de los parroquianos, prójimos de humilde apariencia. En ese almacén oyó la palabreja "inamible", y su peregrino significado, que le sirvió para un cuento.

Allí también, mientras se hallaba en la puerta, vestido de cualquier manera, llegó un trabajador y arrojando un gran haz de leña, cansado, se limpió el sudor, y mirándole exclamó:

—¡Hombrecito! Si me lleva este atado, le paso la voz con algo.

\* \* \*

La tisis lo cercaba firmemente. Escribía el comienzo de un relato y lo abandonaba. Quizás no volviera a tocar los dos capítulos de *La Huelga*.

Solía amanecer huraño. Entraba al comedor, apenas co-

mía del primer plato y en silencio íbase a su cuarto. Sentía debilidad por el café, lo bebía a toda hora, todo el día y parte de la noche, porque su sueño no era continuo. Asimismo procedía con aquellos medicamentos que le probaban bien. Aumentaba la dosis a su arbitrio. En cualquier achaque si no sabía qué hacer o qué ingerir, acogía el parecer de sus conocidos. Por nada acudía al médico.

En los momentos de euforia encerrábase con uno de sus hijos y hablaba de mil asuntos, con soltura, y abundancia, presintiendo que el silencio definitivo estaba próximo.

La enfermedad continuó su tenebrosa faena hasta 1923. Baldomero Lillo pasaba las más de las horas en cama, o en un sillón, leyendo. No podía comprar libros. El librero del pueblo aceptó al comienzo cambiárselos. Finalmente se avino a prestarle los nuevos. Baldomero los leía sin cortar el doblez superior.

En abril tuvo varias hemorragias. Estaba amarillo, delgadísimo, con una sombra de voz, ojeroso, casi ausente.

A fines de agosto, tras un sacerdote venía otro a ofrecerle los divinos consuelos. Baldomero Lillo fue con ellos amable. Y aunque yacía postrado, a uno, empeñado en demasía en salvar su alma, no pudo menos de decirle:

—No es hora de muerte, es hora de transformación.

Desde el cuatro de septiembre pudo seguir gracias a las diarias inyecciones. El diez, su corazón cansado dejó de latir.

\* \* \*

Se escribe para contrapesar la monotonía del oficio que da el pan, siempre distinto del literario, y no en las me-

jores horas, sino en las que se puede, a menudo con la fatiga del día. Rara vez es posible perfeccionarse, y los más no consiguen saber cuál es su voz, porque esto se llega a saber en largos años.

Baldomero Lillo dejó como legado un soneto, alrededor de cincuenta relatos, narraciones, cuentos y apólogos, una conferencia y dos capítulos de *La Huelga*, inconclusos. Su obra cabe en tres volúmenes medianos.

Su vida fue muy igual, sus mejores energías las gastó en defenderse, a su manera, de la tuberculosis. Lo cercó la pobreza. Vivió más hacia dentro, ideando, creando y desarrollando visiones.

Comenzó su obra literaria después de los treinta años. No pudo en Lebu, ni en los demás minerales, adentrarse en el ambiente en que el escritor, por medio de lecturas bien escogidas y la discusión permanente, encuentra orientación.

Si en Buen Retiro no surge ninguna dificultad apreciable con su jefe, y él se hubiese quedado allí o en otra mina, habría desaparecido sin coger la pluma. Se hizo escritor estimulado por los literatos que asistían a la tertulia de su hermano Samuel y, quizás, por entretenimiento.

Baldomero Lillo produjo lo más estimable, y casi la mayor parte de su obra, en el quinquenio de 1903 a 1908. Fueron los más gratos años de su existencia porque gozó de mejor salud.

Su talento es de narrador. No piensa en ideas, sino en imágenes. Su capacidad no fue discursiva.

Hay en él un rebelde puro, un rebelde fisiológico. Era hipersensible. Amó al minero, y por extensión al pueblo,

porque los vio sufrir. En nada pudo ayudarles cuando era empleado de pulpería, pero al convertirse en prosista se hizo su abogado.

Se apoyó en hechos para desarrollar sus creaciones, mas, su dolorida imaginación pesaba demasiado en su obra. Una secreta sabiduría le entrega, oportunamente, el detalle que sobrecoge y espeluzna. Narra sufrimientos y crueldades con palabras calientes, que laten. Aislándolas, son palabras familiares, las más comunes, tomadas por él al vuelo, sin tiempo de asir las precisas. ¿Qué hacía para transformarlas? Salían de su pluma como hilos de un tapiz, indistintas, pero su conjunto daba vida a una escena vigorosa.

No fue escritor minucioso. A veces ni bosqueja a sus criaturas. No le importa la psicología ni le preocupa omitir antecedentes. La acción es inmediata, dominante, dramática siempre; más aún: tragedizante.

Salvo *Juan Fariña*, *Quilapán* y el protagonista de *Sobre el Abismo*, fantásticos, legendarios y excepcionales, los demás son borrosos. Su interés acaba con el drama.

A las mujeres las divisa apenas, de pasada, enflaquecidas por la miseria y el trabajo duro. Sólo una vez en *El Pozo*, ve realmente a una doncella:

"El rostro moreno, asaz encendido de la muchacha, tenía toda la frescura de los dieciséis años y la suave y cálida coloración de la fruta no tocada todavía. En sus ojos verdes, sombreados por largas pestañas, había una expresión desenfadada y picaresca, y su boca de labios rojos y sensuales mostraba al reír dos hileras de dientes blancos que envidiaría una reina.

"Aquella postura, con los brazos en alto, hacía resaltar

en el busto opulento ligeramente echado atrás y bajo el corpiño de burda tela, sus senos firmes, redondos e incitantes. Al andar cimbrábanse el flexible talle y la ondulante falda de percal azul que modelaba sus caderas de hembra bien formada y fuerte”.

Así la ve.

Al leer tan estimulante retrato se piensa que, por fin, triunfará la vida. Vano engaño. Dos galanes se disputan a la moza. El favorito es muerto en un pozo por el despedido.

Se ha dicho que el vocabulario de Baldomero Lillo es pobre, áspera y común su frase y simples sus personajes, pero a esos pocos elementos él supo infundirles tanta vitalidad, tanto dramatismo y tanto calor que nadie por grandes que sean su exigencia y recelo, puede resistir su fascinación.

## GABRIELA MISTRAL

### *A María Marchant Riquelme*

NACIÓ EN VICUÑA, en la madrugada del 7 de abril de 1889. Fue bautizada en ese mismo día porque los suyos temieron perderla.

Su padre había renunciado, en enero, el cargo de profesor en la escuela de Unión, pero el gobernador, que veía más lejos, retuvo la renuncia hasta después del alumbramiento y le obligó a cobrar los sueldos acumulados, con los cuales pudo hacer frente a los gastos. Esto causó tal alborozo a la familia que, sin dilación, rezó una novena a la Virgen del Perpetuo Socorro. Lo justo habría sido que media novena favoreciera al gobernador.

La niña, superada la angustia del primer día, creció robusta.

Apenas estuvo en edad de comprender, su hermanastra Emelina empezó a contarle episodios de la historia sagrada. Tanto le gustaron que hubo de repetírselos. A los cinco años entró a la escuela y aprendió el silabario en un mes. Era criatura reconcentrada y tranquila.

Poco antes su padre dejó el hogar, acaso por gustarle la

vida errante, tal vez porque su cónyuge, de temperamento nervioso, solía alterar sus ensueños con quejas y recriminaciones copiosas que, fuera de impacientarlo, le ahuyentaban rimas singulares casi en el instante de asirlas.

Su madre lo había educado en el Seminario de La Serena —en donde estudió latín y algo de todo— con la intención de hacerle seguir la carrera eclesiástica, pero él se resistió. Deseaba vivir en el siglo, sospechando que más allá de las parroquias la existencia también es apetecible.

Gabriela Mistral, por su sino tímido, más que en charlar con chicos de la vecindad, se entretiene en tallar figuritas en panes de tiza, o se va al huerto y habla a los almendros. ¿Qué le responderían?

Suele desaparecer. Quien la llame y la busque descubre que está sentada, en la arboleda, hablando amistosamente a un par de iguanas, seres espantables para muchos, que tiene en sus rodillas como si fueran apacibles avecitas. Compruébase que no hay pájaro ni bicho que no la ronde. Murmura algo para cada uno.

Es posible que sus composiciones sobresalieran, pues sus condiscípulas insinúan que las escribe su hermanastra. Se indigna y a vista del curso traza la semblanza de una compañera.

A los nueve años comulga y muestra los primeros versos. Cuando Emelina le hubo traspasado su saber, la madre, señora menuda y bajita, la llevó a Vicuña a terminar el último año de primaria. Se aburrió. Salvo las nociones sobre los astros, halla que repiten cuanto aprendiera en la escuelita de Monte Grande. La directora llama a su madre y le expresa que la niña adolece de "falta de inteligencia

y desamor al estudio". Aconséjale dedicarla a quehaceres domésticos (¡Dios la guarde!).

¿Qué habría sido de las mujeres si la señora menuda y bajita sigue el mal consejo? Porque cabe presumir que el ejemplo de Gabriela Mistral las impulsó a independizarse y levantar cabeza.

Termina de estudiar en La Serena.

Por necesidad se improvisa profesora en Compañía Baja. De día enseña a los niños; en la noche instruye a trabajadores en lectura, escritura y aritmética.

Su abuela ha venido a residir en la cercanía, luego de repudiar a su marido que, en el rescoldo de su madurez, se ha amancebado con una sirvienta de su misma casa. Aquélla recibe los domingos a su nieta y le lee, o la hace leer, el *Cantar de los Cantares*, el *Eclesiastés* o las *Lamentaciones de Jeremías*. Así entona el espíritu de la joven maestra.

Gabriela Mistral comienza a leer con frenesí, aunque no dispone de dinero. Acude a un español en cuya tienda hay libros. Este se los va prestando de uno en uno. Conoce al incontenible Vargas Vila y también a buenos escritores. Su alma se llena de ímpetus.

Un ilustre vecino le franquea su biblioteca. Lee los *Ensayos* de Montaigne. ¿Qué impresión le causarían? Según propia confesión ella ha nacido para creer. Y sabido es que los *Ensayos* no han formado un solo creyente.

Gabriela Mistral "era una niña alta y muy delgada, ligeramente rubia y de ojos verdes. Fumaba bastante, lo que en ese tiempo debe haber sido un pecado muy grave". Colabora con versos y prosas en *Penumbras*, revista serenense.

Quiere regularizar sus estudios en la Normal de La Se-

rena, pero el capellán de ésta, don Manuel Ignacio Muni-  
zaga, más soldado que pastor de Cristo, se opuso por con-  
siderar sus escritos "algo socialistas y un tanto paganos".

Su afición al clero se modera ostensiblemente.

Nómbresela secretaria e inspectora del Liceo de Niñas  
de esa ciudad. Trabaja sin descanso ni halago. Anda por  
los pasillos con un libro bajo el brazo. Es tan silenciosa y  
retraída que parecería tener, no dieciocho, sino cuarenta  
años. Pierde la oportunidad de sonreír miles de veces. To-  
davía abundan los profesores que no la admiran y sí la  
juzgan extraña. Un día es amonestada por "hacer las no-  
tas con sus propias palabras" y admitir a una chicuela de-  
masiado pobre. No ha nacido para soportar reproches. Re-  
nuncia al momento, no sin antes dirigir a la directora su  
altiva mirada verde.

Más tarde, en los demás liceos, acogerá de preferencia  
a muchachas de familias proletarias y fundará ligas para  
costearles, anónimamente, los gastos.

Parte de profesora al pueblo de La Cantera.

A la casa en que se hospeda acude un joven ferroviario.  
Hablan (quizás no muchos meses), mas, pronto él suspen-  
de sus visitas. ¿Qué ha podido ocurrir? Acaso un pasajero  
contacto con otra musa. Gabriela, mujer absoluta, rompe.  
Sin embargo, no deja a nadie ocupar la silla en que él se  
sentara. La sustrae con discreción y la conserva ante sí.

Largo tiempo después, en una hora de soledad siente, y  
se alarma, un fuerte golpe en la silla del ausente, tal si un  
cuerpo invisible se hubiese sentado con violencia. El fenó-  
meno la desasosiega y sale al camino. Cerca del pueblo se  
entera de que el guardaequipaje acaba de suicidarse.

Con los años le inspirará simpatía cualquier persona que se asemeje al suicida.

A comienzos de 1910, profesoras amigas la instan a rendir examen de competencia en la Normal de Santiago. Se resiste. Al fin emprende viaje acompañada por sus maestras. En el trayecto intenta escapar una, dos, tres veces. No lo consigue. Llega el momento de la prueba y se arma de valor. El examen de botánica lo da en verso. La aprueban en todos los ramos.

Va al norte un joven grueso, de voz acariciadora, bajo, muy moreno y de ademanes elocuentes. ¿Cuántas veces conversan? Tres o cuatro. No obstante, la impresión que uno causa al otro es muy honda. Ella cree que su destino es unirse a él. Se embarca rumbo al sur para celebrar el matrimonio. El barco avanza lentamente, es caletero. Ella repara en que el rostro de él es feo, y en que lo verá, quiéralo o no, hasta la muerte. Y le viene el deseo imperativo de poner distancia entre ambos. Desembarca en el puerto inmediato.

Pasa rápidamente por escuelas y liceos. Permanece un período en el de Antofagasta. Compra libros y, entre éstos, la primera Biblia. No hay que decir cómo la relee ni tampoco que se le convierte en libro de cabecera. Es ese lenguaje el que le gusta: áspero, aullante, trémulo, virginal. En ella aprende a tutear a Dios. La Biblia entra a su espíritu para reaparecer a su debido tiempo en su obra poética.

Estudia con ahínco historia porque la está enseñando.

Asiste a la Logia Teosófica Destellos y una declaración suya queda estampada en el acta.

Lee como si se lo prescribiera el médico. Anota lo esen-

cial en un cuaderno. No sólo le gusta leer: disfruta también rompiendo el canto de las hojas. Al viajar lleva una plegadera y, si no encuentra libros nuevos, adquiere otros que se conoce de memoria para darse el gusto de abrirlos. Es sedante para sus nervios. Después los obsequia a sus jóvenes amigos.

La destinan a Los Andes. Su cuarto mira hacia un patio pequeño en que hay un naranjo. Un gato viene a montar guardia en la habitación. Pronto, en la cercanía de la noche, por la ventana penetra una lechuza, y se queda. Llegar a completar la trinidad una paloma.

Su arribo a ese puerto cordillerano abre huella. Viste traje oscuro. Anda erguida y peina sus cabellos hacia atrás. Tiene el aire de una joven matrona, que conservará la vida entera. Entre las alumnas despierta sentimientos opuestos: unas la admiran sin condiciones; las más, sumidas en lo temporal, manteniéndose alejadas. Empero, buen número de jovencitas empieza a escribir con su letra grande y abierta, se despreocupa del aspecto exterior y querría hablar con su deajo.

Las discípulas atraídas a su intimidad, descubren que maneja varias libretas: unas en donde anota las ideas hermosas que halla en sus lecturas; otras con sus propios pensamientos; algunas que utiliza para resumir temas. Se las hurtan, apodéranse de sus borradores, y hasta de objetos que pudiera no echar de menos. A partir de ese momento reinará en donde esté.

Las madres de las alumnas se convierten en sus moderadas o exaltadas adoradoras. ¿Y los hombres? Se le rinden en fila, gratis, sin que haga un gesto. Hubo unos que le

propusieron matrimonio; otros, más tímidos, se contentaron con mirarla y escuchar sus palabras tan henchidas de fuerza y fascinación.

Hace las clases de castellano con brío e interés avasalladores.

Se alimenta de vegetales (ya siente el influjo de los santones de la India), paladea la miel y se harta de frutas y pasteles. De noche se toma un tazón de chocolate.

En su pieza lee a Guyau, Goethe, Sarmiento, Martí y tantos otros. Escribe a celebridades literarias y a sus amigos fervientes. Dirige y recibe cartas de Ana Bésant y nadie iguala su saber acerca del niño Krishnamurti, que será Dios no bien alcance su adultez.

Cuando la rodea el silencio nocturno, su espíritu huelga por el universo, se asoma al plano astral, recrease con el aura de los grandes iniciados y se sume en la meditación pura. Si la embarga una dulce felicidad, permanece en el nirvana minutos y minutos.

Pero también está escribiendo sus sonetos de la muerte.

Una tarde llega a visitarla el poeta Víctor Domingo Silva. Ella, en un aparte, dice a la profesora que se ha convertido en su criada voluntaria:

—Tienes que prepararnos unas buenas once. ¡Tú sabrás cómo te las arreglas!

No era fácil porque carecían de dinero y despensa.

Al anoecer se despidió el visitante. La poetisa fue a reunirse con su servidora:

—Debo felicitarte. Nos serviste algo muy sabroso. ¿Qué era?

—La palomita.

Gabriela Mistral la miró con su terrible mirada verde. Y la profesora largó el llanto. Lloró a gritos, con alaridos, convulsionada; corrió a su cuarto y durante una hora o más pasaba del sollozo al lamento.

\* \* \*

Esta criatura tan alta, sonriente pero seria, absorbida por ideas y propósitos ideales (salvo cuando por su pupila mira Jehová) aparece ante muchas de sus admiradoras como ser desvalido. Hay quien ata el cordón de su zapato; quien la viste y desviste; alguien hace por ella pequeñas y grandes diligencias; rara vez anda sin compañía. Numerosas personas, de cerca o de lejos, velan por su ventura y, si algo amargo le sucede, recíbenlo como daño personal.

Del cabello al pie todo en ella es sencillo y austero. Tiene grandes ojos verdes muy lípidos; nariz aguileña, boca que se deprime en las comisuras y color blanco cobrizo. Al hablar mueve sus albas manos, de largos y bien formados dedos. Anda con paso lento y señorial. La voz, agradable y monótona, gotea. En su femineidad hay algo trascendente. El asunto más pueril en otra boca, fluye de la suya con sustancia. Mana de su naturaleza la autoridad y fascina cuanto expresa. Habla del campo, la política, de mil cosas. No siempre está contenta de lo que acaece (Jeremías sopla por su espíritu). Mejor sería aseverar que rara vez lo está. Es un poco pesimista. Dentro de ella hay un angustiado reformador. Aunque diga sus ocurrencias sin alzar el tono, nada se pierde; todo es sorbido por la tertulia. ¿Es muy importante lo que expresa? No abundarían los dispuestos a jurarlo. Quizás sea el acento, el vigor con que éste brota

desde muy adentro, y también un como respeto a las palabras, lo que da a sus juicios tan ardiente sugestión. Dice las palabras colmadas, tal como se crearon.

Gabriela Mistral habla, sin proponérselo —esa es la impresión que deja— en representación de innumerables personas, que vivieron en épocas diversas y que no se expresaron en el mismo idioma. Por instante son Josué, Moisés, Job, los moralistas griegos, Tolstoi, quienes reviven en sus palabras. Cualquiera que sea el tema ocurre lo mismo. Cada oyente siéntese ennoblecido. Los sentimientos más puros se apoderan de sus almas y las pequeñas congojas se esfuman.

Es un ser absolutamente medicinal. Si en vez de consagrarse a la poesía, hubiese creado una religión, la suya sería una de las de más arrastre. Habría prosperado aunque su templo estuviese en la cordillera y, posiblemente, ya estaría rodeado por una ciudad de numerosos habitantes.

Quien la oye quiere seguir oyéndola. Cuando es inevitable irse, lo que cada cual decide hacer lo más tarde que pueda, se experimenta contrariedad. Querrían quedarse para siempre, disfrutando de esa emanación cordial que escapa a todo examen, pero que de manera segura los transporta a preocupaciones inefables. Se van sólo porque adivinan que otros sujetos atribulados esperan su turno.

\* \* \*

En 1914 apenas era conocida de un grupo de escritores, pero, en diciembre, un jurado premia sus *Sonetos de la muerte*. Estos se reproducen en revistas y diarios nacionales y luego en los hispanoamericanos. Su nombre de pila (Lu-

cila Godoy Alcayaga) queda oscurecido. Aprenden sus versos los maestros; entran a las antologías; son recitados por niños y adultos; inspiran a los compositores y se vierten a otras lenguas.

Un Ministro de Educación la designa directora del Liceo de Niñas de Punta Arenas en 1918. No había estudiado en el Pedagógico, no era egresada ni tenía título. El ministro tuvo que usar su cabeza, y la usó bien. Varios años antes, sin haber pasado por ninguna escuela normal, mediante simple examen, se la tuvo por preceptora.

Punta Arenas la deslumbra. Fue recibida en gloria por sus habitantes, que ella tiene por la gente más fina que haya conocido. Mas, sin preámbulo, el frío la fue calando hasta los huesos. Nacida en tierra tibia, allí solía dar diente con diente y, para dormir, debía envolverse en una sobrecama de vicuña.

A pesar del clima, ahí improvisó por primera vez y escribió los versos iniciales sobre niños, aunque creía no estar dotada para hacerlos. Editó una buena revista. Creó bibliotecas para presos y enfermos, con plata suya, a las que dio el nombre de Concepción Arenal (alguna vez un ex presidiario, emocionado, le ofreció casamiento).

Arrojada hasta un grado increíble pudo, no obstante, estudiar francés, botánica, matemáticas, filosofía. Valíase de un pizarrón con ruedas, de ancha base, que avanzaba sobre el lecho hasta su mano. Escribiendo sin cesar y remirando pudo asimilar las materias más empalagosas. En cama, protegida por toda suerte de cobertores, escribió varios de sus mejores poemas.

Pero el frío y el viento polar no le dan tregua, casi llorando, a gritos, expresó:

*La tierra a la que vine no tiene primavera.*

*¿A quién podrá llamar la que hasta aquí ha venido  
si más lejos que ella sólo fueron los muertos?*

*Miro bajar la nieve como el polvo en la huesa;  
miro crecer la niebla como el agonizante,  
y por no enloquecer no cuento los instantes.*

Clama a los amigos para que la saquen de esa nevera.

Por fin, en 1920, la trasladan a Temuco. Salvada está del viento, la nieve y el frío, pero no de la lluvia, tan cotidiana en la ciudad de la Frontera. Como en Magallanes, se encierra a leer y escribir.

Suele aparecer un jovencito con rostro de espada, tan serio como delgado. Si Gabriela Mistral se halla ausente o todavía no puede atenderle, el joven, aunque le manden una profesora para conversar, pasa una aliviada media hora sin despegar sus labios. Al ver a la poetisa, él sonríe con su sonrisa dolorosa al comienzo, extrae su último poema y se lo lee con su voz peculiar. Reniega, en los versos, de la lluvia, y del barro, abundante en los contornos, y sólo se salva la ciudad por dar albergue a la doncella inspiradora de sus cantos. Son los balbuceos de los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* que más tarde, junto a otros libros, lo harán conocido en todos los continentes y en más de veinte lenguas.

Durante 1921, Gabriela Mistral dirige un liceo en Santiago y ve la luz en Nueva York su *Desolación*.

El gobierno de México la llama a servir en la educación

rural. En Veracruz y Jalapa es recibida por el pueblo. Se la trata como a princesa. Desconocidos admiradores conducen su equipaje. Visitó ciudades y aldeas. En todo lugar la aplauden con denuedo, tanto que cuando va al teatro y vitorean a un artista, ella, mecánicamente, se alza y agradece.

Compuso un libro de lectura para mujeres; escribió mil artículos sobre personas y cosas mexicanas; libros de poesía para niños; organizó, instruyó, aconsejó y creó prodigios con su presencia.

Al salir de México se da su nombre a una escuela modelo en que Azúnculo esculpe una estatua que la representa sentada. Además, el gobierno azteca le paga un viaje a los Estados Unidos y Europa. Casi al partir, conmovida por la persecución a los católicos, vuelve al seno de la iglesia y, tal vez, en su fuero interno, perdona al capellán Munizaga, aunque ella sea persona poquísimamente perdonadora (quien la hiere es delincuente definitivo).

La Universidad de Chile, tan meticulosa para conceder sus grados, le acuerda el título de profesora de castellano, graciosamente, hecho sin paralelo señalable.

Conoce Europa, se relaciona con figuras eminentes de la literatura, envía breves ensayos a *El Mercurio* y regresa. Jubila y se recluye en una pequeña casa de la Población Huenul. Pero no tarda en ser llamada por el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual. Tras unos años de vida europea, va a enseñar al Barnard College de Nueva York. Y de allí, luego de establecer el Día de las Américas —14 de abril— para reafirmar la aspiración americana al bienestar común, “la democracia cabal y la libertad cum-

plida”, parte a las repúblicas de la América Central. Su arribo provoca delirio. En donde se detiene la reciben presidentes, ministros, alcaldes, concejales, altos literatos, muchedumbres. Es reina sin opositores.

Permanece largamente en el trópico con la esperanza de sacarse el frío que la transminó en la polar Punta Arenas.

Caballeros, que en una monarquía serían por lo menos duques, y señoras sublimes, la acogen en sus mansiones. Su celo es tan subyugante que, a menudo, la sustraen al trato de los poetas libres de condición y traje, que a ella le gustan.

Por donde pasa la honran con agasajos y distinciones; se la declara hija predilecta; ciudadana de honor; recibe la orquídea de oro, la flor del espíritu santo, el prendedor simbólico de los cuatro pétalos, la pulsera de oro, las flores esmaltadas. Todo honor ideado por americano es para ella. Le consagran odas, bustos, monumentos. Su nombre lo es de escuelas, ateneos, plazas, sociedades, coros, academias, centros, bestias corredoras y hasta de negocios al por menor. Suscita la adoración más vigorosa y una solicitud encendida y extensa. No hay memoria de poeta del continente que haya polarizado tanta simpatía. Y el propio Chile, tan poco romántico, tan circunstanciado, tan pacato, tan atento a los vaivenes del salitre y el cobre, tan conservador, tan formal, acaso temeroso de que México pueda adelantarse, como habría ocurrido, se emociona al fin con su gran mujer y la nombra cónsul vitalicio, con el privilegio de elegir el lugar que más le guste.

El Premio Nobel, si consagrador, no hace sino confirmar lo que la gente de América ya le había concedido.

\* \* \*

Tarea imposible es saber lo que los demás sienten. Buen entretenimiento es pretenderlo. Lo que tiene raíz en otro no lo capta nadie, salvo que el sujeto lo confíe, y aún así no hay intención ni hecho, por leves que sean, completamente expresables.

Sin embargo, algún varón sabio expresó que el amor de Gabriela Mistral al guardaequipaje, por lo breve, por su efímera apariencia, no pudo motivar tanto encendimiento ni tantos versos.

Quizás no fuera indispensable tampoco que hubiese existido el ferroviario. Bastaría que ella, por sentirlo, proyectase su amor sobre un ser sin realidad carnal.

No importa pues quien fuera el joven, ni cual su figura, ni su nombre ni su individualidad. Fue un prójimo feliz por haber suscitado amor tan intenso, tan delicado, tan celoso, tan tierno, tan feroz, tan perdurable y de tanto halo metafísico, como no hay ejemplo en la poesía castellana. Admirémosnos de que en este mundo, en que todo tiende a la uniformidad, haya un hombre que inspirara pasión semejante, y exista una mujer que sienta sola, con tamaña intensidad, algo que de los otros corazones fluye por gotas.

Y si al leer sus versos, cada uno puede, calladamente, reconocer como sentimiento propio el contenido de dos, tégase por persona de sensibilidad.

Leyendo los poemas de Gabriela Mistral, se nos ocurrió ir tomando un verso aquí, otro allá, en busca del secreto para que ustedes aprecien cómo nació, creció y permanece el amor en ella.

Entre un fragmento y otro sientan que hay espacio; a veces ella puso años entre dos poemas, porque su contenido

lo estaba viviendo. Pensemos que los primeros corresponden a su adolescencia, que otros dan sensaciones del período de su juventud, y que los finales reflejan el ánimo del poeta al entrar a su madurez plena.

*Llevaba un canto ligero  
en la boca descuidada,  
y al mirarme se le ha vuelto  
hondo el canto que entonaba.*

*Me miró, nos miramos en silencio  
mucho tiempo, clavadas,  
como en la muerte, las pupilas . . .  
¡Tras de ese instante, ya no resta nada!*

*Si tú me miras, yo me vuelvo hermosa  
.....  
mírame largo y habla con ternura.*

*No me toques, por tanto. Mentiría  
al decir que te entrego  
mi amor en estos brazos extendidos,  
en mi boca, en mi cuello,  
.....*

*Porque mi amor no es sólo esta gavilla  
reacia y fatigada de mi cuerpo,  
.....  
jes un viento de Dios, que pasa hendiéndome  
el gajo de las carnes, volandero!*

Beso que tu boca entregue  
a mis oídos alcanza,  
.....

A la que tú ames, las nubes  
la pintan sobre mi casa.

La tierra se hace madrastra  
si tu alma vende a mi alma.

Si te vas, hasta en los musgos  
del camino rompes mi alma;  
.....

Dios no quiere que tú tengas  
sol si conmigo no marchas;  
.....

Y destilo de tu lengua  
aunque a otra mujer llamas,  
y me clavo como un dejo  
de salmuera en tu garganta;

Si te vas y mueres lejos,  
tendrás la mano ahuecada  
diez años bajo la tierra  
para recibir mis lágrimas,

¡hasta que te espolvoreen  
mis huesos sobre la cara!

*¡No le puedo gritar, no le puedo seguir!  
 Su barca empuja un negro viento de tempestad.  
 Retórnalo a mis brazos o le siegas en flor.*

*Del nicho helado en que los hombres te pusieron,  
 te bajaré a la tierra humilde y soleada.  
 Que he de dormirme en ella los hombres no supieron  
 y que hemos de soñar sobre la misma almohada.*

.....

*¡porque a ese hondor recóndito la mano de ninguna  
 bajará a disputarme tu puñado de huesos!*

*Sentirás que a tu lado cavan briosamente,  
 que otra dormida llega a la quieta ciudad.  
 Esperaré que me hayan cubierto totalmente ...  
 ¡y después hablaremos por una eternidad!*

*¿Cómo quedan, Señor, durmiendo los suicidas?*

.....

*¿O tú llegas después que los hombres se han ido,  
 y les bajas el párpado sobre el ojo cegado,  
 acomodas las vísceras sin dolor y sin ruido  
 y entrecruzas las manos sobre el pecho callado?*

.....

*Y responde, Señor: cuando se fuga el alma,  
 por la mojada puerta de las hondas heridas,*

.....

¿En el pavor no aciertan ni con el nombre tuyo?  
¿O lo gritan, y sigue tu corazón dormido?

.....

¿Para ellos solamente queda tu entraña fría,  
sordo tu oído fino y apretados tus ojos?

.....

Señor, tú sabes cómo, con encendido brío,  
por los seres extraños mi palabra te invoca.  
Vengo ahora a pedirte por uno que era mío,  
mi vaso de frescura, el panal de mi boca,

.....

¡no tengas ojo torvo si te pido por éste!

.....

Aquí me estoy, Señor, con la cara caída  
sobre el polvo, parlándote un crepúsculo entero,  
o todos los crepúsculos a que alcance la vida,  
si tardas en decirme la palabra que espero.

.....

Fatigaré tu oído de preces y sollozos

.....

y ni pueden huirme tus ojos amorosos  
¡Di el perdón, dilo al fin!

.....

Y amar (bien sabes de eso) es amargo ejercicio;  
un mantener los párpados de lágrimas mojados,

.....

*un refrescar de besos las trenzas del cilicio  
conservando, bajo ellas, los ojos extasiados.*

*Tuviste que bajar, sin fatiga, a dormir.*

*¡Ni voy en tu busca  
ni consigo tampoco olvidarte!*

*Yo no tengo otro oficio,  
después del callado de amarte,  
que este oficio de lágrimas, duro,  
que tú me dejaste.*

*¡Ah! Nunca más conocerán tus brazos  
el nudo horrible que en mis días puso  
oscuro horror: ¡el nudo de otro abrazo!*

.....

*Por el sosiego puros,  
quedaron en la tierra distendidos,  
¡ya ¡Dios mío! seguros!*

.....

*sabrás que en nuestra alianza, signo de astros había  
y, roto el pacto enorme, tenías que morir...*  
*¡Si Dios quisiera volvérteme por un instante tan sólo!*  
*¡Si de mirarme tan pobre me devolviera tu rostro!*

¡Y qué esquivas para tus bienes  
y qué amarga hasta cuando amé!  
El que duerme, rotas las sienas,  
era mi alma, ¡y no lo salvé!

.....

¡Oh! creyendo haber dado tanto  
ver que un vaso de hieles dí!  
El que vierto es tardío llanto.

.....

¡Mira! De cuantos ojos veía abiertos sobre  
mis sendas tempraneras,  
sólo los tuyos quedan. Pero ¡ay! se van llenando  
de un cuajo de neveras ...

Estoy como el que fuera dueño  
de toda tierra y todo ensueño  
y toda miel;  
¡y en estas dos manos mendigas  
no he oprimido ni las amigas  
sienas de él!

¡Oh! ¡No! Volverte a ver, no importa dónde,

.....

¡Y ser con él todas las primaveras  
y los inviernos, en un angustiado  
nudo, en torno a su cuello ensangrentado!

*Yo me olvidé que se hizo  
ceniza tu pie ligero,  
y, como en los buenos tiempos,  
salí a encontrarte al sendero.*

*No te volveré a llamar,  
que ya no haces tu jornada;  
mi desnuda planta sigue,  
la tuya está sosegada.*

*Nubes, flores, rostros  
dibujadme a aquél  
que ya va borrándose  
por el tiempo infiel.*

*Mi alma se pudre  
sin el rostro de él.*

*Y como se van confundiendo  
los rasgos del que he de buscar,  
cuando penetre en la Luz Ancha  
no lo podré encontrar jamás.*

*Cuando la vida me hiera,  
¿a dónde buscar tu cara,  
si ahora ya tienes polvo  
hasta dentro de mi alma?*

*Araño en la ruín memoria;  
me desgarró y no te encuentro,  
¡y nunca fui más mendiga  
que ahora sin tu recuerdo!*

*La tierra es dulce cual humano labio,  
como era dulce cuando te tenía,*

.....  
*Eterno amor, te espero todavía.*

El capellán Munizaga, al decir que los escritos de Gabriela Mistral eran un tanto paganos, no estuvo, puede que esa vez solamente, muy iluminado.

Lo que no se encuentra en los *Sonetos de la muerte*, ni en sus demás versos amorosos, es, precisamente, sentido pagano, recreación corporal, y piénsese que es en la expresión del amor, más que en otro sentimiento, en donde no se desbordan sino los desanimados. En su "alianza signo de astros había". Su amor "es un viento de Dios".

Sus poemas, léidos con reposo, infunden la certidumbre de que su amor no es cualquier amor; no hay en el suyo titubeo, capricho, ni prueba. Es el amor sin atenuantes, único, pleno de una vez para siempre, que vive mejor en el espíritu que fuera de él. Surgió de lo profundo. "Me miró, nos miramos en silencio, mucho tiempo... ¡Tras de ese instante, ya no resta nada!"

\* \* \*

La Biblia es para ella el libro verdadero. Leyéndola, gustándola a través del tiempo, se identificó con los hebreos del gran período y afloró su afinidad racial. Los ama por ser del pueblo de Jesús y porque son el pueblo sufridor.

Considérase sefardita por su abuela paterna —doña Isabel Villanueva— mujer tan apasionada como religiosa, a la cual debe, acaso, su asombroso temperamento:

*Yo nací de una carne tajada  
en el seco riñón de Israel.*

Ningún otro poeta gentil comparte y siente como ella el drama judío. Parece hablar, al mencionarlo, de lo que le es propio. No hay en Gabriela Mistral, quizás, más sangre judía que la que puede tener cualquier americano con ascendientes españoles.

A raíz de un pogrom hecho en Polonia, país en que esta forma de neurosis fue cíclica, escribe su canto *Al pueblo hebreo*:

*Raza judía, carne de dolores,  
raza judía, río de amargura;  
como los cielos y la tierra, dura  
y crece aún tu selva de clamores.*

.....

*Con tus gemidos se ha arrullado el mundo,  
y juega con las hebras de tu llanto.  
Los surcos de tu rostro que amo tanto,  
son cual llagas de sierras de profundos.*

.....

*Raza judía, y aún te resta pecho  
y voz de miel, para alabar tus lares,  
y decir el "Cantar de los Cantares"  
con lengua, y labio, y corazón deshechos.*

.....

*En tu mujer camina aún María,  
sobre tu rostro va el perfil de Cristo.*

Al leer un escrito, nos figuramos la voz. Los escritores, aunque al hablar lo hagan alto y recio, no la traspasan así a lo que escriben. Se les merma en grado increíble. Peor es aún cuando tienen en mente hacerla melodiosa. Se les transforma en ruido indistinto. Sólo unos pocos consiguen un tono intenso, milagrosamente resonador. ¿Cómo se siente la voz de Gabriela Mistral? Clamorosa.

\* \* \*

Gabriela Mistral es poeta religioso. Al dirigirse a Dios no hay acento, entre la súplica y el reproche, que a su voz falte. Podría decirse que Dios es suyo. Y los versos reveladores de esta actitud le fluyen espontáneos, sin asomo de herejía:

*Creo en mi corazón, el reclinado  
en el pecho del Dios terrible y fuerte.*

Este Dios que satisface su religiosidad es el bíblico, el primitivo. Creeríase que es una persona, por cierto muy respetable, que habita en la misma casa de ella, al cual se le puede ver y hablar sin trabas.

Ella lo arrulla constantemente; canta a su poder, exalta su grandeza, sin que se sienta impedida, si es necesario, para tratarle de igual a igual, y aún darle órdenes:

*Arráncalo, Señor, a esas manos fatales  
o le hundes en el largo sueño que sabes dar.*

*Recoge mi cabeza mendiga, si en esta noche muero.*

*Ahora, Cristo, bájame los párpados.*

*¡Di el perdón, dilo al fin!*

*¡no tengas ojo torvo si te pido por éste!*

La creencia le trasciende desde su entraña, mas no deja de acongojarle la zozobra, es cierto que rarísima vez:

*Y pienso que tal vez aquél tremendo y fuerte  
Señor, al que cantara de su fuerza embriagada,  
no existe, y que mi padre que las mañanas vierte  
tiene la mano laxa, la mejilla cansada.*

A su sentimiento religioso une la pasión ética, esa fuerza que es como su aliento, que desconoce la fatiga. Se presiente que, de poderlo, haría de nuevo a las criaturas humanas. Y la imposibilidad de operar cambios rápidos, ajenos al albedrío de cada cual, la mantiene en rebeldía contra los usos de su tiempo.

Gabriela Mistral resulta un tanto extraña al modo de sentir y al temperamento de los más, tan acomodaticio, tan perdonador, tan blando.

Seres semejantes a ella no los hay sino entre los personajes bíblicos. Sus iguales son los profetas y unos pocos españoles de todos los siglos.

Cuando la molicie humana se le hace intolerable, y le sucede a menudo, le ordena a Jesús:

*Estas pobres gentes del siglo están muertas  
de una laxitud, de un miedo, de un frío!*

*¡Ni el amor ni el odio les arrancan gritos!*

*Tienen ojo opaco de infecunda yesca,*

*tienen una boca de suelto botón*

*mojada en lascivia...*

*¡Retóñalos desde las entrañas, Cristo!*

*Si ya es imposible, si tú bien lo has visto*

*si son paja de eras... ¡desciende a aventar!*

No obstante, en su alma recia hay sitio para admirar a Francisco de Asis. Es la atracción de un polo por otro. En sus horas plácidas se humilla, desearía confundirse con los más disminuidos prójimos, pero no tardan en brotar de su voz imprecaciones, condena, protesta; acusa en prosa y verso. Y su tono se alza a una altura no alcanzada por ningún otro chileno.

## ERNESTO MONTENEGRO

SU PADRE ERA EL MENOR de veintitrés hermanos. Estos, los tíos, los primos, los sobrinos, los tíoabuelos y otros parientes remotos, se extendieron hacia Valparaíso y Santiago. Hay Montenegros en la Universidad, en el comercio, en las industrias; hay agricultores, profesionales, funcionarios y obreros. Ninguno se conforma con vivir menos de un siglo.

Ernesto Montenegro, nacido en San Felipe (el 6 de abril de 1885), cuna de la familia, enfermó de poliomielitis a los dos años. Por instinto y juego movía su pierna débil constantemente. No llegó a ser tan ágil como los demás niños, pero se desarrolló bastante bien y pudo, sin tener botas de sieteleguas, apenas fue adulto, recorrer distancias asombrosas, atravesando montañas y mares. Sin proponérselo, sus viajes han durado cincuenta años.

Aprendió el alfabeto en su hogar. Entre las rodillas de su padre leía el *Lector Americano* de don Abelardo Núñez. Al llegar a la parte que habla del estómago, Ernesto observaba que su padre se ponía pensativo. Hallábase enfermo y no tardó en morir de cáncer.

Montenegro leyó por inclinación propia *Las aventuras de Telémaco* de Fenelón.

El *Mentor Ilustrado* del venezolano Mantilla, impreso en Nueva York, le grabó hondamente una imagen, la de Lincoln junto a una cabaña rústica. Los grabados en madera daban al paisaje norteamericano un halo de país selvático, apenas tocado por el hombre, en que casi todo era naturaleza. De tanto mirarlo anheló, no, esto es poco decir, se sintió fascinado hasta el último rincón de su alma; no quiso sino ser explorador. Y mientras le daba vueltas a la idea, su ansiedad por serlo, rápidamente crecía.

\* \* \*

Su madre y sus tíos enseñábanle corridos larguísimo que su memoria retenía sin alteración ni merma.

La historia de Duruy, tan fabulosa, y más por esto, lo afirmó en su propósito de conocer mundo, y de tanto releerla, entró a su memoria con puntos y comas.

Se aficionó al caballo. No bien subía, y la bestia echaba a andar, sin poder evitarlo iba deslizándose hacia un costado, justamente el de la cadera débil y caía. El jamelgo, comprensivo, quedábase quieto. El joven Ernesto se ponía en pie, conducíalo a la tapia y montaba. Tras innúmeras pruebas logró conservar el equilibrio.

¿En qué parte de nuestro ser está el signo del carácter? Porque seguramente viene con los huesos, con la sangre y con cuanto elemento nos conforma.

Desde esos primeros años en que luchó por vencer la debilidad de su pierna; su persistencia, después, para mantenerse a caballo y su afán de conocer mundo, no sólo la-

tente, sino en crecimiento constante por las lecturas a que se entregara con tal ahínco, son prueba de una voluntad segura, muy superior y mucho más desarrollada que su conciencia.

Le entró el deseo de poseer bicicleta. Su madre no podía comprársela, mas evitó desilusionarle. En su espera él la dibujó de mil modos. Y como su imaginación estaba poblada de ríos, montes y ciudades, también los reprodujo. En un periquete trazaba un mapa.

Al cumplir los doce años su madre le regaló montura. Entonces se entregó al frenesí de cabalgar por cerros y valles, al trote, al galope, a rienda suelta, a lo que diera el caballo.

Cada noche iba a comprar *El Mercurio* y sumiase en la lectura de los telegramas. El libraco de Duruy ampliábasele día por día, se le animaba con hechos pintorescos, o espantosos, o grandes que ocurrían en países lejanos. Estudiando por gusto la geografía, aprendió historia.

En el Liceo de San Felipe fue en esta ciencia tan brillante que, sus condiscípulos, dieron en llamarle "el historiador". Estuvo entre los pocos que se libraron de los denuetos del profesor del ramo, hombre barbado, de tipo semítico, exageradamente friolento, que vestía de levita, se revestía con grueso abrigo y se sobrerrevestía con macfarlán. En su cabeza, acaso por tenerla cubierta de abundante cabellera, se ponía únicamente solideo. Sea por sus achaques, sea por considerar el alma de sus alumnos igual a una pizarra, de la cual todo puede borrarse, al interrogarles se mostraba animoso y repartía injurias tales como imbécil, animal, bruto, con sin par generosidad.

Ernesto Montenegro, además de saberse la materia con antelación de meses, dibujaba mapas para los menos hábiles y los flojos, a razón de diez centavos cada uno.

A pesar de su prestigio siempre había algún muchacho deseoso de pasárselo a llevar. Un adolescente de apellido Acevedo fue su mejor amigo y protector.

Cuando vino en visita el filólogo don Rodolfo Lenz, entonces inspector de enseñanza, y que cojeaba, los camaradas de Montenegro empezaron a llamarle Don Rodolfo. Así lo individualizaban sin desmedro de la delicadeza.

No rindió sino los primeros años de humanidades. En invierno sufría fuertes dolores a la rodilla que le obligaban a quedarse en cama. Al cumplir los catorce tuvo una alegría inmensa: cesaron sus dolencias definitivamente.

Al abandonar el liceo, se asoció a su hermano Enrique, dueño reciente de una imprentita, es cierto que bastante mala: la prensa no funcionaba; los tipos eran fantasmas de letras y los demás elementos hallábanse resentidos. Los chibaletes se mantenían en pie más por hábito que por estabilidad. Tras duros afanes de reparación y ajuste y compra de tipo nuevo, comenzaron a editar *La Estrella de Chile*, en 1902, no de vida larga, pobre de información, pero sí de gran aliento polémico. El joven Ernesto aprendió tipografía y empezó a escribir. En continuas discrepancias con el diario rival, conservador, rico en recursos, que redactaba Julio de la Fuente, terminó por hacerse amigo de éste, y más todavía cuando su periódico desapareció. Los unía la pasión de leer. Juntos, amistosamente, devoraron la biblioteca que un benefactor de apellido Bruna legara al

liceo. Conocieron las obras de Zola, Daudet, Maupassant y Chateaubriand.

Julio de la Fuente, como miles y miles de chilenos de antes y de ahora, era bebedor. Inesperadamente contrajo la manía de escribir mañana, tarde y noche —era una especie de delirio— sin más tregua que las breves horas de comida y de sueño. Sus escritos, mecánicos, carecían de ilación. Al mes murió enajenado.

\* \* \*

Montenegro dio comienzo a sus viajes yéndose a Valparaíso, a casa de su hermana mayor.

Entró de corrector de pruebas a *El Chileno* en 1905, diario católico y popular, dirigido por el abogado Vergara Salvat, hombre gordo, entre malicioso e irónico. El cajero, cuya oficina estaba cerca de la puerta de calle, sujeto de aspecto clerical, de índole zalamera, prodigaba a Montenegro saludos muy efusivos y sonrisas divinas.

Durante una visita a *El Herald*o, otro cotidiano porteño, conoció al poeta Víctor Domingo Silva, que ahí era cronista y, además, empleado de la Biblioteca Naval. Lo acogió con afecto y lo presentó a varios escritores. Una noche lo invitó a un restaurante a comer en compañía de, nada menos, Augusto d'Halmar y Carlos Pezoa Véliz. El primero usaba chaquetilla igual a las que, en las ilustraciones, llevan los personajes de Daudet. En la comida Pezoa Véliz emitía juicios mortificantes, muy amargos. Al conocerle más, advirtió que si lo embargaba la alegría dulcificábase levemente.

Montenegro tuvo relación también con el poeta Olivos y Carrasco, hombre triste, inspector de liceo, pobrísimo, con sed de vino.

\* \* \*

Dominaba en el ambiente aristocrático un liberalismo ardiente, sin perjuicio de que hubiera conservadores numerosos. El radicalismo tenía su vivero en la clase media. Los intelectuales y ciertos artesanos eran simpatizantes o anarquistas integrales. Libertad, igualdad, ciencia, progreso, fueron emblemas de la época. El proletariado, de cuya existencia se tenía sospecha, empezó sus escaramuzas: una huelga en las salitreras, un motín en Valparaíso y otro en Santiago. En éste arengó a la muchedumbre el demócrata Malaquías Concha:

—¡Niños: cuidado con destruir los faroles, romper las fuentes o destrozarse los bancos. No hay que apedrear los vidrios. En cuanto a los tranvías, ni tocarlos!

Se calló, aplaudiéronle a rabiarse, y se alejó a rápidos pasos. Y en la hora siguiente nada quedó sano en quince cuadras.

Ernesto Montenegro publicó en *El Chileno* su poema *Barricadas*.

El director, que entraba y salía del diario a cada momento, solía preguntarle:

—¿Qué dice el anarquista?

Y a veces abría el periódico y agregaba, quejoso:

—Siempre pensando en esas cosas... (la idílica sociedad futura). ¡Y mire como sale el diario!

Las erratas ¡cuántas había! estaban subrayadas con rojo y azul.

Montenegro, perplejo, se decía: “¿Cómo este hombre ocupadísimo se deja tiempo para una revisión tan prolija?” Y al pensar en él sentía admiración.

Quizás si una semana después, llegó muy de mañana y descubrió, con asombro, que era el cajero, ese mismo que le prodigaba saludos y zalemas, quien, no sin deleite, hacía las marcas azules y rojas.

Antes de recibir el primer sueldo —cien pesos—, el Alcalde, demócrata consumado, se los pidió para imprimir unas hojas en loor a la revolución rusa, la de 1905. Lo sedujo haciéndole ver que podía colaborar con un poema alusivo. Ernesto Montenegro, escritor al fin, no vaciló en dar el dinero y el poema.

A la vez que Carlos Pezoa Véliz iba al norte a buscar suscripciones para *La Voz del Pueblo*, Montenegro, acompañando a Víctor Domingo Silva, vino a Santiago, a la velada del Ateneo en que d’Halmar leería su famoso *Vilano*.

\* \* \*

Corrigió pruebas durante tres meses más. Leía, embelesado, *La ciudad y las sierras* de Eça de Queiroz. Sus más sonoros versos eran para las musas rojas, pero iba embarazándole la inquietud. Afloró el juvenil deseo de explorar otras tierras. Delante de sus ojos estaba Lincoln incitándole con la mirada: “¡Vente!”

Y se fue a ver a su hermano Enrique, funcionario en Antofagasta. A poco de llegar, con tres mozos ácratas, par-

tió al cantón de Aguas Blancas. Durmieron en la mediagua de una oficina abandonada. Por hacerlo o porque se hallaba débil, unas fiebres altísimas le tuvieron postrado varios días.

No demoró en tornar a Valparaíso. Y no fue un acierto porque muy pronto sobrevino el terremoto. De la desolación, miseria y ruina salvó Pezoa Véliz con las piernas baldadas. Montenegro casi murió de hambre, aislado en un cerro.

Supo que había un cargo en un diario de Curicó. Y partió a ocuparlo. Lo recibió un señor Morán, solemne, tísico, callado. Dándose ánimos alcanzó a decirle:

—Lo que aquí tenemos es un puesto de regente.

—Casualmente hemos tenido imprenta en San Felipe.

Se quedó. Un hermano del dueño escribía los editoriales, recomendando día tras día, al gobierno, más acción, más dinamismo, suma rapidez, para que no sucumbiera el país. No obstante, apenas entregaba el editorial, quedábase en su silla fumando, horas y horas inmóvil, sin más alternativa que una que otra breve ausencia impuesta por necesidades ineludibles, y liberado de éstas, arrellanábase hasta la madrugada, sin hablar, sin silbar, ni moverse, muerto en apariencia.

\* \* \*

Montenegro reunió algún dinero y siguió más al sur. Se detuvo en *El Correo de Valdivia* en donde ampliaba los telegramas de Santiago y redactaba crónicas locales. Trabajó amistad con unos vascos e invitado por éstos, en sendos

caballos, recorrieron los lagos Riñihue, Piriñueico y, pasando la frontera, el Lacar. En ciertos lugares metían sus cabalgaduras en balsas y ganaban la otra orilla. Bajaron hasta Junín de los Andes a presenciar un rodeo de quince mil reses, que duró una semana. ¡Nunca comió tantos y tan ricos asados como en esos días! Entre los gauchos descubrió a cuatro chilotos.

Un individuo se le entró súbitamente al corazón por asemejarse en la actitud, los gestos y la sonrisa a un cuñado suyo. Se hicieron amigos. Este le regaló libros editados por *La Nación* de Buenos Aires. Los había de Dostoiewski, Bret Harte y Poe.

De vuelta a Valdivia hubo lectores copetudos que lo felicitaron por los relatos del viaje, que iban apareciendo en el diario.

Mientras permaneció en la ciudad del granizo, la lluvia, el viento, el sol, la atmósfera luminosa y los alemanes, no dejó isla sin conocer. Y cumplidos cinco meses remató en Valparaíso.

Víctor Domingo Silva, con su pseudónimo de Cristóbal Zárate, había escrito un libro de verso y prosa en que describía la pampa, y la cantaba. Asistíale gran fe en su venta. Montenegro se encargó de llevar la obra al norte. Tratándose de viajar ¿qué podía disgustarle? Llegaba a una oficina, pedía permiso a la administración, reunía a los trabajadores y leía los poemas en el estilo de "Brindo, dijo un barretero..." Los oyentes sentían agrado de que se hablara de ellos y compraban el libro, aunque fuera pidiendo los dos pesos prestados.

El fervor de ese jovencito endeble, de voz grata, solía

conmover a los administradores. Uno, alemán, le prestó caballo y le dio acompañante para llegar a la salitrera próxima. En otra, un inglés, ¡honor a él! después del recitado y la consabida venta, le adquirió todos los volúmenes sobrantes. Más allá un pampino se apoderó de un libro y leía y leía.

Montenegro se lo reclamó:

—¿Se va a quedar dormido leyendo?

—¡Qué hablas tú, h...!

No le bastó la injuria. Alzó una botella y si un cristiano no le sujeta el brazo, la deshace en la cabeza del vendedor.

Cuando agotó los ejemplares se vino al sur en un tren lastrero.

\* \* \*

Carlos Pezoa Véliz había muerto en el Hospital de San Vicente.

En los Balcanes peleaban hasta agotar las municiones; venía la tregua y los soldados entregábanse furiosamente al cultivo de la tierra. Sólo así podían apertrecharse para una guerra más larga. Montenegro creía entender las luchas de esa península.

Hizo una visita al director de *El Mercurio* de Valparaíso, entonces un señor Fernández Godoy, que se mostró afable. Montenegro puso en sus manos un artículo. Aquél hojeó el original, que no debió entusiasmarle en exceso y mirando al autor, todavía adolescente, le preguntó con dulzura:

—¿Y qué sabe usted de los Balcanes?

—Ahí lo verá —respondió, muy entero, el articulista.

Esperó verle publicado tras unos días, pero estalló otra guerra en los Balcanes, cruenta y duradera, de nuevo se firmó una paz conveniente, y no apareció.

Tuvo que seguir corrigiendo pruebas en *El Chileno*. En momentos de exasperación, y por gusto también, compensábase escribiendo versos revolucionarios.

En 1910 participó en un concurso sobre el centenario con un largo poema. Recibió el premio más alto. A pesar de esto, mientras lo terminaba, dio por hecho que el verso nunca sería su verdadero medio de expresión. Y lo abandonó. A la vuelta de varios años su experiencia poética le valió para verter poemas del inglés al castellano.

Concibió la idea de editar los versos de Carlos Pezoa Véliz. El novelista Guillermo Labarca Hubertson, que asistió a aquél en sus últimos momentos, le hizo entrega de tres cuadernos con poemas, memorias de su vida militar y bocetos de nortinos, todos publicados y corregidos sobre los recortes impresos. Prefirió los versos y sólo una que otra prosa. Escribió un largo prólogo, todavía valedero, y el volumen se imprimió, en parte con sus ahorros, y lo intituló *Alma Chilena*.

Víctor Domingo Silva le comunicó que su hermano Jorge Gustavo, redactor de cables de *El Mercurio*, dejaba el cargo. El propio informante le acompañó al diario y fue aceptado.

Ernesto Montenegro sabía algo de francés, un tanto de italiano y adivinaba el inglés. Una de sus hermanas le había dado nociones de alemán. Pudo, pues, traducir cables y aportar sus nada despreciables conocimientos de historia. Comprendía el sentido de lo que iba ocurriendo en cual-

quier parte del mundo. Empezó a interesarse, asimismo, por las grandes personalidades extranjeras.

Sin duda que en esa sección no estaba mal, era un ascenso, gozaba de estimación y se le tenía fe, pero apenas su mente liberábase de quehaceres, surgía la imagen de Lincoln. El gran norteamericano, apoyado en la cabaña, parecía invitarle (¿cuándo te vienes, Ernesto?). Por su gusto ya estaría allá, pero ¿cómo partir? Sospechó que por grande que fuera su simpatía, debía tener dinero. Y cada mes extravió en un misterioso cajón billetes y monedas de plata. A medida que su caudal iba creciendo, el sibarita, oculto en lo más recóndito de su alma, le sugería mil inversiones placenteras. Claro que a ratos titubeaba, pero esa mirada tan fuerte y sostenida de Lincoln, y tan incesante, afirmábalo en la idea del viaje. Y no se acercaba al cajoncito sino para agregar otro billete o su par de pesos fuertes.

Años después, pocos, se fundó *Pacífico Magazine*, revista moderna, bien ilustrada, y nombrósele secretario de redacción. Se acercó en la capital y entró en contacto con otros escritores, poetas y servidores del papel impreso.

\* \* \*

Supo que en California debía celebrarse un congreso de profesores (1915). En sueños se vio partir, atravesar el mar y entrar en una gran casa en donde había multitud de hombres rubios.

Al despertar se encontró en su cuarto. Sin embargo, las pupilas de Lincoln fulguraban desde la pared. No era profesor. ¿Qué podía esperar? ¿Y si por fortuna le dieran la

representación? Esa misma tarde fue a ver al Dr. Carlos Fernández Peña, especie de profeta obsesionado con la higiene, la educación y el antialcoholismo, que no lo recibió mal ni le quitó su esperanza. El doctor reunió a los maestros. Muchos habrían ido, mas no tenían medios ni el dominio del inglés y, generosamente, con entusiasmo, aceptaron que fuera un escritor.

Montenegro sintió alguna desazón, esa inestabilidad del que emprenderá viaje hacia un lugar desconocido, y habló con varios compañeros. Lo animaron. Y comenzó el viaje; guiado por el novelista Januario Espinosa, una noche, se presentó ante don Misael Correa Pastene, director de *El Diario Ilustrado*. Don Misael, que bordeaba la cincuenta, era noctámbulo y retuvo al aspirante a viajero hasta las cuatro de la mañana. El final resultó fructuoso: recibió carnet de corresponsal y la promesa de una libra esterlina por artículo.

Algo más reconfortado, no bien llegó a su cuarto abrió el cajoncito, temiendo que lo reunido fuera muy poco. Se le iluminó el rostro al comprobar que era dueño de más de tres mil pesos.

Se fue a Valparaíso en busca de Zoilo Escobar, poeta libertario, naturista decidido y revisor de documentos navieros por necesidad. Este consiguió con el mayordomo de un barco que lo llevase, oculto, a Panamá. Ernesto Montenegro empezó a mirar tiernamente la tierra, las piedras, los cerros, las mujeres, cuanto veía en torno suyo. Nada le era antipático. Estaba despidiéndose en silencio de su país. Y luego partió.

A falta de otro Zoilo Escobar, ¿en dónde abundan?, a

su coste, trasbordó a un buque que zarpaba para Nueva Orleans.

Su inglés, si bueno para entender cablegramas y leer obras sencillas, era tan personal que de nada le valió en el comedor. Por grande que fuera su apetito, debía esperar la llegada de su comensal para pedir por señas lo que a éste le servían. Su vecino, quizás diabético, nunca probó un postre. Y Montenegro se vio privado de gustarlos mientras duró la travesía y algunas semanas más.

\* \* \*

En el Congreso habló con pasión, sin economía, y cuando se le concluían las palabras inglesas, llenaba el pizarrón de gráficos. Al sentarse ningún profesor le aplaudía, ningún rumor aprobatorio llegaba a sus oídos. Parecióle los norteamericanos gente insensible, qué diferentes de Lincoln, qué polares.

Su discurso en la asamblea final fue más patético aún; gesticuló por cuatro y tuvo ¡ya era tiempo! su primer éxito. Una delegada, presto supo que era mexicana, emocionadísima, con los ojos húmedos, le rodeó el cuello con sus brazos, y le expresó que el inglés de los otros, los rubios polares, era enrevesado y nasal. El suyo, al contrario, se entendía tan bien como si fuera castellano.

\* \* \*

¿Su convivencia en ese ambiente extraño, entonces ya veloz, fue llevadera? ¿Quiso tornar a su pequeño país agrícola? ¿Desconfió del fervor de Lincoln?

A los pocos meses casó y se hizo vecino de Nueva York. Le pidieron un artículo sobre el mandatario chileno, que lo era don Juan Luis Sanfuentes, en el *South American*, periódico de Tancredo Pinochet. Un venezolano ofreciósele para traducirlo. En el momento de recibir el pago —treinta dólares—, el traductor le reclamó quince.

Resolvió escribir en inglés, puesto que su mujer podía corregirle. Colaboró en el diario local *Evening Post*.

Sus ganancias alcanzaban para un vivir recoleto. Su retenido y escondido afán de placeres, de sibaritismo, de entretenimiento, tomó el cauce único de los libros. Era el más barato, acaso el más apropiado para su curiosidad sin fondo. Se echó al cuerpo los clásicos norteamericanos e ingleses y, de seguro, tuvo comercio frecuente con la Biblia, porque los lectores de sus artículos en diarios neoyorquinos admiran la nobleza de su estilo. No demuestran igual frenesí en lo que atañe a cómo lo habla. Dicen que lo usa bien, pero con dejo chileno.

A los tres años le entró el cominillo de volver a Chile. Anhelaba ver cómo seguía San Felipe, su tema secreto y permanente. Tenía un hijo y el indicio de que no tardaría en ser padre de un segundo. En Santiago y otras ciudades tuvo a su cargo la propaganda de *El Tesoro de la Juventud*.

Vio su tierra, la regustó y su sino errante movióle a retornar a los Estados Unidos. Casi una década pasó allí escribiendo. Dio conferencias en universidades; leyó obras maestras; conoció a encumbradas personalidades. Estudió los colosales problemas de la colosal nación. Cuando le quedaba un respiro emprendía traducciones de Thoreau, Whit-

man, Hudson, Wilder, y de cuentistas norteamericanos. Y todo esto sin perjuicio de ampliar su variado saber, depurar su gusto y seguir la huella de cuanto hombre hacía algo novedoso en el mundo.

En un buen momento se hizo propietario de una casa; en otro menos bueno la vendió. Y a través de los altibajos de todo humano destino iba haciéndose más padre.

\* \* \*

Pudo ir a veranear al Canadá francés. En *Puritania* relata el duro vivir de sus pobladores, en lucha constante con un clima infernal, preocupados de tener en el invierno próximo la leña suficiente y la chimenea reparada. Y en lo espiritual atentos a la tradición religiosa, porque allí la iglesia católica es el poder inspirador y controlador de la vida íntima, fuera de ser la dueña de las tierras.

Acerca de las pequeñas ciudades de origen español, que hay en Nuevo México, *Puritania* revela cómo el empuje sajón las constriñe e invade, convirtiendo su lengua en una jergonza en que el inglés será el triunfador.

Ligeramente estuvo en Francia, España e Italia. En ésta casi va a parar a la cárcel. No bien llega a Nápoles, un pesquisista de mirada llameante y bigotazos renegridos, se le apersona. ¿Quién es usted, de dónde procede? Montenegro contesta. El agente, no sin insistencia, le hace repetir el nombre. Y le declara que, por su aspecto, es don Arturo López Pérez, a quien busca.

Referíase al multimillonario chileno que, con ayuda de don Domingo Santa María, compró todo el azúcar de Fran-

cia; que más tarde poseyó infinidad de casas de renta en París, más las Galerías Lafayette, y que, atesorando acciones de industrias de los cinco continentes, logró que de día y de noche se trabajase también para él. López Pérez levantaba un brazo y se había ganado cincuenta mil pesos; dormía una corta siesta y su haber aumentaba en trescientos mil; cada mañana, al levantarse, tenía un millón más, y esto al comienzo.

Mientras el pesquisa inquiría de Montenegro su individualidad, más bien la que él deseaba, otros secuaces pasaban y volvían a pasar alrededor del sospechoso, mirándole fotográficamente, cara a cara, de perfil, calculando su alto y grosor, sus singularidades fisonómicas, gestos, para recordarlos durante cien años si volvía a ser necesario aprehenderlo.

Montenegro propuso al policía ir al consulado y dejar así su persona en claro. Este aceptó. No obstante, en el camino siguió enderezándole preguntas. ¿En qué otras ciudades estuvo? ¿De seguro en Capri! ¿Negaba haber estado allí? ¡No se lo creía! A todo esto llegaron a presencia del Cónsul que, a los pocos minutos, dijo al pesquisidor:

—Este caballero es don Ernesto Montenegro, escritor, periodista; viene de Nueva York. Allí dirige una revista con el patrocinio de nuestra legación, y nada tiene que ver con don Arturo López Pérez —e hizo un movimiento para dar fin a la entrevista.

El agente casi suelta el llanto. Condolido, Montenegro, le invitó a almorzar. Aquél con un ademán despidió a los demás pesquisas. En el curso del almuerzo le confesó que tenía orden de detener al señor López Pérez, el cual des-

apareció de Capri sin dejar rastro. Al hacerse humo llevaba sombrero y abrigo iguales a los del señor Montenegro.

—¿Y por qué se le persigue?

—Ah... el Duce supo que este hombre vendió a Yugoslavia un cargamento de salitre.

Cuando Montenegro quedó sólo, sintió cierta alegría de haber sido confundido con el magnate; casi era un honor, pero, en seguida, aunque llevase lo indispensable para su estada y regreso, pensando en las riquezas incalculables de aquél, encontró que estaba en la miseria, y le costó no ir nuevamente al consulado a pedir que le hicieran una colecta.

\* \* \*

Vuelto a Nueva York, en 1926, se dio el gusto de editar una revista, *Chile Magazine*, en inglés, y el disgusto de verla morir. Sin desmayar ideó la que no desilusiona, la inédita, la que el escritor no deja nunca de perfeccionar dentro de sí.

Y cuando se le empañó la imagen de San Felipe, experimentó ganas de verla, y se vino, mas ya no pudo pasar inadvertido porque lo acompañaban cuatro hijos.

Sus amigos norteamericanos, de tanto verlo ir y venir, sospecharon que era un rico terrateniente. Y entendieron que viajaba sólo para renovar, con beneficio, los arrendamientos. Jamás supieron que al reincorporarse a su terruño, lo más que conseguía era colaborar en diarios importantes, lo que es sin duda honroso, y ser pagado con mesura tal que nunca se vio expuesto a los achaques de la gula.

La Editorial Letras le publicó sus *Cuentos de mi tío Ventura* que, en 1934, le valió el premio *Atenea*.

Esta vez partió a probar suerte en Buenos Aires. Había colaborado diez años en *La Nación*. A poco de llegar escribió en *La Prensa*. Podía subsistir allí menos estrechamente que en su país. Sus hijos empezaban a transformarse en jóvenes. Uno trabajaba.

Por ser verdad que "el hombre actúa y la humanidad le conduce", le llegó un mensaje de la Fundación Carnegie invitándole, por dos años, a dar cursillos en las universidades del sur de los Estados Unidos. Se quedó diez. Al regresar, porque de nuevo sintió hambre de ver su suelo, habían casado sus hijos y hasta tenía nietos.

\* \* \*

La necesidad de ganarse el sustento con artículos, traducciones, cuentos, conferencias, estudios, clases, en los que consumiera las mejores horas de cada día; su permanencia en ciudades extranjeras, en sus años más fecundos, en las que debía bastarse a sí mismo, le impidieron enfermar, sentir tristeza prolongada, desanimarse o caer en la pereza. Cualquiera de estas fallas equivalía a la muerte por inacción.

En su último retorno, por fin, su país le hizo justicia; nombráronle director de la Escuela de Periodismo. Todos los personeros de diarios expresaron a una que él era el hombre.

Organizó y echó a andar la escuela. Su vieja costumbre de hacerlo todo en persona, permitía verle trepado a una silla dando cuerda al reloj o meter, martillo en mano, un clavo y hacer oficios, notas y tantas cosas que el verdadero burócrata ordena o firma.

\* \* \*

Frente a los hombres y el mundo, Montenegro es pensador independiente, liberal a la antigua, deseoso de agrandar la libertad, de cambiar, de mejorar, partiendo de lo que existe. No se le ve enamorado de teorías. Siente la realidad como algo poderoso, sensible de encauzar según la conveniencia humana.

Es reflexivo: oye, sigue oyendo, y si interviene no opone su pensamiento al del interlocutor. Lo agrega. ¡Cuán difícil es saber hechos de tal o cual período de su existencia! Al apuntalar las ideas que va trabando, nombra una ciudad, alude a un prójimo o cuenta, volando, un rasgo personal. Sin alzar el tono, esquivando la exaltación verbal, con palabras familiares y decorosas, expresa lo suyo.

Después de una charla, al quedar consigo, suele recapitular y decirse: ¡Es buen tema! Y se acerca a la máquina. Al cabo de hora y media el artículo está terminado. A veces resultan excelentes, pero es raro que los más débiles no se salven por un par de observaciones valiosas.

\* \* \*

El periodista que hay en él, más absorbente que el escritor, roba a éste no sólo las horas de mayor vigor mental, sino las más. Tiene inédita una novela desde hace años, y su corrección final no avanza, ni siquiera intentó iniciarla.

Ha publicado cuatro libros: *Cuentos de mi tío Ventura*, transformada en la tercera edición en novela titulada sólo *Mi tío Ventura*, inspirado en el folklore, es modelo de le-

ve gracia, humor y sobriedad. Es obra de escritor. *Puritania* comprende recuerdos del Canadá, Nuevo México y motivos de Nueva York. Las partes canadiense y española, por su relieve, son creación literaria. Las sintió muy hondo. Las invenciones y crónicas que siguen, graciosas unas e interesantes las otras, son más periodísticas. *De Descubierta* es un manojito de ensayos acerca de personajes chilenos en que el biógrafo se une al filosofador. En *Cuentistas norteamericanos* asoma el crítico y el buen traductor. Todavía habría que considerar sus cuentos dispersos en *La Prensa* de Buenos Aires; en *La Nación*, *El Mercurio* y *El Diario Ilustrado* de Santiago y en revistas, que se publicarán con el título de *Los Peces de Colores*. Sus artículos son miles.

Si alguien de gusto certero emprende la relectura de sus artículos, y separa fragmentos de unos y de otros, en que Montegro encara problemas de siempre, a veces universales o atañedores a Chile, fuera de formar un par de libros significativos, ofrecerá un ideario de mira muy alta.

El trato providencial con los buenos autores, sus viajes, la carencia permanente de comodidades, el estar consigo más allá de la norma común, o sea, la meditación casi forzosa a que su vida errante le ha obligado, su capacidad de inferir conceptos de lo que acaece, han hecho de él un escritor de ideas.

\* \* \*

Viéndole —es de estatura normal, delgado, de cabellera firme y cana, pálido, de expresión desengañada, de líneas finas, tostado, de mirar firme, nada gesticulante, de tono conciliador— es un chileno de cualquier parte. Ningún ras-

go de su persona ni de su pensamiento revelan influencia extranjera. Sin embargo, ha vivido más de un cuarto de siglo en Estados Unidos, y todavía en sus años de formación.

Habla con palabras comunes, su humor es de cepa nacional, sus gustos también lo son. Pero ¿es posible que ningún cambio sufriera en su dilatada permanencia en la otra América? Quizás esté acusado en su silencio que no otorga sino cuando es justo otorgar; en la moderación de sus costumbres; en el equilibrio de sus opiniones; en su conducta activa; en su puntualidad; en algo impalpable. ¿Tales cualidades son ajenas al modo de ser de los chilenos? Claro que no. Lo singular podría radicar en un matiz, en un grado más intenso, presentes en la conducta de Montenegro.

Cualquier otro que esté sentado junto a una pared, sabe que en ésta puede apoyarse. Un hombre como Montenegro no tiene verdadero apoyo sino en sí mismo. Ha perdido, aunque se halle en su pueblo y dentro de una casa familiar, la noción de pared y límite físico, por la vastedad del espacio que ha recorrido. En donde se aposente, sabe que está en un lugar del mundo, ligeramente ajeno y a veces mucho. Y, no obstante, por sus escritos y su conversación, parece más chileno que los demás escritores.

\* \* \*

Anda dos o tres días con bastón y semanas con las manos libres. Y sorpresivamente surge apoyándose en otro, muy distinto. ¿Qué hizo de los anteriores? ¿Los perdió?

Ernesto Montenegro, aunque lo disimule, es puritano, y exigente, acaso rígido también, con algo de juez. Debe de tener una teoría muy elevada de la misión del hombre en la sociedad. Al tropezar con seres infieles a lo que pregonan, incontenibles, o verbosos, o farsantes; indiscretos o mentecatos por donde se les mire, se afecta en demasía y, a fuer de hombre urbano, se traga el disgusto hasta quedar solo. Es al término de esos raptos solitarios cuando, seguramente, convierte los bastones en leña.

Esto significa que la seriedad figura entre los valores de su vida, pero, no bien el hecho penoso se aleja es una delicia oírsele contar.

Sus amigos le creían anclado en su cargo de mentor de los estudiantes de periodismo. Había cumplido cinco años de vida sedentaria, alterada por uno que otro viaje al sur o norte del país. Tal vez volvió a sentir la cálida mirada de Lincoln, llamándole. Y Montenegro se fue, oficialmente por unos meses, pero al despedirse dijo que jamás se sabe el día del regreso.

Desde Guayacán, el 28 de julio de 1956, en donde el barco estuvo una semana cargando fierro nativo, escribió a su amigo Enrique Espinoza: "En estas dos semanas he tenido mucho tiempo para pensar en esta vida aparentemente sin rumbo que he seguido desde los 15 años. He vuelto a cortar todas las amarras y salir de nuevo a la aventura, sin más certidumbre que antes. Pero sin lógica ni destino cierto, siento que es el único camino para mí, y que cualquier otro sistema de vida sería para mí la muerte. Uno ha de ser fiel a su naturaleza, y nada más. Si el carácter de cada uno de nosotros indica nuestro destino, no me queda sino

seguir el mío sin vacilaciones, y en el fondo con una firme confianza en que nada podría pasarme que fuese peor que el más bien meditado plan de un gran hombre de negocios”.

Desde lejos, cambiando constantemente de lugares, empezará a enviar a sus íntimos cartas henchidas de humor, muy breves, pero resonantes, con sentencias inolvidables que, en día lejano, porque ningún Montenegro se contenta con vivir menos de un siglo, figurarán también entre los más amenos y sustanciosos epistolarios de Chile.

## MANUEL ROJAS

*A María Eugenia, María Paz, Patricio y Valerie*

CUANDO MANUEL ROJAS enteró cuatro años, sus padres, chilenos, lo trajeron a Santiago. Había nacido en Buenos Aires, el 8 de enero de 1896. Viajábase en coche de Mendoza a Puente del Inca. Desde allí, a lomo de mula, rezando a ratos, suspirando a menudo, era fácil apearse en Juncal. Por recogido que estuviese el espíritu, los ojos se agrandaban a la vista de la cordillera y del cambio sin fin de sus hondonadas, sus eminencias blancas, por instantes deslumbradoras; sus senderos que ascienden y bajan, los precipicios, conjunto que eleva el alma, pero que también la reduce a la dimensión del miedo. De Juncal, en otro vehículo, meciéndose entre el pánico y el éxtasis, se descendía a la estación de Los Andes.

\* \* \*

La familia abrió un negocio de menestras. Su padre, Manuel Rojas Córdoba, era alegre y ocurrente, tanto que su mujer, al recordarlo, decía: "estar con él, era estar con

una guitarra". Un tiempo después cayó enfermo de muerte.

Alrededor de 1903, doña Dorotea Sepúlveda, señora delgada y alta, de ojos reidores cuando estaba contenta, de quien Manuel Rojas heredó la estatura y los rasgos más firmes de su carácter, atravesó, ataviada de negro, la cordillera para avecindarse en una casita del barrio Boedo, en Buenos Aires.

Delante de aquélla, cruzando la calle, había un alfalfar. "¿Cuántas luciérnagas, tomadas allí, me restregué por la frente, cuántas en los dedos?" Al tornar a su casa el tierro muchachito ostentaba "manchas de luz hasta en los zapatos".

Fuéronse a la calle Colombres. "En la primera habitación con ventana a la calle, residía un sastre socialista que me enseñó a cantar *Hijos del Pueblo*".

Pasó velozmente por el primer colegio. Al inscribirlo en el segundo, su madre pidió que le enseñaran a dividir. Cuando al cabo de un mes fue a pagar, expresó:

—El niño todavía no aprende a dividir.

—¡Cómo quiere que aprenda si no sabe! —arguyó el maestro.

Una tarde, el director empezó a castigar a sus alumnos por orden alfabético. Era meticuroso y temía se le escapara uno solo. Al llegar a la erre, el muchachito Manuel Rojas metióse bajo un banco. No le valió. Un condiscípulo, llorando, pues había sufrido el reglazo en la palma de la mano, lo denunció:

—¡Señor, está aquí, debajo!

"Atravesé de dos zancadas una hilera de bancos y salí al patio por una puerta lateral".

Oyó la retumbante voz del verdugo ordenándole detenerse. Sus piernas volaban. Minutos después un coro resonaba a sus espaldas. Los gritos parecían amistosos. Por si se equivocara corrió con más brío, pasó frente a su hogar, arrastrado por el impulso. Dejó de oírse todo rumor; sólo entonces descansó tranquilo largo rato y, a lentos pasos, cautelosamente, retornó a su vivienda. Nunca volvió al terrible colegio. Y en las primeras semanas, al mentárselo, los pies se le movían solos.

Su madre le matriculó en la escuela Campero. Ahí tuvo un profesor benévolo que le decía, con frecuencia: "¡Hazte un hombre, Manuel!" A fin de año, en presencia de los padres, les pidió frases con la palabra corazón. Las respuestas surgían enredadas, con tartamudeos. El niño Manuel Rojas exclamó sin pestañar:

"—Guardo en mi corazón las últimas palabras que mi padre dijo al morir".

Fue su primer éxito literario e imaginativo, porque a la muerte de su progenitor no estuvo presente.

\* \* \*

"Cierta mañana (asistía a clases en la tarde), sentí que un carro cargado de carne, se detenía". El carrero le encargó vigilarlo, y con medio buey al hombro entró a la carnicería. Al regresar le puso en la mano diez centavos. Y así, tan dichoso, disfrutó de esta ocupación por unas dos semanas; mas, sorpresivamente, llegó el vehículo con otro repartidor, de seguro despreocupado porque, sin mirarle siquiera, echóse a cuesta el medio animal y lo condujo a donde debía.

El muchachito sintióse molesto, pensando que el anterior, tan simpático, aunque no le hubiese dado desahucio, debió advertírselo. Era una traición. Y lloró.

Doña Dorotea cambió de residencia y puso a su hijo en el colegio San Carlos, al que apenas pudo asistir por haber caído enfermo. Antes de que terminara la convalecencia mudáronse al barrio Caballito.

En un lugar cercano, denominado Lagunas de Queirolo, se entretuvo pescando ranas. Sea por dejar la puerta mal cerrada o por otro azar, escaparon. Qué rabia le dio perderlas.

Se hizo de un tarro nada pequeño y salió en busca de otras. En una hora lo llenó y, gozoso, desanduvo el camino. Al saltar la zanja, ya por el peso del recipiente, ya por no medir sus fuerzas, cayó en lo más espeso del lodo. Fuera de golpearse la cabeza se embarró hasta su hispido cabello. Algo atolondrado, vacilando, entró a su casa. Su madre, cuya constante era limpiarlo todo, terminó de amollarlo con una cachetina.

Tales sufrimientos, y la mudanza a otra habitación del mismo barrio, lo decidieron a convertirse en cazador de volatería.

“Sobrevino una crisis económica y me vi en la necesidad de buscar alguna ocupación; estuve una semana en una sastrería, en donde aprendí a pegar botones; luego otra o dos en casa de una señora gorda y fofa que tenía algo así como un consultorio para adelgazar y endurecer las carnes; debía atender la puerta y barrer lo que fuese necesario. Luego, no sé cómo ni por intermedio de quién, me convertí en empleado de la empresa de mensajeros “La Capi-

tal" con uniforme y todo". En poco tiempo no había recoveco de la ciudad que no conociera.

Doña Dorotea debió hacer un viaje y dejóle a cargo de un talabartero, sujeto bondadoso que le sugirió aprender ese oficio. Lo empezó cosiendo una angosta lonja. El otro aprendiz, por celos, acaso por verle bajo el ala del patrón o por ruin envidia, una tarde en que ambos se hallaban solos, luego de buscarle camorra, le clavó un cuchillito en el muslo. Huyó el pequeño monstruo. Al aprendiz novato echáronle a la cama y lo curaron. Tras unos días de reposo pudo ponerse en pie.

Con la vuelta de su madre acabó su afán de talabartero, pues ella había resuelto llevárselo a Rosario. Allí se hospedaron en casa de una familia de mujeres, costureras las más. Manuel Rojas, que tenía atisbos de costura, ayudó a hilvanar.

Naturalmente, se inscribió en el sexto colegio. Y como, por fortuna, no mudó de domicilio, enteró un par de años de estudios continuados. Fueron los últimos. De ahí para adelante tuvo una maestra incomparable: su experiencia de cada hora.

\* \* \*

Cogía pedazos de periódicos, carteles, leía los letreros, pero, al pasar ante una librería, sus ojos quedaron fijos en *Devastaciones de los Piratas*, de Emilio Salgari. Economizando su renta diaria —dos centavos— al término de la quincena se dio el placer de comprarlo. Y su espíritu se disparó hacia un mundo tremendo.

En Rosario le revino su afición a la volatería. No demostró en poseer varios chincoles que, por pobreza, echó a volar. Entonces tampoco regalaban el alpiste. Sintióse tan apesadado que cazó otros. Por milagro pudo conservarlos una semana y, con lágrimas, abrió la jaula. Al venirle la tentación, echaba sus manos a la espalda y contentábase con imitar su canto.

El cominillo de mudarse los condujo a casa de una anciana, que había reservado para sí un par de cuartos en el fondo, aislados por un jardincito con verja, en el cual unos durazneros mostrábanse colmados de frutos.

El tierno arrendatario, que cumpliera doce años y aparentaba más, sin quitar los ojos de aquéllos, rondaba en torno. La anciana adivinó, hízole entrar, lo hartó de duraznos y al rato le preguntó:

“—¿Sabes leer?”

Le contesté que sí”.

Quejóse la señora de que al hacerlo se cansaba, le dolía la cabeza, y agregó:

—En este diario sale un folletín muy bonito.

“Lo tomé leí el título del folletín y leí de un tirón todo lo que había que leer”.

Ella suspiraba y, por instantes irrumpía en exclamaciones de alborozo.

Siguió la lectura día por día hasta que la novela, asegurando la felicidad de los personajes de más noble condición, llegó a su fin.

El adolescente quiso enterarse del comienzo. La anciana accedió: “Lo tenía recortado y lo guardaba y no sólo tenía aquél; tenía muchos más. Y en poco tiempo conocí un

mundo que Salgari, autor de novelas al aire libre, no me pudo presentar. El mundo físico, el mundo sensible y el mundo moral se me ampliaron enormemente. Junto con ello se me amplió el deseo de que todo se me ampliara más. Ya estaba metido en el enredo”.

\* \* \*

Su adolescencia terminó algo bruscamente, “no por exigencia de la edad sino por imposición de la vida”. Su madre necesitaba ayuda. “Entré a una carpintería, y durante una semana, con dedicación ejemplar, estuve cortando tablas con una enorme sierra. A la siguiente, experto ya en el manejo de la sierra, fui despedido. No apagué a tiempo la llama que calentaba un tarro de cola. ¿Cuánto valía esa cola quemada? Sin duda más que yo”.

Y tras diligencias mil fue aceptado en el taller del ferrocarril central argentino. Sería aprendiz de carpintero mecánico. “Cargó tablas para el maestro de la tupí. Qué contento sentía de aprender ese oficio de porvenir”. Sin embargo, observó que varios carecían de un dedo y, los más exagerados, de dos. Sus ansias de sobresalir en tal profesión mermaron. Al aproximarse a la máquina criminal adoptó precauciones exquisitas. Y como aún era creyente, imploraba al Altísimo que sólo le mantuviera de cargador de tablas. Es cierto que llevarlas hacía doler el hombro y el cuerpo todo. El Divino Hacedor oyó su ruego y en esa tarea vio concluir el año 1910, con todos sus dedos.

Doña Dorotea, buena para mudarse, tenía carácter firme y era no sólo madre de su chicuelo: también le servía de

padre, abuelo y hasta de compañero. Amenizaba las comidas contándole historias de bandidos y cuatreros de Talca. Y si sus cuentos eran alegres, ella misma reía como niña. A pesar de esto, o por contrapesarlo, cuando su hijo incurría en deslices, con largueza le propinaba coscorrónes.

Quizás por nostalgia quiso acercarse a Chile.

Manuel Rojas había crecido otro jeme. Tenía cabellera densa, negrísima; cejas de aspirante a obispo y, ocultos, unos ojos oscuros, de seria expresión que, en momentos de júbilo, reían. Hablaba apenas, sin eufemismos, evitando lo vago, sin caer en fórmulas de cortesía, aunque no le hubiesen dañado, por lo cual resultaba desabrido. A cierta distancia asemejábase a un joven quisco. Y de cerca o de lejos parecía a punto de enojarse.

“Seguí leyendo lo que caía en mis manos, sin tener quién me aconsejera sobre lo que debería leer y sin más interés que el placer que me proporcionaba la lectura”.

Avanzaron madre e hijo hasta Mendoza. Allí el imberbe lector, tan sin palabras, hizo amistad con anarquistas. El tipógrafo Lauretti le demostró aprecio y le prestó libros. “Conocí entonces a Víctor Hugo, cuya *Leyenda de los Siglos* leí dos o tres veces; a Vargas Vila, a Eduardo Zamacois y a otros que no recuerdo”. Leyó sociología, ética e historia. Los ácratas, en el período del ardor y la fe absolutos, ¡grandioso momento! leen con pasión a Kropótkin, Malatesta, Reclus, Bakúnin, a cuantos expresan lo social con la mira del cambio, porque sin esta posibilidad ¿qué sería de los soñadores, qué de los pobres? Después llegan a ser lectores eclécticos. Ese rumbo siguió Manuel Rojas: leyó de todo, más que otro mortal, ya que hablar no era

ni es su debilidad. Nunca discutió puntos doctrinales. Debía hacerlo dentro de sí. Lo que asimilaba convertíase en saber durable.

\* \* \*

En Mendoza fue aprendiz de pintor. En seguida, y por unos cuantos meses, ayudante de electricista, pues se preparaba una fiesta con iluminación descomunal.

Casi a la vez llegaron una compañía de ópera y un circo. Buscáronle de la primera, claro que sin pagarle un centavo, para figurar de bohemio en una obra y, en otra, de multitud. En el circo fue policía por su estatura, y un camarada suyo, bajito, le sirvió de par. Se entusiasmó tanto con el arte lírico que salía a repartir programas, como si hacerlo fuese ya un honor.

De electricista se transformó en acarreador de uva. Seguidamente partió a la cordillera de peón del transandino. El frío le quemó las manos y el rostro. Al concluirse la faena retornó a Mendoza. Traía un profundo color de cobre.

Entonces emprendió viaje a Chile. Si no era visto trepaba a un tren. En Guido subió a uno de carga, colándose en el vagón de animales y, esquivando cuernos y patas, sin dormir ni un minuto aunque se caía de sueño; sin comer, alerta, sin más desahogo que injuriar a los brutos, que podían acabar con él, fue sorprendido en Zanjón Amarillo y obligado imperiosamente a descender.

Desde esa helada soledad, él y sus acompañantes, también chilenos, también anarquistas, riéndose a ratos, maldici-

ciendo la suerte, en ayunas y callando el dolor de sus maltratados pies, llegaron a Las Cuevas. Atravesando la cumbre y juntando miles de pasos, bajaron al país angosto. Todavía debieron andar mucho, pero cuando divisaron unos álamos se les anudó la garganta y, sin decir esta boca es mía, rehuyendo mirarse, caminaban y caminaban.

\* \* \*

En Santiago pintó carruajes. En el verano chalets en Cartagena. El azar lo condujo a Valparaíso de cuidador de un falucho (1913). Debía pellizcarse en la interminable noche para no ceder al sueño. A ratos acercábase un bote sigiloso, seguramente a robar, y él, enfocando con su linterna al merodeador, le ordenaba alejarse porque si no dispararía. Al amanecer se durmió. Como al amonestarlo respondiera con altanería, lo echaron.

Luego de breve holganza, bajo el amparo de Rucio del Norte se convirtió en "marítimo". Attendía el vaivén de la grúa para desembarazarla y estibar la carga en la lancha. Su protector, muy forzado, comía como náufrago y era cristiano alegre. Indirectamente le facilitó el conocimiento de un misterio decisivo. Lo llevó a una mancebía. En el camino y al cruzar la puerta era doncel; continuó siéndolo mientras hablaba con una muchacha de suave índole, pero apenas ésta le fascinó con sus celestiales ojos y lo atrajo a sus brazos, con qué facilidad dejó de serlo.

La visitó a la caída del sol, sin saltarse día, porque la adoraba. Una tarde la encontró en plática cordial con un

vaporino, portador de un regalo. Fue peor que ingerir veneno.

El trabajo rudo, la brisa marina y la edad henchían su pecho; sus brazos adquirían dureza y su voz ganaba en tonos profundos.

En sí el vaporino no era antipático. Lo que no podía era verlo con ella. Al anoecer de un día cualquiera, silenciosamente desesperado, lo provocó. Aquél, con más experiencia, al principio lo golpeó duro y parejo. Esto enardeció al joven. Atacó a su rival con ímpetu renovado y logró echarlo al suelo, contuso y vencido. Gritaron unas mujeres, calló el arpa, corrían otras. ¿Qué hacer con el vencido? No hubo que pensarlo mucho porque entró la policía. El vencedor paró en la cárcel. A las pocas semanas salía convertido en pacifista bastante pasable.

\* \* \*

“Continué actuando en los grupos anarquistas. Una división producida entre éstos (anarcosindicalistas y anarquistas puros), me enfrentó por primera vez con las letras; el grupo a que pertenecía decidió sacar un periódico, en el que figuré como redactor. Al mismo tiempo un diario de Buenos Aires me nombró corresponsal”.

El propio Manuel Rojas se preguntó, al comenzar su edad madura, que por qué había escrito. No lo adivinó entonces, no lo supo nunca. Otros ingenios han confesado que lo hicieron por soledad, por falta de entretenimientos gratuitos y, los más arrogantes, porque aspiraban a la gloria.

Dado el antirromanticismo de Manuel Rojas, y la auste-

ridad de sus principios, no cabe achacarle el deseo de la gloria. Tanto para él como para otros literatos de su generación, la gloria no era sino un fantasma ridículo.

Si definimos la gloria como el reconocimiento público hecho a un gran creador, éste jamás compartirá tal certeza, salvo que sea megalómano, porque sabe que entre su concepción y su obra media enorme distancia.

El porqué de algo que se ejecuta sin provecho visible, sigue latente. ¿Cuál es la experiencia del prójimo que escribe? ¿Por qué atribuye tamaña importancia a esta labor que fatiga el cerebro, la vista, la mano y hasta órganos que se compadecen más con la posición vertical? Es un misterio.

Se entiende que escriba el descubridor de un nuevo dios; que lo hagan también los ansiosos de acelerar el proceso dialéctico. A uno le mueve la causa primera; a éstos el deseo de hacer felices, rápidamente, casi sin aviso previo, a los seres humanos.

Mas, ¿qué impulsa al joven autor de cuentos y poemas, que al comienzo no encuentra dónde publicarlos, que tropieza con tantas dificultades para ser leído, que no llega a saber sino muy tarde, a veces cuando sus días están contados, si lo que él hace vale o no?

De no ser el afán de la gloria, puesto que el de enriquecerse hay que eliminarlo, tendría que ser el sentimiento de que se es un elegido. Cada individuo es único, aunque a distancia no difiera de sus semejantes, y pase por la vida casi anónimamente.

Los humanos que traen algo nuevo a las artes, las ciencias, la política o la literatura, son un puñado entre millones. Sin embargo, cada artista debe de creer ciegamente

que es él quien trae lo nuevo, lo que no se dijo ni expresó.

De la gente empecinada hasta la muerte son los artistas y los creyentes los más altos ejemplos. Estos últimos suelen imponer a sangre y fuego sus divinas verdades.

El sentir, sin desmayo, que se trae al mundo una revelación, es seguro que compensa al iluminado de los sinsabores que cualquier forma de vida tiene como secuela. Hay, no obstante, iluminados que ni con buena voluntad pueden ser comprendidos. Son los más, y acaso, falsos iluminados.

\* \* \*

El poeta José Domingo Gómez Rojas le instó a escribir. Y Manuel Rojas, lápiz en mano, permanecía horas dando forma al primer verso. Agotada la posibilidad de mejorarlo, en otra hoja lo reproducía y comenzaba el segundo. Mientras, había fumado por cuatro. El segundo y los siguientes sufrían afinaciones copiosas. Pulidos, repulidos, copiábalos en otra carilla. Al levantarse, por más que no tuviera sino una estrofa, el alto de páginas era abrumador. Empresa de varias tardes era terminar un soneto. Por suerte, el telégrafo empleaba buen papel, sin letras en el reverso, que podía cogerse de los mesones como bien público.

\* \* \*

Su primer cuento tuvo por fin vindicar a un ácrata amigo suyo, sindicado por el bando contrario de "soplón policial".

Solía ir al cerro San Cristóbal (1917) y desde el obser-

vatorio corría, seguido por Sergio Atria, que también escribía versos, y un aprendiz de literato de rostro impassible, y flaco, hasta el canal de más abajo.

El grupo de Los Diez (1918) insertó su soneto *Gusano* en la pequeña antología que prohijsara. Era honor grande, sin duda. “¿Cómo llegué a ello? Escribiendo sin descanso de día, de noche, en las tardes, a toda hora, y leyendo, leyendo durante días enteros, muchas veces sin comer, toda clase de libros”.

\* \* \*

Cuesta pensar que por tan pequeños logros abandonara sus oficios, porque entonces tampoco la literatura aseguraba el pan. Un gran escritor que trabajase seis horas diarias, durante un mes, solía ganar para comer dos días.

Al anochecer iba a un cuadro dramático en que era actor y consueta. Representaban obras de Antonio Acevedo Hernández en teatrillos de barrio. Si fallaba el público, escapaban con telones y decorados por la puerta falsa para eludir el pago.

Alguien descubrió que Manuel Rojas leía bien y de apuntador de una compañía hizo una gira hasta Chiloé. Al regresar, “luego de haber corrido las más espantosas aventuras con dueños de hoteles y casas de pensión”, comenzó el aprendizaje de la linotipia.

Los versos de un lírico italiano inspiráronle un drama, que titularía *Daniel*, sobre un poeta tísico que triunfa cuando se halla muy grave, es decir, cuando ningún triunfo sirve de nada. Lo dejó inconcluso.

Al año siguiente, basado en *La Bofetada*, de Rafael Ma-

luenda, y con igual título, compuso un sainete que estrenó Enrique Barrenechea. No tuvo resonancia. Por esos años ver una pieza teatral era tan atrayente como ver llover en invierno.

Leyó el *Eclesiastés*, también a Job; le tomó gusto a Schopenhauer y al implacable Kempis, enemigo de la alegría, y se sumió, con otros escritores imberbes, en momentáneo pesimismo, cuya huella se advierte en *Abs* y otros poemas suyos. Cuando, sin saberlo, tan negro pensamiento se esfumó, porque no puede durar en la juventud, fundó el grupo de *Los cansados de la vida*. Ninguno de los componentes hizo nada por morir.

\* \* \*

Tuvo habitación común con ese joven impasible, que hablaba por ambos y era teorizador. En la intimidad, éste leyó una prosa con el deseo apenas encubierto de recibir su aprobación. Al terminar quedó en espera del juicio. El aprendiz de linotipista le dijo sin la menor cortesía:

—Tu prosa es como estar contando “chauchas”.

Si le dice “es como contar luises de oro”, con ser lo mismo, hubiese parecido elogio. El impasible quedó en suspenso; impasible y todo sintió subirle a la garganta un par de injurias estruendosas, pero, como admiraba a los ingleses, y éstos, al menos en las novelas, ahogan lo instintivo y lo irracional, se contentó con expresar en tono grave:

—¡Me preocupa el porvenir de la raza blanca!

—¡No me digas! —respondió el incivil con despiadada sorna. Y ya no se reanudó la conversación.

Invitaron de noche, a un festín de café con leche, a dos literatos mozos. Uno de éstos, sin consultarles, trajo a un artista no poco pesado de sangre y afectado en su hablar. Manuel Rojas permaneció mudo, mirándose la punta de sus zapatos. Rara vez participaba en una charla múltiple. Con prudencia podía dialogar. No más. Al joven admirador de los ingleses no le extrañó. Gracias a su silencio podía hablarle días enteros. El artista, que no era un cargante silencioso, sino locuaz, hallábase molesto de no encontrar eco en el hombre alto y callado, que no le alentaba ni siquiera mirándole. Entonces lo interrogó:

—¿Por qué está tan melancólico, cofrade?

—¡Porque me duelen los callos!

No agregó palabra ni nadie le enderezó nueva pregunta. Interiormente disfrutaba disparando así, sobre todo si el interlocutor era pedante.

\* \* \*

Estuvo de linotipista en la revista *Numen*. Un anochecer hallándose solo, apagó el horno y se disponía a irse cuando siente que fuerzan la puerta y oye vocerío. Apenas alcanzó a refugiarse en la buhardilla. Parte de la turba de pijes que asaltara y destruyese el Club de los Estudiantes, a mediodía, derribó la puerta; entraron los empatriotecidos con barras y la imprenta se transformó en un santiamén en fierro viejo. Tras los asaltantes vino la policía, no a detenerlos, sino a ocupar el local.

El linógrafo quedó impago y cesante; pero presto, "siempre de apuntador, llegué hasta Punta Arenas, desde don-

de quebrada la compañía, volví a Valparaíso en calidad de tuberculoso, con pasaje de la Beneficencia Pública”.

Su afición a mudarse de casas y ciudades lo indujo, a fines de ese año, a servir de consueta en otro conjunto que iba a la Argentina. Detúvose en Mendoza y su amigo Lauretti, el tipógrafo libertario, lo presentó al director de la revista *Ideas y Figuras*, quien, con el título de *Poéticas*, le publicó en un número todos sus versos (1921).

Al venirse de Montevideo a Buenos Aires, en enero de 1922, la empresa le ofreció pasaje de regreso a Chile. Lo rechazó. Quería probar suerte allí. Leyó, andando el tiempo, en *La Montaña*, las bases de un concurso de cuentos. “Y si me presentara —se dijo— pero, ¿qué escribiría?” De un tirón escribió *Laguna*, episodio de su vida en la cordillera.

Seguía aún sin trabajo permanente; comía poco, andaba a pie, entreteníase con visiones gratuitas y había dejado de hablar. Guardó sus escasas palabras para momentos placenteros.

Al mes cayó de nuevo su vista en *La Montaña*. Con los únicos diez centavos de que disponía, lo compró. “Habíanme otorgado el segundo premio: ¡Cien nacionales!”

La legua que debió andar le pareció ameno paseo. Y, además, buscó el rostro de los vecinos para decirles, alborozado:

—¡Buenas noches!

Al verle penetrar a su domicilio, aquéllos, sin dejar de mirarle, exclamaron:

—¡Qué hombre tan raro! Si nunca contesta el saludo y ahora...

La revista *Caras y Caretas* inició también un concurso de cuentos. Sintióse tentado y presentó *El hombre de los ojos azules* y, tras unos meses, figuró entre los elegidos, de nuevo con segundo premio, que consistía en quinientos pesos y medalla de oro. Durante días saludó a medio mundo y, desinteresadamente, cambiaba hasta una docena de frases con quien fuera, sin cobrarles un centavo. Su espíritu henchíase de optimismo.

¿No podría triunfar en el teatro tal vez? Y sin darse tregua concluyó un sainete, que no se representó. De vuelta a Santiago, el actor Rafael Frontaura le pidió sus obras para leerlas y ver si alguna podía poner en escena. Antes de saberlo las perdió. El joven autor no supo cómo agradecerse, no en el momento de la pérdida, sino al cabo de años, al convencerse de que eran algo inferiores a las de Shakespeare. Desde entonces tuvo a Frontaura por su benefactor.

\* \* \*

Sin el estímulo de ningún concurso sabido o posible, escribió "en seguida *El cachorro* y *El espíritu inquieto* y al venirme a Chile *El bonete maulino*, cuento que con los ya citados formó mi primer volumen: *Hombres del Sur*". A continuación apareció *La tonada del transeúnte*, tomo de versos.

Sus cuentos, fuera de sobrios, son vigorosos y flúidos. Teme al comienzo asomarse a través de ellos. Todavía es raro encontrar reflexiones. Le preocupa la acción; quisiera comenzarla en la primera línea; sufre cuando se le escapa una larga página de preámbulo.

Unos son relatos que escuchara a su madre; otros los oyó al doctor Juan Gandulfo y los demás corresponden a experiencias de su cambiante vida. También ha transformado leyendas o relaciones de gente silvestre.

En su obra intervienen escasas mujeres, pero las que figuran son atrayentes. Pueden exhalar un tremendo suspiro, decir una frase pasional o ahogar en su pañuelo un sollozo, acaso para mantener la armonía entre el cuerpo y el alma. No son mujeres que impongan a sus padres o maridos gastos de botica.

Manuel Rojas es bastante universal en la elección de sus personajes masculinos. Sin embargo, los que se adueñan al momento de nuestra simpatía son sus tipos serios, tal vez por hablar poco e inspirar la confianza de que se podría contar con ellos. En esto, el autor hace prevalecer un rasgo de su naturaleza.

Entre los demás hombres que habitan sus cuentos hay farsantes y matones. Apenas advierte que alguno ha incurrido en tropelías, uno de sus hombres serios le asesta un bofetón estupefaciente y si, a pesar del castigo, continúa estorbando la buena convivencia, otra persona, más formal todavía, le da varias puñaladas.

\* \* \*

A veces se abre cierto libro y cuesta creer en lo que se lee. El lector conoce a quien lo escribió y se dice: "Es persona cumplida, nunca mintió. Lo que afirma debe de ser así". Prosigue la lectura con dificultad y de instante en instante hay que reacreditar al autor, porque su tono y contenido

saben a mentira. ¿A qué se debe tal desencuentro entre la verdad real y la ficticia?

Tal vez a que la realidad literaria llega a serlo mediante símbolos que, si bien interpretan la verdadera, se alejan de ésta, y difieren, como el fruto y su esencia.

Existen escritores que poseen el secreto de la realidad literaria. Es el caso de Manuel Rojas. Por donde se abra un libro suyo, cabe decir: "¡Pero si es la pura verdad!" Generalmente no es necesario decirlo. Lo sentimos así. Quién tiene el don, la impone, y ¡maravíllense! puede ser ficción del literato, una verdad acomodada o inventada.

\* \* \*

Desde que publicara el primer libro, los críticos le cubrieron de elogios. Uno mezcló a la aprobación, ¡qué imprudente! el reparo de que carecía de estilo.

Quedó preocupado. "¿Qué es el estilo?" se preguntó, y aumentaron sus dudas. Interrogó a sus amigos, consultó a los doctos. Nadie pudo responderle concretamente, dada la riqueza de significados de este vocablo. ¿Qué es el estilo? Es para unos expresarse con abundancia y variedad de palabras; otros lo hallan en la prosa recamada de metáforas, sin que falten los que le vean en el escrito subjetivo; hay asimismo, quienes lo encuentran sólo en la obra en que prima la musicalidad. Se habla de estilo elegante, de estilo severo, del tropical.

Estilo es para unos escribir con palabras familiares que, a la vez, tengan contenido y no sean, algunas, meros adi-

tamentos eufónicos. Se lo siente cuando el autor narra, opina y afirma de manera genuina, tal como sucede en una reunión con el lenguaje hablado, en que ninguno, por opacas que sean su persona y su voz, es confundido, porque el gesto, el acento, la figura y hasta su fama lo singularizan; pero este conjunto de palabras, ademanes y actitud, al describirse, si el autor no encuentra los símbolos verbales apropiados, deja fuera el espíritu que los animara.

Manuel Rojas hizo mil consultas con su voz entre tierna y dolida; leyó todas las definiciones; pasaron años y llegó a la conclusión desesperada de que sólo poseen estilo las obras buenas. Es verdad. No obstante, habría que volver al concepto de que el estilo es el hombre. Casi todos los seres difieren, pero se les podría agrupar por afinidad de temperamento.

Existen los apasionados y aunque cada cual conserve un matiz propio, hasta para dormir, coinciden en su inclinación a lo dramático, en la seriedad, sin perjuicio de que celebren las bromas y ríen. Y al revés, a un individuo alegre, con inventiva cómica, si se le halla en el momento en que ha muerto su madre, nadie le arrancará una sonrisa, pero pronto volverá a su genio, a su ritmo.

El hombre apasionado, que es escritor, si logra impregnar lo que escribe con su temperamento, tendrá estilo. Mas, al emplear rellenos bebidos en enciclopedias, por la sola circunstancia de que estos elementos son postizos, porque no sufrieron una asimilación emocional dentro de él, resultarán impersonales. Puede acontecer igualmente que sensaciones y recuerdos suyos lleguen muertos a su prosa, qui-

zas por no haber madurado o porque el tono vital del escritor, sin que él pudiera preverlo, tuvo un descenso en el momento de escribir.

\* \* \*

Algo menos sojuzgado por el estilo, siguió de linotipista en la imprenta *Cervantes*, *El Diario Ilustrado* y otros talleres, llegando finalmente (1926) a uno comunicado, por el fondo, con el vetusto edificio de la Federación Obrera.

En ésta se proclamó candidato a presidente a Elías Lafertte. Los grandes partidos, desorganizados por la persecución y la dictadura que impuso el general Ibáñez, y medrosos, no dieron la cara. El dictador quería ser candidato único y lo consiguió. ¿Cómo? Mientras proclamaban a Lafertte, infinitos sabuesos irrumpieron y, apaleando a unos, empujando a otros y repartiendo bofetadas, lleváronselos en masa, inclusive los operarios de cuanto taller tenía patio común con la Federación. Entre aquéllos hallábase Manuel Rojas.

Su amigo el impasible, al saberlo, corrió a casa del jefe de los pesquisas a quien conocía. Lo encontró comiendo, pero se levantó en el acto y, después de oírlo, díjole que Manuel Rojas figuraba entre los veinte individuos que, por carecer de documentos, serían deportados. Agregó que más tarde, en el cuartel, resolvería.

El impasible se alejó atormentado. Veía a su camarada andando hacia el extranjero con lo puesto; encerrado, sin término, en inmunda celda o relegado a lugar desierto. En fin, lamentaba no ser dueño de una ametralladora para modificar la suerte de su compañero.

Por ventura, el gran pesquisa aceptó como bueno su testimonio y, a la diez de la noche, Manuel Rojas caminaba rumbo a su hogar, odiando más todavía los pasaportes, los carnets, los certificados de supervivencia y cuanto cercena la libertad.

“En 1927 me despedí de mi antigua profesión de apuntador de teatro al realizar una gira durante la cual recorrí el norte de Chile, que no conocía”.

Dejó a esos cómicos en Antofagasta y se vino con otros, madrileños, que representaban dramas policiales.

Entró a *La Nación*, de linógrafo, “trabajo que alternaba con el de redactor libre de *Los Tiempos* en que escribía articulitos que aparecían en la tercera página. Usaba el pseudónimo de Pedro Norte y a veces componía en mi máquina mis propias producciones”.

A comienzos de 1928 fue operado de la vesícula. En la convalecencia no había carácter más dulce que el suyo. Por septiembre contrajo matrimonio y, a su debido tiempo, fue convirtiéndose en padre de María Eugenia, Patricio y Paz Rojas Baeza.

Más adelante entró a la Biblioteca Nacional. Casi a la vez nombráronle redactor de planta de *Los Tiempos*.

Uno de sus primeros veraneos de casado lo hizo en La Obra donde, por gusto, se entregaba a largos paseos solitarios por la cordillera.

\* \* \*

El verse precisado a trabajar anticipadamente, digamos a los doce años, impide al muchacho elegir oficio. ¿Qué

hace entonces? Cambia de empleo, sea para mejorar de sueldo, sea porque lo echan o por matarle el fastidio.

Tal rotativa rara vez le conduce a la riqueza, a menudo le lleva al hospital, con frecuencia a la cárcel y, de no perecer temprano, se convierte en inadaptado. Ser únicamente inadaptado, es terrible.

Sin embargo, la pequeña profesión que no exige aprendizaje, aunque ofrezca ganancia inmediata, tampoco saca de apuro. ¿Cuál será el porvenir del adolescente a quien su padre cuelga del brazo una canasta con empanadas? No vacilemos en profetizarlo: ese mozo, mientras lo sea, al tornarse adulto y al entrar a la vejez, oscilará entre la pobreza y la miseria mortal.

Alguien debería costear al joven el oficio básico que le guste: el de carpintero, sastre, mecánico o tipógrafo. Un quehacer asentado en la vocación produce el convencimiento de que se es útil, eleva la personal dignidad como cualquier forma del saber. Además, es propio del buen artesano ser manso y sobre la mansedumbre de la mayoría prospera la paz social, bien que, después del de la vida, es el más deseable.

Es cierto que el progreso debe pero mucho al inadaptado, siempre que éste tenga algún don creador, supongamos el de escribir.

Al escritor, los afanes en que participó por necesidad, inclusive aquellos que le hicieron llorar, se le transforman en sustancia, son minas pródigas de donde él extrae tesoros. Cada faena cumplida se le torna en ventana abierta al mundo.

Sospecho, no sin timidez, que Manuel Rojas fue uno de

estos inadaptados. Por obligación trabajó desde niño: fue aprendiz de sastre, talabartero y electricista; transitoriamente estuvo de mozo y mensajero; actuó de consueta, pintó carruajes y paredes; trabajó de peón en la cordillera; cuidó un falucho; fue estibador; manejó una sumadora eléctrica; ha sido bibliotecario.

Siempre me pareció hombre práctico. ¿Lo era realmente? Al romanticismo le tenía horror. No obstante, aunque era consueta experimentado, y por serlo pudo viajar por dentro y fuera del país, desertó. ¡Y cuántos no abrazarían este oficio si pudieran!

De pintor pudo vivir. Había excedido los grados de aprendiz y de oficial. Era maestro y como miles habría podido ganarse la vida pintando, pero dejó de pintar. ¿Por qué? Acaso ni él lo sepa.

Linógrafo fue varios años. Cuando aprendió, el linotipista era el obrero gráfico mejor pagado. Empero, llegó el momento en que también abandonó esta profesión.

¿Cuántos son los hombres que tienen un mediano dominio de dos o tres oficios? Poquísimos, se me ocurre.

No cabría decir que los dejara por arrivismo. Se convirtió en anarquista siendo muy joven y éstos ansían abolir las clases, y aman los oficios, sobre todo los manuales, porque pretenden organizar una sociedad en que sólo haya trabajadores. Algo vago, indeciso, lo conducía a cambiar de tarea cada cierto tiempo.

\* \* \*

Entretanto, doña Dorotea había muerto (1929).

“Seguí escribiendo y desde 1929 a 1936 publiqué *El de-*

lincuente, *Lanchas en la bahía*, *Travesía* y *La Ciudad de los Césares*. Publiqué más tarde *De la poesía a la revolución* y un ensayo biográfico sobre José Joaquín Vallejo (Jotabeche). Desde 1942 hasta 1951 no publiqué nada nuevo. Sólo en este último año, después de seis o siete de trabajo, apareció *Hijo de Ladrón*".

Recibió el premio Marcial Martínez y el de *Atenea* (1929) por *El delincuente*. Es en el cuento de este nombre donde empieza a sentirse el tono denso de Manuel Rojas, en que alternan la indignación y la misericordia.

Alrededor de 1931 un artículo suyo disgustó al gobierno. No tardaron sino horas en echarlo del vespertino.

El mismo día en que cayó el dictador Ibáñez —sonaban bocinas y gritos y cantos de alegría— cerrábase el concurso literario de *La Nación*, diario mártir por su oficialismo, al que presentó *Lanchas en la bahía*. Cuando el cotidiano, pasada la euforia republicana, reapareció, también como órgano oficial, supo que le habían premiado, lo que no importó para que sus libros se fueran vendiendo con cuentagotas.

*Lanchas en la bahía*, novela inicial, es obra de madurez. Ya el autor no se limita a contar lo que ve y oye. Ahora personajes y aseveraciones asoman en su expresable complejidad.

Esta novela es un monólogo sostenido en que se combinan protestas, sonrisas fugitivas y una pizca de sátira, pero en *Hijo de Ladrón* es donde sus cualidades alcanzan mayor realce. Es también, como *Lanchas en la bahía*, un monólogo en que el autor habla a través de sus criaturas. Se percibe su aliento lo mismo que en la conversación de dos. El

tono es confidencial; las observaciones originales abundan y el pensamiento supera en extensión al relato. Los tres elementos: narración, observaciones y pensamiento se mezclan en juego sin fin. En esencia, *Hijo de Ladrón* es libro humorístico, con momentos profundos de dramatismo e inmersiones en la poesía.

Por fuera, su estilo es un encadenamiento de frases cortas. Con alguna constancia un vocablo llave: adjetivo, verbo u oración, se repite, se vuelve a repetir varias veces, sea por razón de énfasis, sea por dar fuerza a la idea o sentimiento central. También se vale a menudo de enumeraciones en las que velada o abiertamente destella el humor. Más a distancia, para acrecentar la intimidad del tono, dialoga con un personaje imaginario. No es raro tampoco que en vez de describir un momento, una escena, dé su imagen mediante frases, seis o más, que dicen distintas personas anónimas.

\* \* \*

Al crearse las Prensas de la Universidad de Chile le designan director. Luego entregan a su cuidado la publicación de los *Anales*. En 1932 colabora con tres o cuatro artículos por semana en *Las Últimas Noticias*.

Pierde a su esposa María Baeza en 1936.

Tanto en este como en el siguiente año presidió la Sociedad de Escritores. Su doble cargo en la Universidad y un empleo en el Hipódromo Chile, a partir de 1938, que le ocupaba las mañanas de domingos y otros días festivos en manejar una sumadora eléctrica, dejábanle la mente en

blanco. ¿Sobre qué escribir? Se ayudó yendo a la cordillera, en donde enriquecía su saber acerca de pájaros y animales, peculiaridades del paisaje andino y mil cosas más. Empezó a leer obras de divulgación científica —biología— y sus hallazgos los entregaba al lector. Asimiló bastante francés como para leerlo. Tradujo *El defensor tiene la palabra*, de Pedro Bellu. Instruido por el Hermano Flaminio, devino en empecinado cazador de mariposas, extendiendo su afán de naturalista a la búsqueda de la alstroemeria, flor tenida por la más hermosa de esta tierra. Dejó el periodismo para escribir *Hijo de Ladrón*.

Casó en 1941 con Valerie López Edwards.

Con la madurez se acentuó su rostro de estatua de madera y su color de cobre nativo. Sus firmes cabellos comenzaron a encanecer. Su lento paso y su mirada puesta en el camino dan la idea de que va de paseo. ¿Quién le ha visto apresurado? Pero no hay que engañarse. Cada paso suyo es igual a la puntada de la tejedora.

Andando a lentos pasos ha terminado su casa. Sin premura y metido en un autobús, concluyó una casita veraniega en la costa. Sentado en el tren, absorto o leyendo novelas apasionantes, o libros de viaje, por los que ha tenido inclinación desde muchacho, completó un año de estudios en el puerto y se recibió de patrón de yate.

Fuera de sus quehaceres, nunca pocos, y de atender a su familia, necesita ocuparse de los demás, no para ser diputado o recibir decoraciones, sino por atavismo anarquista. Tan benéfica inquietud le nace en ciertos períodos, en que los conductos del pensamiento y la emoción se le amalgaman. Entonces deja su relativa soledad y golpea la secreta

puerta, más allá de la cual alumbra la lámpara de la tolerancia. Se le obliga a labrar la piedra bruta; luego es hermano hospitalario; orador; sublime maestro. Logra conocer la acacia, privilegio de mentes sutiles, pero le sobreviene el fastidio de la excesiva compañía y pide su carta de retiro.

El individualista proyecta su acción hermosamente. La parte ajena, la realidad, la rebaja. Tolerarlo sería claudicar. ¿Qué puede hacer el solitario? Retornar a su celda .

\* \* \*

Se consuela empezando a construir un telescopio; viaja; regresa y se va a orillas del mar para concluir una novela. Lleva doscientas páginas. Al mes y medio de escribir y corregir llega a Santiago con ciento cuarenta.

Revive su deseo de asociarse para llevar adelante una obra desinteresada. Entra al Partido Socialista en 1951. Recíbenle contentos y le confían la divulgación cultural. El día en que debía comenzarla, el partido acuerda apoyar a Ibáñez en un raptó de oportunismo al por mayor. El escritor envía rápida, breve y seca renuncia.

Se refugia en su labor; da conferencias; colabora en revistas; radioteatralizan, es cierto que horrendamente, sus cuentos; lo reportean; doncellas a punto de ser maestras escriben prolijas memorias sobre su vida y su obra. Le traducen a varias lenguas. Invítanle a los actos más dispares. Tiene infinidad de lectores. Es un escritor admirado, una personalidad literaria.

No se sabe cuántos donceles, señoras, caballeros y mu-

chachas querrían conocerlo, estrechar su mano, escucharle. Los más valerosos se aproximan a su oficina. ¿Por qué no entran al instante y pasan y vuelven a pasar ante su puerta? Tal vez les cohiba su expresión de fuerza y adustez, la fama de su silencio y alguna leyenda que le pinta áspero y hasta peligroso, capaz de abalanzarse contra una persona que no le caiga bien. Y no sin melancolía, después de mirarle y remirarle, los más sensitivos, se alejan.

Los temerarios sí que van hasta su mesa, resueltos a sufrir lo que sea. Y entonces les sorprende que el gran escritor, de pinta tan tremenda, les hable en tono bajo, dulcemente, como si fuera tataranieto del propio Francisco de Asis.

\* \* \*

El inadaptado que cambiara de empleos y de oficios, entre la adolescencia y la edad adulta, hasta quedar solamente de escritor, conserva intacta su desconfianza por cuanto sucede más allá de su cuerpo. Su actitud inconformista, que encontró alas en el anarquismo, surge ya depurada de lo extremo que cualquier enfoque filosófico lleva en sí. Es personal. No se orienta de inmediato hacia el principio. Este nace de contratiempos que el ambiente opone a su persona. De un acto que siempre tiene que ver con él, aflora su posición ante el régimen social, los problemas o las costumbres.

\* \* \*

¿Hay algo que parezca bien a Manuel Rojas? Tal vez, pero le causa miedo alabarle o cree que lo acertado, lo justo y lo bueno, es obligatorio.

Una actitud tan opositora, que hace doblar las campanas día y noche, en libros corrientes no invita a larga lectura. Nadie quiere añadir dolores a los que padece como lote de nacimiento.

Esa minúscula porción de justicia que acepta en silencio, le aumenta el brío para afirmar que lo demás, casi todo, es malo, burocrático, torcido, brutal, despiadado, erróneo, apenas tolerable.

No obstante, sus cuentos y novelas se adueñan de quien los lee.

¿Cuál es su virtud que impulsa a leerlos como si fueran cantos de optimismo? Acaso la de que sus maldiciones, quejas y reniegos, los modula con ese acento tan íntimo de la conversación y, además, al soplo poético que impregna el relato, las ocurrencias inesperadas, ya irónicas, ya humorísticas, que lo llenan de color. Y también, quizás principalmente, a esa onda cálida que eslabona sus palabras.

## VICENTE PEREZ ROSALES

*A Santiago Labarca L.*

UNA TARDE LLEGÓ A LA CASA “un militar rechoncho, bajo de cuerpo, ancho de espaldas, pescuezo corto, cara expresiva y anchos bigotes castaños”.

Farfulló:

“—¡Busco a doña Mercedes Rosales, y lástima que sea tan guapa moza esa insurgente!... ¡Vamos, no perdamos tiempo!

“Intimada la orden de rendición a la madre querida, junto con el ademán de asirla de un brazo, Carlos y yo, dando alaridos, nos lanzamos sobre San Bruno, quien, de un solo revés al proseguir su marcha, tendió a los dos pobres niños sobre las piedras del patio”.

Así se desenvuelve la niñez de Vicente Pérez Rosales, que nació en Santiago el 5 de abril de 1807.

Con el triunfo de Osorio, don Juan Enrique Rosales, su abuelo materno, y su tía Rosario fueron confinados a las islas de Juan Fernández. Su padre político, don Felipe San-

tiago del Solar, hombre muy rico, fue asediado con préstamos, contribuciones y donativos forzosos.

Llega, por fin, la batalla de Chacabuco y los chilenos sienten esa embriaguez que sólo produce la libertad. La casa de los Rosales cobra vida, se barnizan los muebles, se pinta todo, se colocan guirnaldas, se dispone de un inmenso comedor para reunir a los héroes. Concurren San Martín, O'Higgins y el estado mayor formado por chilenos, argentinos, uruguayos y franceses. A cada brindis las copas son arrojadas al suelo y hechas añicos. El entusiasmo crece y tras las copas van los vasos, las botellas y cuanto es frágil. El desastre de Cancha Rayada empavorece los ánimos. Todos huyen, los Rosales atraviesan los Andes y se asilan en Mendoza, "y como en aquel pueblo hubiese un escolón que, por ser único, tenía sus sombras y dejos de colegio a él fuimos a parar". Durante su estancia en esa ciudad asiste al fusilamiento de Luis y Juan José Carrera.

## II

Cuando se afianza la independencia, la familia retorna al viejo hogar. Vicente pudo ser educado "en el mejor colegio particular de Santiago", educación acrecentada "con las lecciones particulares o privadas que (su padrastro) pidió me dieran los mejores maestros de entonces... Del colegio salí balbuciendo el francés como para hablarlo y leerlo con mediana desenvoltura. Su perfección la alcancé de mi madre como la del inglés debida a un maestro privado. El primer libro que leí en este idioma fue uno de Johnston..."

Lo ayudó el ambiente familiar. El abuelo paterno dejó una historia de Chile. Su padre, don José Joaquín Pérez que "murió joven y de tisis", agregaba al conocimiento del francés y el inglés, una cultura general. El abuelo materno fue voraz lector. Su padrastro figuraba entre los hombres más ilustrados de su época. Y su madre tenía una instrucción que entonces ni siquiera era común entre las mujeres de Europa, según testimonios de viajeros ilustres.

Vicente Pérez Rosales, en 1821, era "un muchacho alto, flaco y de aspecto enfermizo".

Una tarde, mientras su madre estaba sentada junto a Lord Spencer, comandante de la fragata británica *Owen-Glendower*, él desgolletaba botellas de rapé que su abuelo había suspendido en la pared del jardín para someterlas a la acción del sol.

Su madre, impaciente, le gritó:

—¡Mira, Vicente, que ya me tienes cansada!

El comandante lo observaba sonriendo. Más tarde pidió a doña Mercedes le confiara el niño para llevarlo en su fragata.

En la noche, en consejo de familia, se habló de la proposición. Ella se opuso guiada acaso por ese instinto, más certero y rápido que la inteligencia, que suelen tener las mujeres. Don Felipe consideró que la ausencia del hogar disciplinaría su carácter un tanto díscolo. Y aceptó.

Lord Spencer era primo de esos atormentadores de niños que figuran en las novelas de Dickens. Lo llevó consigo, pero a los pocos días de navegación echólo a vivir con los marineros de proa y prohibió a sus oficiales que le hablasen. Después de mes y veinte días la fragata arribó a Río de

Janeiro y el muchacho fue desembarcado y abandonado en Playa Grande.

“Lo que son los muchachos. Harto de plátanos, de guayabas y de caña dulce que una vieja negra me enseñó a mascar, dormí aquella noche en el suelo entre mis nuevos compañeros (esclavos) como hubiera podido dormir en la más mullida cama”.

Un marino compasivo dio aviso al Cónsul inglés antes de regresar a la fragata. Al siguiente día el Cónsul, un caballero español y otro chileno, vinieron por él y disputaban sobre cuál de los tres tenía mayor derecho a correr con su atención.

Aunque no se altera su sentido alegre de la vida, desde la mala acción de Lord Spencer no deja de mirar con prevención cuanto huele a inglés. Recuerda que buques británicos hundieron una nave norteamericana en aguas chilenas, que los mayordomos de barcos mercantes reciben propinas, que en Londres cobran una libra por saludo.

Mientras permanece en Río su curiosidad lo lleva a todos los sitios. Dibuja. Habla con horror de la esclavitud, de la crueldad de los mayores, de la venta de negros y del envilecimiento a que eran sometidos. Cada vez que en su larga vida debe referirse a la “esclavatura”, vocablo que prefiere emplear tal vez por su parecido al equivalente portugués, pónese violento.

Dos años después, en 1823, por mediación de María Graham, que le ha cobrado gran afecto, es traído a Chile a bordo de la fragata *Doris*, también de la marina británica. Es posible que la escritora inglesa le diera clases de dibujo en Río o en el barco. Fuera de ésta, del oficial Mac

Donald y de Darwin, a quien respeta por su sabiduría, no hay otro británico que le arranque elogios.

### III

Al llegar, "comenzaba mi mente a gozar de bastante independencia para permitirme motejar preocupaciones o reírme de ellas". Este programa lo cumple a conciencia desde entonces.

Confiesa su simpatía "por la vagancia y las cosas ignotas", simpatía que no le dejará sentar pie en ningún lugar sino por breves períodos. La venida de naves francesas e inglesas a las costas chilenas despierta en los criollos el anhelo de conocer Europa.

Ofrece Francia pasaje gratis en sus naves de guerra a los jóvenes de familias pudientes que deseen hacer estudios en París. El 16 de enero de 1825 el transporte *Moselle* salía para el Havre repleto de estudiantes. Con ellos iba Pérez Rosales. Desde entonces hízose costumbre titularse en Francia, al menos entre las familias ricas. Los más seguían leyes. Hasta personas que tenían trazado su porvenir de latifundistas, en vez de agronomía, estudiaban derecho. Era la especialidad del caballero y quizás tradición heredada de España donde también se lo estudia, sobre todo para no ejercerlo.

El francés se convirtió en idioma auxiliar y hasta 1914 era rara la persona educada que no pudiera seguir una conversación en esa lengua. La última guerra la ha desplazado en beneficio del inglés, idioma que la gente aprende con pasión, no para hablar de literatura o de asuntos espirituales,

sino para ganar más y comprar refrigeradores, aspiradores de polvo, enceradoras y otros embelecos que, si útiles, son una pobre cosa como ideal humano.

Vicente Pérez Rosales había sido "educado con una severidad que no era ciertamente la corriente, pero ella sola era capaz de dar buenos frutos. Siempre creyeron mis mayores que de mí podía obtenerse un matemático, un ingeniero, un agrimensor". Sin embargo, él no tenía en vista hacerse profesional. Cuando se embarcó, sus conocimientos lo singularizaban entre los jóvenes aristócratas.

En París ingresa al colegio del presbítero Prado y el matemático Vallejo "a quien debo, junto con mi afición a las ciencias exactas, las pocas nociones que tengo de ellas".

"Habíame cobrado singular cariño..." y lo invitaba a excursiones por las afueras de la ciudad para adiestrarlo en el levantamiento de planos, pero, por desgracia, Vallejo trabajaba hasta el alba las más de las veces y fue perdiendo su salud y equilibrio. Dio en la manía de creer que había descubierto un para-temblor y, finalmente, enloqueció.

Cuando Silvela fundara el Liceo Hispanoamericano, Vicente Pérez Rosales entró en éste y trabó amistad con don Leandro Fernández de Moratín, que enseñaba literatura. Además de asistir a sus clases, visitábale. En "tres ocasiones le llevé mis primeros ensayos literarios". Apenas Moratín los leía, colocábalos en sobre, que cerraba, y al entregárselo le decía severamente, levantando el índice:

"—Te prohíbo que corrijas el borrador de este escrito. Dentro de seis meses volverás a leerlo y tu mismo parecer entonces será lo que es ahora el mío".

"Hice odas, epitalamios, quintillas, y hasta fáciles y so-

noras octavas... Pasada la temporada de los versos, hice prosa en estilo cervantesco, y díme a imitar los escritores del siglo de oro. Nada publiqué en Europa en aquel tiempo y en Chile, después de mi llegada, tampoco”.

En sus conversaciones con Moratín, éste le confesó que suya era *La derrota de los pedantes*.

El 21 de junio de 1828 Moratín fallecía en sus brazos.

#### IV

Vicente Pérez Rosales alternó sus estudios con el teatro. Los conoció todos y le cupo la suerte de asistir a la primera representación de *Hernani*. De los artistas, es la Malibrán a quien más aplaude. No faltan chilenos convencidos de que ésta fue su gran amor, acaso porque le dedicó versos. Durante su estada en Hamburgo, también hubo chismosos que le atribuyeron amores con una empleada de cervecería, pero él no estampó en sus memorias ni una sola frase alusiva. Quizás pensara que tales emociones constituyen un tesoro personal, cuya belleza esplende en lo recóndito del espíritu y se desvanece al ser comunicada o, sencillamente, porque es varonil callar.

Leyó entonces a los clásicos españoles y también obras científicas; visitaba viñedos, industrias y colegios dejando mención en su libro de apuntes.

Presenció la revolución contra Carlos X y le admiró que los desarrapados parisienses, al entrar al palacio vacío del rey depuesto, no robaran ni destruyesen, salvo los bustos del monarca cazador.

En los últimos meses de 1830 quiso volver a Chile pues había concluido sus estudios. No consiguió pasaje en el *Petite Louise* ni en el *Newcastle*. Viajó en el *Carlos Adolfo*. Tarde supo que los dos primeros naufragaron al pasar Las Canarias.

La navegación no es agradable. Vicente Pérez Rosales lo disimula reparando en el sargazo que "es un tesoro para el naturalista por la multitud de curiosísimos peces, jaibitas y moluscos que viven en él". A la altura de Montevideo, el pampero los hace correr "a palo seco un deshecho temporal durante nueve días".

¿Fue en este viaje cuando visitó la capital uruguaya y anduvo por el Chaco?

Mientras navegan por el Cabo el tiempo es vario; pero al dejar la isla de Diego Ramírez, "un esfuerzo repentino del viento tronchó la verga de nuestro palo mayor y la arrojó con tanta violencia sobre la cubierta del buque, que turbado el timonel, casi nos pierde para siempre". Dos días más tarde pudieron recalar en las islas Malvinas, en donde dirige un hondazo contra los ingleses por haberlas ocupado en 1833 sin derecho ninguno.

## V

En Santiago lo reciben como héroe: enseñó los nuevos pasos de cuadrilla, cuenta anécdotas y escribe versos en los álbumes de las doncellas.

Su familia había empobrecido. El arrendó el fundo Boldomávida. "Rivalicé con los más poderosos jinetes en el manejo del caballo y el lazo; madrugué antes que el lu-

cero; me lloví, me asoleé; dormí en el suelo; y al cabo de dos años salí con sólo lo encapillado”, pero comprueba que el frejol rinde ciento por uno, que el “almendro sembrado en pepitas, da frutos al tercer año”; descubre canteras de basalto, conoce las enfermedades de los animales y adquiere una certera idea del vivir campesino.

“Maltrecho, pero no desanimado” establece en Cunaco “una fábrica de aguardiente a la europea. Tuve que ser fumista; alambiquero, broncero y tonelero juntamente”. En la etiqueta de las botellas puso: *Old Champagne Cognac* y en el exterior de su oficina: *Importación directa*. Fue tan buena la venta que sintió escrúpulos de estar “dando al extranjero una fama que sólo a Chile correspondía”, y reemplazó los nombres por *Coñac a secas* y *Fábrica Nacional*. Los bebedores empezaron a encontrar malísimo el licor y vino la ruina.

## VI

Abre una tienda y de pasada ejerce de médico yerbatero, apoyado en su conocimiento de la botánica. Además, por sobrarle tiempo, reanuda sus lecturas y ¡zas! que escribe contra el cura por falsificar la firma del prelado para excederse en la tarifa parroquial. En vez de aplausos supo que “su artículo había sido acusado” y, en seguida, su condena, que le imponía una multa “superior a sus escasas fuerzas”.

“En vano me trasladé a Santiago, llevando por tardía justificación de cuanto había escrito en contra del cura un cascarón de la pared de la iglesia del curato en el cual estaba pegada la malhadada tarifa. El modesto y pundo-

noroso prelado, mi buen tío don Manuel Vicuña, cuya memoria venero a pesar de esto, oída mi doliente exposición, se contentó con apartar de su vista, con horror, el raro documento que yo le presentaba, y con despedirme diciéndome:

—¡Hijo mío, no me pesan a mí tanto mis pecados, cuanto me pesa el que te hayan enviado a educar a Francia!

No hubo más que replicar; pagué, callé y me fui con la música a otra parte”.

Desde entonces clérigos e ingleses le parecen primos. Con prudencia, porque la costumbre exigía hincarse al paso del santísimo, vestir de negro en semana santa y reverenciar a la gente de iglesia, les enfila certeras saetas.

## VII

Tampoco la tienda debió ir bien porque pronto se le ve en la mina del Sauce, situada en un cerro de la costa de Colchagua. Era de oro y produjo sin mucho trabajo. De inmediato se esparció la nueva a Curicó y Santiago, y empezaron a llegarle regalos y misivas. Cada firmante recordábale que era su viejo amigo y le pedía lo tuviera entre los más adictos. La veta se agotó con rapidez y al último no dio ni para cubrir los salarios.

Pensó que la ganadería sí que era industria noble. “De acuerdo con algunos engorderos me lancé a las provincias argentinas, y en ellas, ya buscando ganados, ya sirviendo de intermediario entre los negocios de una y otra banda, vagué once años consecutivos”.

Esta faena, más grata a su espíritu aventurero, fue re-

munerativa y hasta le permitió volver a Francia. El ganado, desde que contó con la amistad del huaso Rodríguez, lo obtenía rodeando animales alzados, "que a fuerza de gritos y carreras llevábamos a lugares sin salida, ya recobrando por la fuerza, de manos de indios chilenos, aquellos que conducían robados de la provincia de Buenos Aires, o ya asaltando los adueros de indígenas pamperos que obedecían a Baigorria".

Su fascinación por la minería no le abandonaba, empero. En 1836 visita "el archivo del antiguo Cabildo de Mendoza" para verificar la importancia "del ponderado mineral de Uspallata". Probablemente este es su primer viaje de arriero.

Viene a Curicó en abril de 1837 con una recua. El país hallábase en guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, y luchaba en el interior contra los pipiolos y los restos del militarismo que salvaron del manotazo de Portales. Había consejos de guerra a granel y los fusilamientos menudeaban. Hacíanse preparativos para acabar con tres vecinos que conocía. Fue tan dolorosa su impresión que resolvió partir. El 20 de abril galopaba hacia el boquete de las Yaretas, "para que la nevazón tempranera que, cerrada y oscura, se extendía amenazadora sobre aquellas áridas alturas, no me cerrase el paso". Aunque el espectáculo que dejara era penoso, el ambiente puro de la cordillera lo reanimó y pudo fantasear acerca de las ganancias que le reportaría el viaje, cuando divisa cinco soldados del resguardo argentino, armados de lanza.

Acompañábale un mozo. Los policías —que solían trabajar por cuenta propia y eran expeditos en liberar de la

vida a quien fuese— le pidieron su pasaporte. Responde que “venía sobre la ropa del baúl en la carga que dejaba atrás. Le impusieron arresto bajo la custodia de dos de ellos”. Les entregó las llaves con el ruego de no atrasarle el macho mientras seguía a San Carlos, en donde esperaba pernoctar. “La ocasión de hacerse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño no era para desperdiciar, a lo menos así lo alcanzó a traslucir por ciertas guiñadas de inteligencia que se hicieron”. No obtuvo su libertad y, como todos sus bienes los traía en la montura, grande fue su apuro. Los tres soldados se alejaron con sus llaves para continuar la ronda. Se creyó perdido. “En este aprieto no me quedó más recurso que buscar en los ojos de mi fiel Manuel un amparo que ni por asomos vislumbraba. Manuel me comprendió. Sacó una botella de excelente anisado” y la conversación de monosilábica tornóse en torrencial.

Manuel Campos había sido salteador en los Cerrillos de Teno, luego contrabandista y ahora notable “baqueano”. Pérez Rosales le había salvado la vida y aquél le conservaba inmensa gratitud.

“Una expresiva mirada de Manuel me hizo echar la mano a la pistola de bolsillo que siempre me acompañaba, y mientras él, lanzado como un rayo sobre su inmediato y desprevenido interlocutor, le oprimía derribado y le arrancaba el puñal, yo con ademán resuelto ofrecí a su sorprendido compañero una onza de oro o una bala por sus dos caballos ensillados”. Aceptó la onza.

Montaron, después de acollarar los demás, y corrieron durante cuatro horas. Sabían que se les iba a perseguir. “Estaban en un país donde el arte del rastreo, sólo com-

parable con el instinto del perro perdiguero, había llegado a lo sublime; pues es fama que si hasta es viejo o mozo el perseguido, descubre por el rastro el buen rastreador”, pero Manuel conocía todas las contras.

Cuando los corceles dieron señales de total agotamiento, por casualidad estaban al borde de un arroyo que junta sus aguas al Tunuyán. Saltaron a sus propias cabalgaduras, ocultaron los frenos de aquéllos y los arriaron corriente abajo por espacio de tres cuadras, dejándolos en unas vegas. Salieron a un pedrero que se hallaba muy arriba. Así no quedaría rastro. No obstante galoparon hasta muy entrada la noche. Sólo a los tres días encendieron fuego. Al cuarto arribaron a Chilecito en La Rioja, y se hospedaron en casa del paisano Díaz. Escribió a Mendoza cobrando dineros, mas no recibió contestación. Entonces, como no estaba en su naturaleza la inercia, púsose a estudiar qué podía hacer “un chileno activo negociando con Catamarca y La Rioja”. Tomó notas de cuanto veía. “He recogido muestras curiosísimas de ganchos de algarrobo petrificados hasta sus más menudos extremos, algunas cucarachas en actitud de marchar, y una gruesa oruga roedora en la oquedad de un palo igualmente convertido en silex. Tan sólo con las cácteas podría formarse una envidiable colección. Hay cácteas que por su pequeñez pudiéramos llamar microscópicas, y abundan otras que parecen, por lo débiles y delgadas, cordeles articulados”.

A los tres meses sus recursos habían mermado peligrosamente. Debió ganarse el sustento de médico, agricultor y minero, pero temeroso de quedar con una mano sobre la otra... “me resolví a hacer la hombrada de intentar el

paso de Los Andes por Pulido”, contra la oposición de Campos. Al atravesar la sierra de Famatina, que supuso la línea divisoria, miró triunfante a su criado:

“—Bueno, pues, patrón, usted sabrá lo que hace, que en cuanto a mí, ya sabe que muero donde usted muera, porque todavía estamos principiando el viaje”.

Atravesaron dos sierras más y al entrar al quinto día escaseaban los víveres, los rodeaba la nieve, atormentábalos el viento y los caballos empezaron a flaquear. Debió volverse. Siguió el curso del Bermejo y se hospedó en Calingasta, en casa de otro chileno, de apellido Gómez. Allí dióse a pensar en los errores del mapa de Napp sobre la línea divisoria. Es su característica que no se le escape nada. Todo lo ve de nuevo. Al ensillar su caballo, por la resistencia que presenta el freno al ser suspendido del suelo, infiere que bajo tierra hay piedras ferruginosas. El color de la montaña le indica qué metal prima en ella.

Al día siguiente cambió sus “siete estropeados caballos por dos robustos alazanes y una excelente mula”. Obsequia a la dueña de casa una cuchara de plata. Pasan dos semanas y el matrimonio lo deja al cuidado del hogar. El “triste, sentado en un banquillo, los pies al sol y la mente en Chile”, mira hacia el dormitorio y repara en una estampa de Nuestra Señora del Carmen. Asiendo la “cajita de colores de agua que siempre me servía para enriquecer mi colección de vistas y de curiosidades naturales de difícil conservación”, la coloreó.

La pareja, al volver, no hizo sino entrar al dormitorio para salir en el acto gritando:

“—Milagro, milagro, vengan a ver! —costóle convencer a la señora que la transformación era obra suya.

La enramada, bajo la cual dormía, se convirtió “en un taller de pintura de estampas y aún de viejos cuadros al óleo para restaurar, el aceite de comer vertido abundantemente en el envés de la tela para remozar el colorido y la clara de huevo por el derecho, para que hiciese de barniz, me fueron sacando tan bien de apuros” que, fuera de proporcionarle aperos, le valieron no pocos reales.

Su fama llegó a la policía. Esta barruntó que un hombre tan mal ataviado no podía ser buen pintor, y de serlo su traje era disfraz, y como Rosas había roto con la Confederación Perú-Boliviana y los espías de ésta eran muy codiciados, encontró que debía ser espía boliviano.

No aguardó la visita policial. Partió en octubre hacia el boquete de Agua Negra. Logró ganar la cumbre sin más pérdida que dos caballos y una inmensa fatiga. Pernoctó con su mozo en una caverna inmediata a la laguna. Allí Manuel le preparó agua caliente con tierra para quitarle el jadeo que le produjo el enrarecimiento del aire. De mañana partieron al cajón del río Turbio. Habíase endurecido la nieve y las uñas de los caballos resbalaban. Además, iban bordeando una ladera de la laguna con el precipicio abajo. Caminaban respirando apenas, en tremenda tensión. Habían superado la parte más escarpada cuando la mula pierde pie y se desbarranca. Asustósele el caballo y lo arrojó lejos. Luego sintióse el estruendo que los infelices animales producían al rebotar en el seno de la quebrada. Pérez Rosales se aturdió con el golpe y si no es por su criado que lo auxilia, ésa habría sido su última hazaña. Por

fortuna les quedaba un cuarto del guanaco que él cazara en el camino. Cuando llegaron a sitio seguro, Manuel se encaminó a Tilo, lugarejo sito a diez leguas, dejando su cabalgadura al patrón. Con la sangre del pobre animal engañó éste su hambre durante tres interminables días. Por fin su mozo apareció acompañado del campesino Sagiés y lo condujeron a poblado.

Las contrariedades del viaje y el temor de verse con los soldados argentinos a quienes desarmara, indujéronle a tomar nuevamente en arriendo el fundo Boldomávida que, si pequeño, era de tierra buena. Allí deja pasar los meses.

En 1840 hace una expedición a la Quebrada del Cobre, en la cordillera de Curicó. "He hecho un camino de más de tres leguas pisando los trozos de las vetas de cobre". En otra de sus idas allende los Andes, por el Paso de las Damas, al norte del Planchón, halla masas de dicho mineral que han rodado de la montaña.

Manuel Campos, que estaba a las órdenes del huaso Rodríguez, en el ejército del fraile Aldao, le trae en abril de 1843 un regalo de ése: varios caballos de montura y algunos bueyes, con carta fechada en marzo, en la cual le ofrece su amistad.

Pérez Rosales ha concebido el proyecto de intentar algo en el teatro y se asocia a uno llamado de la Merced. Como en sus anteriores empresas, termina decepcionándose. Vuelve al fundo y al cabo de algún tiempo parte a visitar al huaso Rodríguez. En los siguientes veranos va y viene arriendo animales. En 1848, tal vez en enero, alcanza a San Rafael. El cura Aldao ha muerto. Rodríguez le conduce a la pampa y lo hace mirar hacia los cuatro puntos cardinales.

Luego le muestra sus manos que tenía protegidas con manoplas, y le dice:

“—¿Servirá de algo esto? Pues bien, todo cuanto ha visto es suyo. ¡Quédese conmigo, no vuelva a Chile!” —La sorpresa de Pérez Rosales fue tan tremenda que no acertó a responder.

Rodríguez agregó:

“—Sé que todo esto no es gran cosa para hombres acostumbrados a regalos, como lo es usted; pero entiéndame bien, todo esto no es más que un estribo que le alcanzo para que se afirme en él y suba a ocupar el puesto que ocupaba mi general”.

Rosales comprendió que la posesión de tal secreto hacía imposible su permanencia allí. Le demostró la necesidad de ir primero a Chile, le rogó no dar paso alguno hasta su vuelta, que obedeciera a las autoridades de Mendoza y no hiciese confidencias a nadie, le dio el postrer abrazo y partió.

Después de reposar unas semanas en Comalle, nuevo fundo que tomó en arriendo, se vino a Santiago y con su hermano Ruperto trabajó en decoraciones en el Teatro de la Universidad. El argentino Tejedor criticó duramente la que representaba un mapa. Vicente Pérez Rosales, bastante resentido, en junio editó *El Mosaico*, periódico que, aparte de fomentar el gusto teatral, dio firme a Tejedor en casi todos sus números. El periódico se publicó hasta fines de agosto.

El 29 de ese mes, aburrido del periodismo, y sin tener que más censurarle a Tejedor, se fue a Copiapó. Allí hace curiosas anotaciones del ambiente minero. Se interna en la

serranía. De Totoralillo siguió durante seis horas hacia el nororiente y ubicó una mina abandonada.

Desde su tienda exclama: "¡Qué soledad aquélla, qué desnudez de cerros, qué silencio! ¡Ni una avecita, ni la vista lejana de una choza, ni la más leve gota de agua! El desierto atacameño asomaba allí su adusta cara". Desde su tienda veía "el arenal sin límites y la temblorosa reverberación de los rayos del sol, y las orejas del burro cargador de agua, el cual, mustio y pensativo, parecía por su quietud embelesada que buscaba en su mente algún trabajoso consonante".

A ratos trazaba la silueta de un minero. ¿Cuánto estuvo en el norte? Acaso cerca de un año. El fracaso lo devolvió al sur.

Se encuentra en Comalle a mediados de 1847. Los Cerrillos de Teno están a merced de incontables facinerosos. Hízose nombrar subdelegado y, con ayuda de vecinos, los expulsó a fuerza de azotes.

Viene a Santiago por cortos períodos, hastiado de la existencia sedentaria. Añora sus viajes a la otra banda. El asesinato del huaso Rodríguez que, al iniciarse 1848 avanzaba con un ejército rumbo a Mendoza, perpetrado por uno de sus oficiales, lo sume en el pesar. Lo amaba por lo valeroso y su gran corazón.

## VIII

El 20 de diciembre de 1848 con hermanos, parientes y mozos se embarca para California. Llega el 18 de enero del año siguiente. Mientras esperan la carga, que iba en

otro barco, fueron fleteros. Después vendieron buena parte de lo que les llegó de Chile, compraron un carro y tomaron la ruta de Sacramento. Lavaron arenas con denuedo y no interrumpían la faena sino para procurarse víveres o herramientas. Supieron que en el lugar denominado El Molino el oro abundaba más. Hacia allá enderezaron sus pasos. La noticia era cierta. En la noche pesaban las pepitas y dormían felices. Cuando venían en camino se habían detenido en la casa de un chalán en procura de un caballo. El precio los acobardó. En cambio, miraron gratis y con fervor a la hija de aquél, por cierto muy bonita.

Pasaron meses y, como en esas soledades no existían mujeres ni para la vista, la necesidad del caballo se hizo más aguda, por lo menos en Vicente Pérez Rosales que ofreció ir en busca de uno aunque debía andar más de un día. Pagó una fortuna por el jamelgo, pero contemplar a la muchacha por segunda vez era recompensa grande.

Sin tardanza regresó a su puesto de cocinero de la cuadrilla. Supo que en la opuesta ribera del río las arenas rendían más. Se dispuso a la travesía, mas el bote se llenó de tal modo que al cogerle la corriente zozobró. Comenzó a nadar y habría llegado a la orilla si alguien, desesperado y fraternal, no se le cuelga del cuello. Sólo tomando fondo logró desprenderse. En la lucha perdió el conocimiento y fue menester que le sacasen.

Pronto se fue a San Francisco, tanto por cancelar deudas como por recoger la correspondencia de la familia. Allí, fuera de estar a punto de envenenarse con ostras en conserva, tuvo el desagrado de imponerse de un asalto al barrio de los chilenos y de saber, luego, que en El Mo-

lino habían sido robados y asesinados varios paisanos suyos. Desesperado compró un bote y bogando día y noche arribó a Sacramento, donde tuvo la dicha de encontrarlos sin un rasguño, pero despojados. Fue tan grande su alegría al verlos que se desmayó. Ninguno quiso volver a Chile. Acordaron irse a San Francisco y probar suerte en el comercio. Se adelantó en una barca que bautizó la *Infatigable*, nombre que en los papeles del puerto trócese en *Impermeable*, con un cargamento de mercaderías. Quedóse en Sacramento.

Abrió con sus hermanos una tienda en la que vendían charqui, harina tostada, licores y otras menudencias. Iba el negocio muy bien, pero se declaró una epidemia de tercianas. Cerraron la tienda y sirvieron de médicos, enfermeros y sepultureros a las órdenes de los hermanos Luco que habían creado un hospital.

Apenas disminuyó la epidemia se encaminaron a San Francisco. Construyeron un edificio en la calle Dupont y abrieron el Restaurante de los Ciudadanos en el verano de 1849. Todos eran amos y criados. La leche escaseaba. Una mañana se sintió tentado y casi acabó la ración reservada a un parroquiano mulato, nada apacible. La aumentó con agua. Cuando le fue servida, el mulato protestó vivamente. Quien hacía de mozo a duras penas podía contenerse. Temeroso de la reyerta que se venía encima, Vicente Pérez Rosales intervino. Cogió el vaso y trajo la leche en una taza.

El parroquiano exclamó:

—¡Esta sí que es más mirable!

Como sobraban brazos en el restaurante, pretextando ver

nuevos negocios, paso a paso anduvo noventicinco millas y a los tres días llegó a Monterrey. Lo acogió espléndidamente una familia mexicana, diéronle mullida cama, con sábanas de hilo y en la mañana se echó al cuerpo cuanta leche le cupo. Pasó ocho días hartándose de todo. En un rancho compró doce vacas y ocho bueyes puestos en San Francisco.

Expresó al dueño de casa su deseo de regresar. Le dieron una fiesta. En la mañana la familia lo acompañó hasta la calle y lo hizo montar en "una hermosa mula con la más rica montura mexicana que hasta entonces había visto".

San Francisco crecía tanto "que se necesitaban brazos asalariados" y no personas independientes, pero sin capital, razón que decidió a muchos a repatriarse. Ellos mismos habían resuelto hacerlo cuando un terrible incendio, a fines de 1849, devoró el restaurante y media ciudad.

Con amargura anota Pérez Rosales: "sólo hicieron fortuna en California los que no tuvieron arrojito para lanzarse en pos de ella, despreciando el hambre, las fatigas y los peligros; puesto que, unos con admitir sitios de balde, otros por haberse hecho de ellos a vil precio, y otros con esperarla tras algunos bultos de mercaderías que el acaso, más que el cálculo, les hizo llevar a ese país, se encontraron de la noche a la mañana, poseedores de positivas riquezas".

"Ocho días después (del incendio) los vigorosos fleteros, los modestos lavaderos de no muy limpias ropas, los navegantes de la *Daice-may-nana*, los infatigables mineros de barreta, de pala y de batea, los derrotados de Sonora, los armadores de la *Impermeable*, los amables y embusteros comerciantes de Sacramento, los médicos y sepultureros, los

carpinteros constructores, los hoteleros y sirvientes de mano, introducidos de marineros unos, y otros de expertos pilotos, encaminaban en demanda de los mares del sur una abandonada barca, y al cabo de dos meses y medio, abrazaron con ternura a la llorosa madre en el tranquilo Chile”.

## IX

Tras breve descanso, piden a Vicente Pérez Rosales redactar un periódico opositor. Rechaza la oferta. Nada sabe de política, ha vivido de sus manos y más bien se inclina hacia un gobierno fuerte.

A la vuelta de unos meses el ministro Antonio Varas le ofrece el cargo de colonizador de Valdivia. Esto sí que lo seduce. Sin demora parte a la ciudad de la lluvia.

Los alemanes que enviara Philippi estaban por llegar y aún se ignoraba qué tierras se les entregarían. Particulares ávidos habíanse adueñado de cuantos terrenos existían en los alrededores, valiéndose de indígenas que, previa ración de aguardiente y unos pesos fuertes, declaraban haberlos heredado de Lautaro, Colipí o Galvarino. Si el intendente Benjamín Viel no regala la Isla Teja no hubiese habido dónde poner a los germanos.

Pérez Rosales anduvo por La Unión, Río Bueno y Osorno. Descubría vallecitos, pero sin la extensión ni el acceso requeridos. Por defender al estado adquirió cuantos pudo de otros indios, también herederos de Guacolda, Pelantaro o del mismo Caupolicán. Solía pagar de su bolsillo para evitar trámites. Se internaba en las selvas, dormía en donde lo hallase la noche y se alimentaba de avellanas y pa-

nales de miel. En los descansos su lápiz de dibujante reproducía esto o aquello o tomaba notas.

## X

Los alemanes presentáronle un pliego apenas llegaron. Preguntaban si, al formarse aldeas, alguno de ellos podría ser designado juez, y admitidos en el cuerpo de guardias cívicos. El atavismo por el uniforme venía de muy atrás.

Como la mayoría de éstos era de protestantes, los católicos chilenos temían que el país perdiera su unidad religiosa. Su temor no era vano, aunque sí un tanto exagerado. Entonces no se tenía por cierto que la variedad de credos religiosos y de ideologías es riqueza espiritual, ni menos que del paralelismo y mezcla de creencias naciera esa estupenda flor que en prosa se llama tolerancia.

La carta de un tal O. Muschgay, de Wurtemberg, que ofrecía traer familias católicas y se presentaba ya como minero, ya como agrónomo o profesor de religión católica, y que, para ganar en entonación mística fechaba las siguientes en el monasterio de Zwifalten, movió al sabio Domeyko en su favor, y el gobierno ordenó a Pérez Rosales tenerle por colono. Al arribar le dio terreno y escuela, pero Muschgay no se hizo presente en uno ni en otra. En cambio elaboraba proyectos en los que proponía al poder público abrir un túnel en la base de la cordillera para llegar más pronto a Buenos Aires, y otros de índole tan práctica como éste.

Vicente Pérez Rosales le exigió dedicarse a sus labores, no proponer disparates ni usar de segundo apellido la pa-

labra católico. Muschgay vino a Santiago, habló con el Arzobispo y conquistó la voluntad de los Larraín Gandarillas, que le dieron capital y un barco en el cual tornó, muy engreído, a Valdivia. Disipó el dinero en fiestecillas báquicas. Dos miembros de aquella familia fueron a pedirle cuenta. Uno de éstos se ahogó en el río. Muschgay "presentó a los Larraín, en una hoja de papel de marquilla por toda cuenta y razón de los bienes que habían pasado por su mano, un jeroglífico lleno de cuadritos de distintos colores, sobre los cuales, ya perpendiculares, ya al sesgo, se veían rengloncitos y números que nadie pudo entender". Huyó, sin embargo. Súpose que vivía con los indios de Pitrufluén, donde se amancebó con cuantas mapuches pudo, no sin declarar "que la religión araucana era la más perfecta de todas las religiones".

## XI

En busca de tierras, Vicente Pérez Rosales menudeó las exploraciones por el interior de Osorno. Penetró a la selva, acompañado por el indio Pichi-Juan y, machete en mano, después de siete horas de marcha por espesuras donde no se podía leer ni una carta, llegó a la orilla del Lago Llanquihue. Como no era viable abarcarla ni recorrerla porque el bosque la invadía, y por carecer de riberas, improvisó, con un tronco seco, una canoa, no muy marinera que digamos. A poco de bogar, naufragó, y mojado hasta los huesos tuvo que pernoctar en un pedrero. Uniendo troncos armó un remedo de balsa. Esta vez le acompañaron dos remeros indios. Lo tenía descontento el no poder formarse

idea de la extensión del lago. Pudo conocer buen trecho de Puerto Octay. El ansia de ver inmediatamente lo más que pudiera lo mantuvo en el agua hasta la tarde. Esbozó el croquis de todos los puertos naturales. En esta faena le sorprendió un ventarrón, que hinchó las aguas y volcó su embarcación. Iba ya cerca de la orilla, nadando, cuando una ola lo lanzó contra un ribazo. Allí pasó la noche inconsciente. Después del amanecer, presa del delirio, fue descubierto por hombres de su expedición. Lleváronle a Osorno, gravísimo. Al cabo de una semana triunfó su robusta naturaleza.

Mientras yacía enfermo, en la capital, un consejero universitario, ni prudente ni sereno, acogió y propaló la impostura de que estaba celebrando bacanales, con las consabidas mujeres desnudas, en el interior de un templo valdiviano.

No sabiendo cómo precisar el contorno del lago, ofreció a Pichi-Juan treinta pagas para que incendiase la selva. Este puso fuego en varios puntos y las llamas se propagaron con celeridad tal que el indígena, rapidísimo, cavó un foso en el tronco carcomido de un coigüe y se enterró hasta que las lenguas de fuego se alejaron y el rescoldo se apagó. El cielo se veía oscuro desde Valdivia y la atmósfera estuvo cálida días y días, aunque cayeran chubascos y granizadas. El incendio se extinguió a los tres meses.

Emprendió otra exploración. De la selva quedaban ralos islotes boscosos. Lo demás era ceniza. El pie se hundía hasta más arriba del tobillo. Comprobó que había tres fajas de tierra circundando el lago. Pedregosa la primera, la segunda de poco fondo y excelente la que lindaba con las

aguas. Al avanzar volvió a encontrarse con bosques impenetrables que impedían toda visión de conjunto. Entonces subió a la cordillera occidental, tanto para apreciar la cuantía de selvas incendiadas, como la posición y forma del lago. Tomó "algunas alturas y demarcaciones relacionadas con el mapa de Moraleda" y adquirió la certeza de que el mar se hallaba cercano. Necesitaba un puerto que facilitase a los colonos la salida de sus productos. Mientras le construían un bote más seguro, caminó hacia el Volcán Osorno y fue ascendiendo. Cuando llegó al segundo descanso lucharon en su interior encontradas impresiones. Más que el mar, lo que abarcaban sus ojos parecía ser una sucesión de lagunas y bosques que se perdían en la bruma del horizonte. Al mirar hacia el lado contrario las nubes todo lo ocultaban, pero "un propicio claro de sol, azotando las aguas de la supuesta laguna del sur, hizo brillar a mi vista las blancas velas de las embarcaciones. Era el mar que solícito buscaba el seno del Reloncaví". El descubrimiento lo llenó de dicha y antes que se le cerraran los ojos se cobijó en un árbol hueco.

El 12 de febrero de 1853 quedó inaugurada la colonia de Puerto Montt. Como diera mucho que hablar y se confundiesen las acepciones de emigrante, inmigrante y colonización, escribió una memoria precisando su significado.

## XII

Había descubierto los mejores terrenos para colonizar, vencido dificultades oficiales, sociales y religiosas que se oponían a la colonia, y situado a los alemanes. Ahora convenía crear una corriente inalterable de germanos. El 9

de septiembre se halla en Hamburgo de cónsul y agente de colonización.

Personeros de otras naciones divulgan embustes acerca del clima chileno y de sus habitantes. El no dispone de dinero para subvencionar diarios. Prefiere recorrer Alemania y formarse concepto del hombre medio. Descubre que aman los títulos. Consigue que el gobierno designe cónsules honorarios a personajes respetables de algunas ciudades. Además, abre sus baúles y dona piezas de historia natural a sociedades científicas. La de anticuarios de Copenhague lo designa socio; también la Sociedad Prusiana para moralizar a la clase obrera. Acógenle como amigo el barón de Humboldt, el de Bibra y otras eminencias. Crece su prestigio intelectual y comienza la curiosidad por Chile. Recibe cientos de cartas preguntándole cuanto puede interesar a un colono.

Entonces escribe en lengua francesa su *Ensayo sobre Chile*. Encaja en el volumen historia, geografía, clima, fauna, flora, agricultura, costumbres, psicología y organización política. Lo envía a cuantos piden pormenores. El efecto fue inmediato. Poco después parte el *César Elena* a nuestros puertos. Tras esa nave otras y otras siguen igual rumbo a través de varios años.

Como su libro trabaja por él, dispone de tiempo para visitar países. Su interés por los animales sigue intacto. Por ver una exposición va a Dinamarca. Piensa en su tierra, recuerda su vida de hacendado y escribe el *Manual del Ganadero Chileno*. Apenas cita uno que otro tratadista francés y, naturalmente, casi ningún inglés. Lo demás fluye de su inmensa experiencia y de su cuaderno de notas. Emplea

las palabras más usuales y cuando barrunta que aún éstas podrían ser poco comprensibles, echa mano a los más sabrosos chilenismos.

Traza un Atlas microscópico para las escuelas; ha conocido buena porción de Europa, sabe la geografía viviente; puede enseñarla. Termina sus *Cuadros cronológicos de la historia antigua y moderna de Chile y el Perú*.

Cansado de expresarse en otra lengua, parte a España. Al pisar su suelo lo embarga la emoción: "Si la voz lealtad no nació en España, para España sólo parece creada. ¿Quién, después de estudiar las costumbres caseras de la mayor parte de los centros poblados de Europa, donde sólo impera la cabeza, no cree, al llegar a España, encontrar en ella el trono del corazón?"

Besa la espada de Isabel la Católica, va a los museos, copia las cuentas del Gran Capitán, entra a las bibliotecas, se relaciona con literatos. Al dejarla lo aflige una tristeza que nunca sintiera al irse de París, aunque él piensa en francés.

De retorno al norte se detiene en Magdeburgo y contrae el cólera. "Salvé como se salva de un naufragio, todo descalabrado". Pregunta al doctor si hay remedio para evitar que tan terrible enfermedad se repita:

"—El único específico contra el cólera es el estar a cuarenta leguas de él" —responde.

Su quebrantada salud llévale "por tercera vez a los baños de Franzensbad. Conoce rusos que participaron en la defensa de Sebastopol. Lo "sorprenden por sus conocimientos, su fino trato y la desenvoltura con que hablan idiomas extranjeros". Uno le dice:

“—La América es un mundo virgen y nuevo, la Rusia lo es también. Para Europa la decrepitud; para la América y Rusia el porvenir”.

### XIII

“¿Qué me faltaba en Europa para ser humanamente dichoso? Gozaba allí de salud; en mi alma no podía caber el tedio, porque compartían mi tiempo, junto con mis fáciles ocupaciones, gratos estudios e interesantes viajes; faltábame el sol de mi querida patria”.

Encontrábase en Marienbad, en la Alta Bohemia, cuando lo llama el gobierno. Juzgó criminal “perder un sólo día de los que podía necesitar para llegar a Chile: después de besar las comunicaciones y de llorar de gusto, me dediqué a escribir la noche entera, y al día siguiente, sin siquiera acordarme de pasar por Hamburgo, lugar de mi residencia, salí directamente para Inglaterra (donde se cobra una libra por salud) y en seguida, lleno de alborozo, en el *Nueva Granada*, en demanda del suelo que me vio nacer, donde por quinta vez tuve en mi vida un momento de completa dicha: ¡el de mi llegada!”

### XIV

En diciembre 11 de 1859, año de su retorno, nómbresele intendente de Concepción. Al terminar Montt su período, Vicente Pérez Rosales se retira a la vida privada. Casa con Antonia Urrutia y se viene a residir en Santiago. Los amigos le rodean para que cuente sus aventuras. Es siempre

un hombre apuesto, de carácter afectuoso, delgado, naturalmente propenso al humorismo. Sus recuerdos abarcan, en variedad, cuanto puede interesar al ser humano. Ha vivido diversas vidas y lo mucho que asimiló de sus estudios le permite tener una idea amplia y general del mundo.

De 1851 a 1871 es parlamentario. Concorre poquísimos a sesión y, al revés de Vicuña Mackenna que hablaba semana tras semana, no abría la boca, sino cada diez años, y sólo para decir algo razonable y breve. En un período en que va en lista común con Balmaceda, un elector escribe a éste diciéndole que ha costado conseguir votos para Pérez Rosales porque lo consideran impío y moro.

Fue miembro de la comisión de educación y beneficencia.

La sociedad de Fomento Fabril le nombra presidente poco después de 1880.

Su auditorio, Luis Montt señaladamente, lo insta a escribir sus memorias. Se deja seducir y compone sus *Recuerdos del Pasado*.

## XV

Vicente Pérez Rosales es un americano, un hombre total. En la época en que le correspondió actuar, debió hacerle frente a exigencias que no se le presentan a un prójimo de este siglo. Fundó ciudades; fue explorador, colonizador, ganadero, cónsul, pintor, contrabandista, escritor, mozo, intendente, parlamentario, industrial, agricultor, comerciante, buscador de oro, periodista, minero, botero, etcétera.

## XVI

Tuvo la superioridad que da la cultura; salud notable, espíritu equilibrado, independencia; el don de servirse a sí mismo; profundo sentido de tolerancia; singularísimo apego a su país. Nadie le aventajó en riqueza de ideas factibles. Estuvo desde mozo en el justo medio. Fuera de los placeres de escribir y pintar, tuvo la embriaguez de vivir. Apreciaba la acción, más por el agrado que causa que por su beneficio material.

Era republicano apasionado, pero tenía debilidad por el gobierno poderoso, quizás porque previera, cuando nacían las repúblicas americanas, que la intromisión militar entorpecería su desarrollo democrático.

Amó su país como cosa física y como humanidad. Hasta el clima patagónico le parece menos frío que el de Europa, porque allí viven los indios semidesnudos y no "emigran en los inviernos el loro, la paloma silvestre, el tierno jilguerillo, ni la emigradora golondrina" y crecen espontáneamente plantas que en Londres o París necesitarían de invernadero. Compara a los indígenas, aunque los quería apenas, con los andaluces, que no es poco decir. Canta a los chilenos errantes por su bizarría y el don de abrirse camino en otras naciones.

Tuvo pocos prejuicios. Nunca aceptó nada sin examen. Su vena humorística le salvó de cualquier afectación. Si algo le salía mal, con el mismo ahínco emprendía otra suerte de trabajo. Así fue desde su adolescencia. La sabiduría que recogió viviendo permitióle resolver dificultades que no hubieran podido vencer varios individuos juntos.

## XVII

Se puede decir que escribió un solo libro, puesto que las mejores páginas del *Ensayo sobre Chile* las aprovecha en el *Manual del Ganadero Chileno*. Las excelencias de este *Manual*, lo mejor del *Diccionario del Entrometido* y fragmentos de trabajos sueltos los vuelca en *Recuerdos del Pasado*.

Esta obra es una suma de hechos considerables. Unos sorprendentes, inesperados otros, tanto como para decir que ningún chileno supo aprovechar tan bien sus ojos y sus demás sentidos.

Su estilo tiene movimiento y color. Hay en él cierta cadencia cervantina. El humor es la contraluz de su dramatismo. Mezcla al relato reflexiones originalísimas, muy avanzadas para su hora. En cuanto escribe hay fuerza y sinceridad.

Omite detalles de su vida íntima. Es modesto, pudoroso, calla lo que podría realzarle. Se excusa diciendo que cuenta sólo lo útil.

*Recuerdos del Pasado* es una pequeña Biblia. Puede releerse y sorprende, cuando se vuelve a empezar, como si fuera la vez primera. Es un libro en que se emparejan lo novelesco con lo verdadero; la estadística con el humor; la pintura de seres humanos con la exaltación de la naturaleza. Pueden repararlo con gusto las personas de oficios más dispares. Ha sido y es el más valioso instrumento para reconstruir la vida inicial de la república. De sus páginas brota un poderoso aliento positivo. Debería hojearlo todo joven en el momento de tomar rumbo propio.

Vicente Pérez Rosales, que no se tuvo por escritor, alcanzó edad avanzada. Ni la parálisis que le postrara al final de su vida, logra privarlo de su buen humor. Cuando vio el término dijo a su amigo Waldo Silva, pensando en los ausentes:

—Me voy; la delantera no más les llevo; deseo que se les diga que allá los va a esperar su viejo amigo.

Falleció a las 6.30 de la mañana del 6 de septiembre de 1886, y al siguiente día recibió sepultura en el Cementerio General. Junto a su tumba lo despidió Guillermo Puelma Tupper, que había trabajado con él en la Sociedad de Fomento Fabril en sus últimos seis años.

## INDICE

<i>Alone</i>	7
<i>D'Halmar, Augusto</i>	27
<i>Espinoza, Enrique</i>	33
<i>Gana, Federico</i>	56
<i>González Bastías, Jorge</i>	71
<i>González, Pedro Antonio</i>	82
<i>Labarca, Amanda</i>	100
<i>Labarca, Guillermo</i>	109
<i>Latorre, Mariano</i>	132

<i>Lillo, Baldomero</i>	137
<i>Mistral, Gabriela</i>	163
<i>Montenegro, Ernesto</i>	189
<i>Rojas, Manuel</i>	213
<i>Pérez Rosales, Vicente</i>	244

1954 editó *Eutrapelia*, breve libro de ensayos humorísticos. Después un libro de relatos: *La Copia y otros originales*.

*Algunos* es un conjunto de biografías, escritas con la técnica del relato, en las que da a conocer detalles minuciosos acerca de cada escritor y narra sus vidas.

En sus obras figuran, además, numerosos personajes incidentales, todos con alguna leve extravagancia. Al autor le gusta el diálogo y rara es la página suya en que sus criaturas no expresen su pensar. Aunque no cabe calificarle de criollista, se advierte su deseo de penetrar en la índole del chileno.

González Vera posee el don de la amabilidad, sentido humorístico y estilo sencillo. Al parecer no hay en sus escritos palabras sin función. Es parco.

Su obra, aunque no es abundante, pues ha pasado largos períodos sin escribir, ha tenido resonancia. Es cierto que sus libros no se venden torrencialmente, pero no cesan de reeditarse, "corregidos y disminuidos".



PRINTED IN CHILE

---

FABRICACION CHILENA